



LAS HIJAS DEL CHAMPAGNE



S-480 Biblioteca del amor

860-31

ALF

10

2000

Las hijas del champagne

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Las hijas del champagne

NOVELA ORIGINAL

POR

I. A.

PROPIEDAD EXCLUSIVA

DE LA

CASA EDITORIAL IEZCANO

Jesús, 10.—BARCELONA

R-9579



INSTITUTO DE ESTUDIOS ROMANOS
BIBLIOTECA



Las hijas del champagne

CAPÍTULO PRIMERO

Que puede servir de prólogo

Era de ver cuando llegaba la «señá» Pepa, como la llamaban las vecinas, con el descomunal saco de ropa lavada a la cabeza, y conduciendo de cada una de sus encallecidas manos a aquellos dos angelitos, de quienes, llevada por sus bondadosos sentimientos, había constituido en perseverante égida, y por los que se afanaba en ganar más de lo que sus debilitadas fuerzas le permitían.

¿Qué sería de aquellas dos criaturas, si ella no se afanara por tenerlas siempre limpias como los chorros del agua, para que las monjas de Santa Isabel las admitieran y educasen como a dos señoritas?...

Porque... ¡cuidado que eran monas!

Cuando se extasiaba contemplando aque-

llas dos cabecitas que parecían haber desertado de la angélica cohorte que orla la imagen de la Inmaculada, olvidaba todas sus penalidades, los trabajos del día, el sol canicular que, cayendo sobre su blanca cabeza, la producía jaqueca insoportable, las privaciones a que voluntariamente se condenaba y todas las desdichas que pudieran sobrevenirle...

Era feliz con sus «gatitas» y teniéndolas a ellas contentas, limpias y a cubierto de los horrores de la miseria, el mundo era pequeño para la «señá Pepa».

¡Cuánta virtud!...

¡Qué sublime abnegación la de esta honrada mujer!...

Afortunadamente, aún existen nobles corazones que sirven de compensación a la ingratitud y egoísmo que, como soberanos del mundo, imperan en nuestro decantado siglo.

Débil, anciana, achacosa, sin más patrimonio que el mezquino fruto que la producía la ruda faena a que dedicaba su existencia, no vaciló un instante en recoger a aquellas dos huerfanitas, hijas de una infeliz mujer que al expirar tuvo la feliz inspiración de recomendarlas a las atenciones de aquella humilde lavandera para que las buscara un asilo donde tuviesen seguro recogimiento.

¡Un asilo!...

¡No faltaba más!... Así como así, se le hacía la vida asaz insoportable y amarga, viéndose en completa soledad, sin familia, sin nadie que se interesase por ella ni que cuando llegase el triste caso de su muerte, cerrase

sus ojos con mano piadosa y fuese a depositar una lágrima y una plegaria sobre su tumba.

Aquellos dos angelitos de Dios perdieron a los que les dieron el ser, pero el cielo las depuró una segunda madre en aquella obscura hija del pueblo, todo abnegación y virtud.

Cuando regresaba del lavadero por las tardes, se pasaba por esa hospitalaria casa establecida en la calle de Hortaleza, donde la inagotable caridad de las dignas mujeres que la dirigen inculca una educación esmeradísima a infinidad de pequeños seres, que tendrían que quedar abandonados en el arroyo, ínterin sus padres acuden a ganar el cotidiano sustento.

La buena mujer descansaba breves instantes mientras departía amigablemente con la hermana portera, que, con evangélica frase, la alentaba a perseverar en su edificante obra de caridad, y cogiendo luego de las manos a sus «pajaritas», emprendía el camino hacia Chamberí, no sin antes comprar el frugal alimento que había de constituir la modesta cena, y obsequiar «espléndidamente» a sus «señoritas» con alguna insignificante golosina de a cinco céntimos.

Así se iba deslizándose su vida, hasta que al cabo de cierto tiempo observó que sus protegidas eran ya dos mocitas, y determinó «ponerlas a oficio», para que, cuando ella muriese, lo que no habría de tardar mucho, pudiesen ganarse la vida honradamente con el fruto de su trabajo, y, ¡quién sabe!... quién sa-

be si algún hombre digno y laborioso las quitaría de trabajar, casándose, como Dios manda, y convirtiéndolas en respetables madres de familia...

Estas cuentas se las iba echando la buena de la señora Pepa cuando caminaba hacia el río «monologuando», en voz alta las más de las veces, dando lugar a que algunos transeuntes la mirasen con extrañeza.

Firme en su propósito, colocó a la mayor de las hermanas en casa de una renombrada modista y a la más pequeña en un taller de sombreros.

Así transcurrieron más de dos años, durante los cuales las fuerzas de la lavandera fueron en descenso, haciendo todo presumir que el fin de aquella santa mujer no se hallaba distante.

Varios días vióse ya precisada a guardar cama, y a dejar, otros, de concurrir al río.

La situación podía irse sobrellevando gracias a lo poco que en sus respectivos obradores ganaban las dos hermanas, las que prohibieron a su anciana protectora que fuese a lavar.

No obstante esto, la buena mujer, maldito si hacía caso de tal prohibición.

En cuanto conseguía de sus débiles piernas que la trasladaran al Manzanares, ya se la tenía metida en la «banca», lavando cuanto humanamente podía, hasta que, jadeante, sin fuerzs para dar un paso, llegaba a su domicilio, donde le aguardaba una terrible filípica de sus hijas adoptivas, pero ¡qué le

importaba!... ¡Ya se había ganado sus dos pesetas!...

Su agostada naturaleza se resintió de tal modo, que llegó el triste caso de serle ya imposible a la buena mujer salir a la calle...

Una revelación que la hicieron llegó a llenarla de mortal zozobra y a agravar su delicada salud.

Hacia días que Rosa, que así se llamaba la mayor de las hermanas, salía después de la cena, pretextando el tener que velar en el taller a causa de las prisas que tenían por ser principio de temporada.

Cierta noche, una vecina que conocía a la señora Pepa desde antes que esta recogiera a las huérfanas, y sabía al detalle sus desvelos y sacrificios, entró en su habitación y dijo:

—«Señá Pepa»; ¿dónde va Rosa por la noche?

—A velar, ¿dónde quiere usted que vaya?

—¿Está usted segura?

—Que si estoy segura?... ¡Buena es esa!... ¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que si usted está en esa creencia, se engaña de medio a medio. Rosa tiene un novio...

—¡Imposible! Me lo hubiera dicho.

—No se lo ha dicho a usted porque el «mocito» es un señorón que viste muy bien, y gasta anillos con piedras, y como usted comprenderá, un señorito que habla con una obrera no camina con buen fin, sino por pasar el rato y... ¡a lo que caiga!

—Pero... ¿si eso no es posible!... ¿Está usted segura de lo que dice?...

—Como que lo he visto con estos ojos que se tienen que comer la tierra... Mire usted: Anoche venía yo de entregar el trabajo, cuando me pareció ver a Rosa del brazo de un señorito; por cierto que éste ya pasó de ser un «crío»: «tié» espolones de gallo. Yo no me atreví a creer lo que veía, y apresuré el paso hasta ponerme casi al lado de ellos y me convencí de que era Rosa. Iban tan amartelados que no me vieron. En esto pasó un «simón» que hizo parar nuestro hombre diciéndole al cochero: «Al café Habanero; a escape»... Se conoce que tenía prisa.

—Pero... ¡eso es horrible, Dios mío!...

Y la honrada mujer se deshizo en llanto.

Después de dar algún desahogo a su acongojado pecho, procuró hacerse cargo de la situación, para encontrar el remedio.

Su más atento cuidado fué ocultar a la hermana de Rosa lo que de ésta había sabido, y, sacando fuerzas de flaqueza, procuró serenar su semblante y esperó con relativa calma que regresase a su nido la maculada paloma...

A la hora acostumbrada llegó Rosa conservando en el semblante huellas recientes de lágrimas.

Sus ojos lucían un surco violáceo acentuadísimo.

A la señora Pepa no se le ocultó ninguno de estos detalles, pero cuidó de no darse por entendida de ellos, al objeto de que la joven

no sospechase que estaba en antecedentes de lo que pasaba.

Apenas los albores del nuevo día asomaron por los resquicios de la desvencijada ventana de la bohardilla, saltó del lecho la buena mujer, sin haber conseguido conciliar el sueño en toda la noche, y acercándose de puntillas al cuarto de las huérfanas, halló a Rosa despierta y vestida.

—¡Qué es esto!... ¿No duermes?...

—Acabo de levantarme.

La señora Pepa comprendió que Rosa trataba de engañarla, pues en contra de sus palabras estaban impresas en su rostro las inequívocas señales del insomnio.

—Tengo que hablarte—dijo.

Rosa al oír esto se echó a temblar, pues instintivamente comprendió que su protectora conocía sus amores.

La atribulada anciana cogió las manos de la joven y clavando en ella la mirada, con fijeza físcalizadora, le preguntó en tono que quiso hacerse severo:

—¿Es cierto lo que me han dicho?... ¡pícaro!... ¿que tienes novio?...—y como viera que la muchacha rompía en acongojado llanto, se arrepintió instantáneamente de lo que acababa de decir, creyéndolo una horrible crueldad.

—¡Vamos, vamos; no me llores! ¡Todo tiene arreglo!... Prométeme terminar con ese hombre, que no te conviene y pudiera ser tu perdición... Me lo prometes ¿no es cierto?

Rosa guardó un profundo silencio, mas

como la anciana insistiera en su pregunta, murmuró entre un suspiro y con desgarrador acento:

—¡Ay de mí, madre mía!... Yo bien quisiera, pero... ¡ya no hay tiempo!...

Aquello fué una revelación para la santa mujer, y dando un ahogado grito cayó desvanecida sobre el duro pavimento...

Las emociones sufridas en las últimas veinticuatro horas fueron fatales para la pobre anciana, que quedó en un estado de mortal abatimiento, y a los seis días, estando rodeada de sus huérfanas e infinidad de vecinas, entregó al alma al Creador, enviando con angelical sonrisa su bendición postrema a las acongojadas jóvenes, que piadosamente cerraron sus ojos, en tanto que el espíritu de su santa bienhechora volaba por las sidéreas regiones en busca del Paraíso de los justos...

Cuando sacaban el cadáver, la vecina que había noticiado a la señora Pepa los amores de Rosa, exclamó con ira, refiriéndose a ésta:

—Haga usted bien como la «señá Pepa» para que la ocasionen la muerte a disgustos... ¡Miren la mosquita muerta!... ¡Mala pécora!...

II

Muertas vivas

Una tarde, al regresar Rosa del obrador, dijo, dirigiéndose a su hermana:

—Hermana mía; vengo a despedirme de tí para siempre. Soy una miserable y mi permanencia a tu lado mancillaría tu virginal pureza... Un hombre, un malvado, abusando de mi inexperiencia, logró cautivar mi corazón y hacerme su manceba bajo falsos juramentos de amor eterno. Conseguido su propósito, saciados sus impuros deseos, huyó de mí, presa del hastío... Todos los rencores de mi alma, el odio más inextinguible hacia los hombres han brotado en mi pecho ante tamaña felonía... Ese miserable, no sólo mató mis ilusiones, sino que fué el causante de que muriera nuestra protectora... Pues bien, yo la vengaré, no sólo en él, sino en todos cuantos pueda.

—Pero ¡por Dios!... ¿Qué dices? ¡Vuelve en ti!... ¿Estás en tu sentido?

—Soy una perdida, hermana de mi alma; mi reputación está por los suelos, y ya que, por mi desdicha, me he despeñado a los abismos del deshonor, quiero librarte a ti, pobre inocente, del bochorno de mi contacto. ¡Adiós, adiós para siempre!... ¡Pide a Dios por mí!...

Y sin atender ni a las lágrimas ni a los ruegos de su atribulada hermana, hizo un pequeño envoltorio con alguna ropa de su uso, la más precisa, y abandonó la honrada casa en que se había deslizado su niñez.

... ..

Algún tiempo después, Sor María, que así se llamaba entonces la hermana de Rosa, rogó a la superiora que le permitiera ir al cementerio a orar sobre la tumba de la señora Pepa.

Acompañada de otra hermana de comunidad, se dirigió a la sacramental de San Justo, y vió, una vez en la mansión de los muertos, que la sepultura de la que había sido en vida su protectora, se hallaba completamente metamorfoseada.

Habíanla colocado una magnífica lápida, en la que un hábil escultor había esculpido, por todo epitafio, esta enigmática palabra:

¡Perdóname!

Un guarda del cementerio que se hallaba próximo, notó la sorpresa de la religiosa, a quien conocía de haberla visto en otras ocasiones, y acercándose respetuosamente, la dijo:

—¿Le sorprende a usted, hermanita, este cambio?

—En efecto... ¿a quién se debe?

—Quien sea, lo ignoro: lo que sé es que hará poco más de un mes, llegaron aquí una señora joven y hermosa y un escultor a quien todos conocemos por sus trabajos *en esta casa*. Cambiaron pocas palabras; y hace tres días que dejó esto convertido en lo que sus ojos están mirando, sin que, a pesar de nuestras preguntas, se dignara decirnos quién le había ordenado semejante trabajo.

Sor María dió gracias al sepulturero y se prosternó ante la tumba, elevando al Creador sentidas plegarias por el alma de aquella que tan santa había sido.

Iba a retirarse, cuando llamó su atención el ruido que producían unos pasos sobre la menuda arena, y al volver maquinalmente el rostro no pudo contener un grito de sorpresa y alegría:

—¡Rosa!

—¡Hermana de mi alma!... ¿Has profesado, infeliz?...

—Sí, y tú ¿qué es de tu vida?

—¿Yo?—contestó Rosa con voz que semejava un silbido.—Aunque me veas ostentando este falso lujo, soy tan desdichada o más que tú. Soy casi rica, ¡pero a qué costa, Dios mío!... Habito un hotel; tengo coche, caballos y criados... pero todo esto a cambio de resignarme a que por mi morada desfile en abigarrado conjunto la más grosera representación de la brutalidad humana... Viejos libertinos, llenos de achaques y saturados de mortecinos deseos, que hacen revivir la evidencia de su de-

crepitud; jóvenes cloróticos a los que una vida licenciosa los hace aparecer cual ridículos ejemplares de la raza simia; artistas de moda que por la gloria que han sabido conquistar se juzgan seres privilegiados por los que las mujeres enloquecen, el torero, el militar, todos, en fin, cuantos a cambio de un puñado de dinero adquieren el derecho de mis caricias...

—¡Qué vergüenza!... ¡Qué horror!...—gimió sor María.

—Este vertiginoso desfile,—prosiguió Rosa sin parar atención en los reparos de su hermana—este mercado infame, ha llegado a insensibilizar las fibras de mi alma, y a apagar, por tanto, los cada vez más débiles gritos de mi conciencia.

—¡Dios mío! ... ¡Dios mío!... ¡Piedad para ella!...

—Comprendo que te escandalice mi vida al compararla con la tuya, y... sin embargo, ¡triste verdad! nuestras existencias, aun siguiendo distintos derroteros tienen un extraño punto de semejanza: Tú caminas por una senda de místicas flores prodigando el consuelo al desgrado, yo marchó por un camino, saturado al parecer, de luz y de alegrías, para producir al venturoso mortal los efímeros placeres de la carne. Tú eres un ángel de la caridad, yo una sacerdotisa del escándalo y del libertinaje cuyo lecho es el altar en que practica el culto que el vicio exige. Tú has muerto para el mundo yo dejé de existir para el Cielo, y entregué mi cuerpo al festín de las humanas

pasiones. Tú, todo sublimidad, virtud y abnegación, yo todo abyección, miseria y vulgarismo. Tu morada es el templo, la mía el lupanar. Tú laceras el cuerpo por salvar el alma, yo perdí el alma por los fugaces placeres de la materia... y... sin embargo, tanto tú como yo, repito, somos una misma cosa: ¡Cadáveres animados!... ¡Muertas vivas!...

Sor María contempló a su hermana Rosa, que parecía una iluminada, y dejando correr el llanto de sus espantados ojos, se alejó de aquel sitio, haciendo la señal de la cruz y signando con ella su demacrado y lindo rostro.

La bella pecadora vió huir de ella al único ser que le quedaba en el mundo, y endureciendo la expresión de su hermoso semblante con un gesto terrible, miró a la sepultura de la señora Pepa y murmuró entre dientes y con fulgurantes ojos:

—¡Perdóname, y que Dios me perdone, pero seré implacable en mi venganza!...

Presentados estos primeros personajes, justo será que busquemos otros, que tienen una gran misión que cumplir en esta historia.

III

De Virgen a Pccadora

Serían las siete de la tarde; la hora en que los talleres y fábricas abren sus puertas para lanzar a la calle al enjambre de obreros que después de rendir su tributo al trabajo marchan a su hogar, extenuados de fatiga, a fin de confortar las perdidas fuerzas con un remedo de cena y un breve descanso más tarde, sobre humildísimo lecho.

La populosa ciudad veíase envuelta en densa neblina que impedía distinguir los objetos a corta distancia.

Un frío intenso y persistente hacía que los transeuntes caminaran a buen paso hasta encontrar cualquier refugio donde la temperatura fuese más benigna, siendo esto causa de que los cafés, restaurants y botellerías se vieran sumamente concurridos.

Los tranvías circulaban atestados de pasa-

jeros, a quienes la inclemencia del tiempo obligaba a buscar el retiro en hora prematura.

Por el espléndido paseo de Gracia, de la capital de Cataluña, subía a toda velocidad uno de estos vehículos, sin hacer caso de muchas personas que esperaban su paso para tomarlo.

Estaba *completo* y no podía parar.

En el cruce de una de las amplias calles transversales aguardaba, desde buen rato, una joven de humilde aspecto, pero que cualquier observador la habría hallado distinguida y extraordinariamente linda.

Al convencerse de que no le sería fácil alcanzar puesto en ninguno de los tranvías, por subir todos abarrotados de gente, tomó la heroica resolución de hacer el camino a pie, dirigiéndose paseo arriba, hasta que llegó a la calle Mayor de Gracia, y torciendo luego a la izquierda cruzó otras varias, dejando atrás la línea del ferrocarril de Sarriá y llegó por fin a San Gervasio.

En una humilde casita de esta pintoresca barriada, y a uno de esos pequeños edificios que se conocen con el nombre de *torres*, llamó la joven con nerviosa mano, presentándose a poco una vieja sirvienta que al ver a la recién llegada exclamó:

—¡Gracias a Dios, señorita...! ¡Estábamos con una intranquilidad horrible... El señor no ha cesado de llamar a usted...

—¿Y cómo está papá?—preguntó con anhelo.

—¡Mal; muy mal! ¡Consumiéndose...! No podemos darle lo que necesita...

—¡Ya sí...! ¡Traigo dinero; mucho dinero! Mañana vendrá un médico eminente, y con su ciencia y nuestros cuidados lo salvaremos... ¡Después, veremos lo que sucede...!

—Pero señorita... ese dinero...—preguntó vacilante la criada, que habiendo visto nacer a la joven, la profesaba maternal cariño.

—Ese dinero, mi buena Angustias... ¡me ha costado muy caro!—y rompió a llorar.

De pronto, haciendo un esfuerzo sobrehumano, procuró serenar su rostro y dijo a la sirviente:

—Es preciso que papá nada sospeche; que no se extrañe de la abundancia de dinero... ¿Qué inventaré...? ¡Ah! Le diremos que de mis ahorros jugué un décimo a la lotería y ha sido premiado...

—¿Con el gordo?—preguntó la sirviente, que todo cuanto tenía de buena tenía de ignorante.

—¡Sí...! ¡¡*Con el gordo*!!—y en el hermosísimo rostro de la joven se dibujó una expresión indefinible.

Corrió al cuarto, donde en un miserable lecho yacía enfermo su padre, éste al ver a la joven se iluminaron sus ojos glaucos y mortecinos con un destello de alegría.

Trató de incorporarse, pero no pudo: su debilidad era infinita.

Aquel miserable cuerpo sólo tenía aspecto de tal, por una piel rugosa y amarilla que cubría la armazón, pareciendo a un esqueleto revestido por ajustada funda, puesto que al detalle, po-

dían apreciarse todos los lugares de la osamenta.

El hundido estómago formaba una oquedad imponente, y el pecho se levantaba, con trabajo, para dar paso a la respiración, pausada y fatigosa, que tenía más de extor de muerte que de señal de vida.

—¡Aurelia...! ¡Hija mía!—suspiró el enfermo...

—¡Vamos, vamos; aprensivo...!—exclamó la joven besando con amor la sudorosa frente del anciano.—¡A curarse pronto, para darnos buena vida!

—¡Buena vida!

—Regular por lo menos, puesto que somos casi ricos...

El anciano miró a la joven con asombro.

—¡Sí... casi ricos...!—insistió Aurelia riendo como si fuera la más feliz de las criaturas.—Te explicaré:—continuó.—Viendo que las cosas iban tan mal; que el nuevo dueño de la torre nos echaba a la calle, y que ya no teníamos de que disponer, hice un sacrificio *sobrehumano*: jugué ¡tres pesetas! a la lotería; y ¿sabes cuánto nos ha tocado...?

El enfermo la contemplaba anhelante.

—¡Seis mil pesetas...! ¡El segundo premio...!—Terminó la joven.

Tras una pausa en que el padre de Aurelia pareció premeditar alguna cosa, pregunto a ésta:

—¿Y el décimo...?

La joven no pudo menos de sonrojarse y

procurando dar a su acento la mayor naturalidad contestó:

—Verás: queriendo darte el alegrón y necesitando algún dinero hasta que paguen el premio, me he valido de una casa de crédito donde me han dado algo a cuenta...

Don Carlos, que así se llamaba el buen señor envolvió a su hija en una mirada escudriñadora, una de esas miradas de viejo experto para quienes el pecho de un joven resulta de cristal transparente, en cuyo fondo se descubre la conciencia con sus más guardados secretos.

—¿No me engañas?

—¡Engañarte...! ¿Por qué...? ¿Para qué?

—Por no amargar los días, o las horas, que me quedan de existencia.

—¡No; no te engaño...! Ahora, como el médico dice que puedes comer cuanto quieras ¡a cobrar fuerzas con una cosa que te he traído que sé que te gusta mucho...!

Y con esa solitud que sale del corazón de todo buen hijo, le ofreció unos delicados fiambres y una copa de jerez.

Don Carlos, aunque hizo por comer, no pudo pasar bocado.

No hacía más que mirar a su hija, como si pretendiera descubrir en ella algo que pudiera ser terrible, pero la joven, con la más noble de las intenciones, fingía tan maravillosamente, que el pobre anciano no se atrevió a dudar de cuanto le había dicho, si bien lanzó un suspiro profundo y doloroso en tanto que dos lágrimas se hundieron silenciosas en los pronunciados surcos de sus consuntas mejillas.

Dieron las diez en el reloj de un convento próximo, y creyendo Aurelia que su padre dormía, se dispuso a marchar a su cuarto para poder dar a su alma algún desahogo, dejando correr el llanto y no estar obligada a fingir una alegría que enmascaraba el pesar más hondo, cuando sonaron dos aldabonazos a la puerta de la calle.

Aurelia y su criada se quedaron mirando con sorpresa.

¿Quién podría ser a tales horas y en tan retirado sitio?

—Angustias, ¡mira quién es...!

Salió la sirvienta y a poco volvió con una tarjeta que entregó a la joven.

Esta pasó la vista por la cartulina y exclamó:

—¡Don Cosme...! ¡Y a estas horas...! ¿Qué querrá...? Dile que pase...

Un momento después se presentaba ante ella un anciano señor, que al ver a la joven le tendió ambas manos con inequívocas muestras de afecto y regocijo.

—¡Querida Aurelia, albricias!

—¿Qué ocurre, señor don Cosme?—preguntó al instante en tanto devolvía el efusivo saludo.

—¡La gran noticia...! Pero... ¿y papá...?

—Lo mismo, desgraciadamente: ¡muy mal...!

—Pero ¿conserva sus facultades mentales?

—Eso sí; discierne a la perfección.

—Pues entonces, no hay que perder momento.

—Pero ¿qué ocurre?

—Que el pleito que venía sosteniendo papá

hace tantos años, y que ha sido causa de su ruina, ha entrado en una nueva y favorable fase para nosotros.

—¡Explíquese...!

—La parte contraria, convencida de que a no mediar una avenencia, esto sería interminable, acaba de mandarme a su abogado, quien propone a don Carlos treinta mil duros, si renuncia a sus derechos...

El rostro de Aurelia tomó una espresión que más tenía de dolorosa que de contenta.

—¿Cómo es eso, querida niña?... ¿no le satisface esta solución?...

—Al contrario, don Cosme, al contrario: lo que es...

—¿Qué?

—¡Que llega tarde! ...

—No lo comprendo.

—¡Ni es preciso!... Hablemos del asunto. ¿Qué es necesario para ultimarlo?

—Que papá extienda un poder a nombre de usted, para que pueda hacerse cargo de la mencionada suma.

—¿Y eso?...

—Se puede hacer en seguida... ¡Mañana!

—Bien, mañana se hará.

—Entonces me retiro sin ver a mi buen amigo, para no molestarle.

—Se lo agradezco, pues el pobre descansa ahora.

—Mañana, a las nueve, vendré con el notario.

—Gracias, querido don Cosme; usted es el único amigo que nos ha quedado; el que jamás

desmintió su bondad ni su afecto hacia nosotros...

—Como debe de ser... ¡O somos o no somos!... ¡Vaya!...

Aurelia estrechó las manos del anciano, y cuando se hubo marchado, se dejó caer en una silla presa de mortal abatimiento, y rompiendo en acongojados sollozos exclamó:

—¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¿Por qué has consentido en mi sacrificio?...

Y luego, en un arranque de desesperación:

—¡Oh! ¡ya que mi deshonor ha sido inútil, juro por lo más santo, por la memoria de mi madre, que el villano que me ha obligado a caer habrá de acordarse de Aurelia de Torresano!...

Y en sus ojos brilló un rayo de fiera energía.

A la siguiente mañana, el bondadoso amigo de aquella desgraciada familia, el viejo don Cosme, se presentó en la *torre* de San Gervasio, acompañado de un notario, extendiendo amplios poderes a nombre de Aurelia, que había ya cumplido la mayoría de edad.

Poco después, una de las eminencias médicas con que cuenta Barcelona, aconsejaba a la infortunada hija de don Carlos, que le administraran a éste los auxilios espirituales, puesto que no había salvación para el enfermo.

¡Se había acudido tarde!...

En efecto, a la madrugada siguiente el buen señor, rodeado de la desconsolada Aurelia, de la fiel Angustias y don Cosme, entregó su alma al Creador diciendo estas palabras:

—¡Hija mía!... ¡Hija mía!... ¡Muero con el

mayor desconsuelo!... ¡Tu abnegación te ha llevado al sacrificio!... ¡No me has engañado!... ¡La lotería!... ¡Tu honra!... ¡Mi honor!...

Y fijando sus infractos ojos en los de la horrorizada joven, dejó correr las lágrimas, las postreras, y quedó inmóvil...

¡Había muerto!

IV

Sacerdotisas de amor

Nuestros lectores serán tan indulgentes que nos perdonarán hayamos comenzado este libro que por su título augura placer y regocijo, con dos notas tristes, dramáticas, delicadas, si se quiere, y rayanas en un sentimentalismo, que hoy, desgraciadamente, no se concibe en este pícaro mundo de grandes egoísmos.

Hemos dado principio por donde principian todas las cosas de la vida; por la bondad, por lo noble, por lo honrado...

Después, el tiempo, ese insaciable pervertidor de almas, todo lo cambia, todo lo estropea, todo lo trueca.

Así que no es extraño que presentemos a algunos de nuestros personajes, siquiera sea a aquellos que han de dar interés a nuestro relato, en su aspecto primordial, con objeto de que por ellos se vea que muchas veces, los malos,

los aturridos; los que se dejan llevar por el torbellino de las humanas pasiones, tienen en su abono una causa atenuante: la de que son menos pecadores que aquellos que los obligaron a pecar.

Hecha esta aclaración, volvamos a reanudar nuestra novela, imprimiéndola desde este punto toda la variedad que requiere un asunto que tiene tantas y tan varias manifestaciones, en el mundo del amor.

* * *

Estamos en pleno Carnaval.

Las principales calles de la villa y corte ven-se invadidas por un gentío inmenso que abandona su hogar, ávido de celebrar los *chistes* de las máscaras, o de contemplar la diversidad de disfraces de mayor o menor gusto que en estos días se lucen en honor del dios de la locura, y con el solo objeto de molestar al prójimo al amparo de la careta.

El amplio paseo de la Castellana presenta un deslumbrador golpe de vista, con los lujosos trenes que por él circulan, lucidos por las más linajudas bellezas de eso que llaman gran mundo, y las bellezas más arrogantes y provocadoras que viven del *demi-monde*.

La batalla de confetti y serpentinas está empeñada con verdadero encarnizamiento.

Cuantas personas pasean en coche o a caballo van completamente cubiertas por densa capa de pequeños papelitos de diversidad de co-

lores, que vuelan incesantemente por el espacio, al impulso de infinitas manos que los lanzan con pasión o furia loca.

La alegría reina con desordenada expansión, y sólo llega a percibirse un atronador conjunto de voces y risas, mezclados con los discordes sonidos que producen los raros instrumentos que tocan sin cesar muchos mascarones para atormentar los oídos o abrirse paso entre la compacta muchedumbre...

Entre los infinitos carruajes que soportan el terrible tiroteo de flores y confetti figura uno que, materialmente cubierto de dichos vistosos proyectiles, llama la atención de un modo poderoso, por la belleza soberana de sus ocupantes.

Son dos mujeres.

Difícilmente pudieran reunirse dos tipos femeninos más espléndidos, más irresistibles, más avasalladores, que el de aquellas arrogantes criaturas que van en él.

Morena de ojos grandes y rasgados, cuyo mirar ardiente quema y provoca, de labios rojos y gruesos como cerezas en sazón, de busto arrogante, de sonrisa picaresca, de porte de soberana, es el tipo de la una; la otra rubia y espléndida; de ojos azules y acariciadores, de cuerpo esbelto y delicioso, de elegancia archi-infinita.

Dos ejemplares más encontrados y perfectos seguramente que sólo los concibe la fantasía del arte, que sueña con prodigios de belleza supercelestiales ajenos a toda humana vulgaridad.

A corta distancia del carruaje marchaban dos aristocráticos jinetes, los cuales no parecían fi-

jar su atención en nada de aquel loco rebullir de máscaras y gentío.

Tan embebidos iban en su conversación.

—Insisto en afirmar que conozco a esa encantadora beldad que acompaña a Raquel (1), pero ¿de dónde?... ¿de qué?—dijo el más joven de ellos.

—Yo confieso que me son conocidas todas las bellezas cotizables de Europa, pero esa angelical criatura, que aparece hoy, en unión de la judía, jamás la vi en lugar alguno.

—Pues yo sí—insistió el que primero había hablado.

—Bien, pero ¿en dónde?

—*Ecco il problema...* Su cara no es de esas que tan fácilmente se olvidan... pero pudiera suceder que la hubiese visto bajo otro aspecto social, fuera de Madrid... ¡quién sabe! ...

Así discutían aquellos caballeros sin separar sus miradas de las dos hermosas a quienes escoltaban, cuando vieron avanzar en dirección opuesta un lujoso *mail-coach* arrastrado por cuatro briosos alazanes, que impacientes tascaban el freno, al verse obligados a una marcha lenta y constantemente interrumpida.

Iba ocupado por ocho o diez personas que hacían gala de notable buen humor y de una gran riqueza en carnalescos proyectiles, de los que resultaban constante blanco cuantos coches se cruzaban con ellos, especialmente los que iban ocupados por mujeres.

—¡Mira, mira! Mira a Torrentegui, cómo se

(1) Léase «Las obreras del amor».

ha apresurado a abandonar la capital de Vizcaya, para divertirse entre nosotros.

—Fuéramos todos como él, querido Miranda, joven, solo y millonario. Su sola misión es la de rendir tributo al placer. Tan pronto le vemos aquí, como se marcha al extranjero, como reaparece en su casa de Bilbao, o su despacho de Barcelona. Para estos privilegiados es la vida y no para nosotros que tenemos que sostener un papel por demás difícil a cambio de la tolerancia que nos dispensan estos imbéciles de dorada alcurnia.

—Tú no tienes derecho a quejarte, has sido rico, si no tanto como esos a quien hace poco aludías, lo suficiente para haber podido llevar una vida feliz e independiente.

—Sí... pero...

—Pero, el juego... las mujeres ...

—Observo que te has vuelto moralista, y que pierdes el tiempo lastimosamente.

—Cambiemos, pues, de tema.

—Enhorabuena... ¡Mira! Observa la impresión que ha hecho a Torrontegui la vista de nuestra hermosa desconocida.

—En efecto... parece que le ha electrizado... ¡Observa, cede las riendas y abandona el coche...

—Y se dirige al de Raquel y su amiga...

—¡Hétele con ellas!... Y habla con la rubia, y ésta le sonríe...

—¡Oh, poder soberano del dinero!...

—Pues si Torrontegui la conoce, esta noche sabremos quién es la hermosa.

—¡Quién es!... ¡Quién es! Yo no lo sé; ¡pero la conozco!...

—La conocerás, pero no te envidio la memoria.

La batalla seguía con la mayor animación; cuando el coche que conducía a las dos hermosas mujeres que tanto habían sobresalido en el paseo, rompió la apretada fila y arrancó al trote largo de sus caballos por la calle de Génova.

—Chico; ese insoportable *Creso* nos ha dejado sin conquista. Huye con ellas, con lo cual nos ha dado un verdadero bromazo.

—Por algo estamos en Carnaval.

—Que el dios de los amores le niegue sus beneficios...

—Y te los traslade a ti, ¿no es cierto?...

Y ambos jóvenes, riendo, aunque no de muy buena gana, siguieron su paseo entre la nutrida fila de carruajes sin hacer más mención de las dos lindas cortesanas ni de su afortunado amigo, el joven y opulento banquero bilbaíno, Renato de Torrontegui.

* * *

Para que aquellos de los lectores que no hayan leído nuestro libro, perteneciente a esta misma colección, y que se intitula *Las obreras del Amor*, puedan estar en antecedentes de quienes eran la judía Raquel, Torrontegui y Miranda, haremos de ellos una ligera descripción, empleando la mayor brevedad posible, puesto que en la mencionada novela han figurado notablemente, sobre todo la bella cortesana.

Raquel había conseguido que se la señalase como a la *Reina del «demi-monde»*, no sólo en Madrid, donde cualquier estrella de escasa magnitud adquiere pronto popularidad y renombre, sino en París, en Londres, en Viena, en cuantos países visitó deslumbrando siempre con los esplendores de su hermosura y los prodigios de su talento.

Cien fortunas habían rodado a sus pies, y algunos infelices, tras de verse en la ruina objeto de la chacota de *sus amigos*, por culpa de aquella sirena de encantos irresistibles, habían puesto fin a su aventura destrozándose el cráneo de un balazo.

Por culpa de Raquel habían tenido lugar varios desafíos, en los cuales la muerte de algunos de los combatientes fué el trágico desenlace.

Y, sin embargo de esto, y a pesar de las desgracias por ella causadas, nunca se la vió conmoverse, ni demostrar pesar ni remordimiento alguno.

Cuantos la conocieron decían de ella que carecía de corazón.

Era una hermosa estatua viviente; un acabado ejemplar de belleza femenino con todas las seducciones imaginables: altiva, soberbia, indiferente...

Su mayor placer consistía en causar la desgracia a su alrededor; abatir el orgullo y la fatuidad del hombre, especialmente cuando éste se le presentaba revestido de todos los dones con que la diosa Fortuna puede hacer venturoso al mortal.

Raquel tenía un amante :pero este *amante* no era en realidad más que un autómatas de su voluntad, un hombre sin dignidad ni conciencia, que se arrastraba sumido a sus pies, con tal de que le permitiera disfrutar un poco de las esplendideces de sus encantos, sin atreverse nunca a pedir más de lo que la hermosa le concedía, ni a pedirle explicación alguna de su género de vida.

Era un aristócrata arruinado.

Un infeliz que por ella había hecho el sacrificio de su honra, de su fortuna, de su tranquilidad ; que había sido causante de la muerte y de la prostitución de su esposa, joven y opulenta, siguiendo las inspiraciones de la satánica beldad que le tenía hipnotizado.

Era, en suma, un juguete de la judía, que lo retenía a su lado para sus fines particulares, y con el solo propósito de ceñir a sus sienes, cuando la vida del libertinaje la hubiera cansado, la corona de marquesa del Robledal, que aquel cuitado le ofrecía a cada instante, con lágrimas en los ojos y palpitando de emoción.

El joven Torrontegui, a quien hemos visto abandonar su *mail-coak*, y unirse a las cortesanas, era dueño, por reciente fallecimiento de su padre, de una importante casa bancaria bilbaína, y accionista respetable de varias industrias siderúrgicas, que le producían importantes ingresos.

Tenía casas en Madrid, Barcelona y Bilbao y contaba con sucursales en las principales capitales de Europa.

Muerto su padre, y habiendo experimentado

un desengaño amoroso, que cambió su carácter de un modo extraordinario, vivía sólo para el placer y la orgía, procurando sacar de la vida cuanto de halagador ésta ofrece, sin reparar, poco ni mucho, en si podía o no causar el mal a su semejante, y atento sólo a la satisfacción de sus deseos cada vez más múltiples e imperiosos.

Miranda, uno de los jinetes que escoltaban el coche de nuestras pecadoras, era uno de esos seres parásitos de salón, que sin tener medios conocidos de subsistencia, viven a costa de los amigos, comiendo un día en cada casa de las que le brindan hospitalidad y esgrimiendo de vez en cuando con habilidad certera eso que llaman *sable*, a cambio de una crónica periodística, o de un tomo de cuentos anodinos o versos de estilo cursi; una especie de gaceta viviente, para quien no existía otra misión que averiguar la vida y milagros de todos cuantos ocupan el gran mundo, o llegan a él por caprichos de fortuna, y valiéndose de esto, *se ganaba la vida*, y lograba ser de todos bien recibido y hasta agasajado, por temor a los destrozos que solía hacer, con aquella su lengua, que más parecía de áspid o serpiente, por lo venenoso de los efectos.

V

Un tonto rico y un tuno pobre

Mario de Urquiza no se resignaba a la vida de relativa estrechez a que la pérdida de su fortuna le tenía condenado.

Espíritu osado, saturado de todas las malas pasiones, que engendra un alma egoísta y atento sólo al propio bienestar, no vacilaba en emprender cualquier camino, más o menos tortuoso, más o menos infamante, con tal que a su finalidad hallara el placer, la ostentación y el triunfo de sus pasiones.

Cuando fué rico, sus queridas fueron tantas como mujeres se cruzaron en su camino brindándole sus encantos.

Verdad que nunca pudo presentarse como modelo de constancia, puesto que, parodiando al «Burlador de Sevilla», sostenía que la mujer no tiene más encanto que el que proporciona su conquista, y el momento de posesión, siendo luego una carga pesada y un

manjar indigesto, si no se renueva frecuentemente.

Por esto, y por su decidida afición al juego, su ruina llegó a pasos agigantados, y en la época en que lo presentamos a nuestros lectores acababa de llegar de París, en donde vió marchársele los últimos miles de francos.

Con lo que sacó de la venta de sus caballos y carruajes y algunas «pruebas de confianza» dadas a algunos de sus amigos, traducidas en billetes de Banco, volvió a España, dispuesto a cazar alguna buena dote o a levantarse la tapa de los sesos.

Llegó a Barcelona, y hospedándose en uno de los principales hoteles, y haciendo una vida tan ostentosa como si su fortuna fuera la de un Creso, se dispuso a revistar el buen número de opulentas herederas con que cuenta la ciudad condal, sin que le preocupara poco ni mucho el origen de los antepasados de cualquiera de ellas que aceptara su manirrota diestra a cambio de un capital respetable.

Ya desesperaba de conseguir su intento, cuando una noche salió mustio y mohino del teatro del Liceo, pensando en su mezquino caudal, y en las deudas que sobre sí tenía, cuando al llegar frente al café Suizo oyó una voz que repetía:

—¡Mario!... ¡Mario!...

Volvió el rostro intrigado, y al reconocer a quien le llamaba, avanzó precipitadamente hasta él tendiéndole los brazos, pensando que

en aquel amigo le enviaba la Providencia una tabla de salvación.

—¡Querido Federico!...—exclamó gozoso.

—¡Amigo Urquiza!—contestó el nuevo personaje,—¿A qué feliz casualidad debo el verte en Barcelona?

—Porque estoy de paso. Vengo de París... ¡Qué quieres, chico; la nostalgia!..., Ya sentía hambre de mi querida tierra... ¿Y tú?

—¡Ay, chico!... ¡Aquí, siempre, aquí! Alguna que otra escapatoria a la «ciudad Lumiere, a Madrid, a San Sebastián... pero rápidas, rapidísimas... Los negocios, el cuidado de las fábricas... Esto es horrible, desesperante, amigo mío.

—¿De manera, que te juzgas desgraciado? En realidad que sí.

—¿A pesar de tus millones?...

—A pesar de ellos... Pero yo te garantizo que cuando sea libre, cuando al inflexible autor de mis días, se le ocurra hacer el gran viaje, tomaré cumplida reparación.

—Observo que no hablas con el debido respeto de tu señor padre—dijo Mario irónicamente.

—Nada de eso, querido mío: lo que digo es lógica pura. Lo natural es que, con sus ochenta y pico, un día se aburra de vivir, y entonces... ¡oh, entonces!... Vendo las fábricas, me quito de negocios y a gozar... Todas las avaricias del abuelo se trocarán en esplendideces del hijo.

Como nuestros lectores habrán tenido ocasión de apreciar, este nuevo personaje era uno

de esos imbéciles, sin alma ni cerebro, que no tienen otra misión que vivir para gozar, sin pensar en nada grande, ni saber lo que es amor ni respeto.

Uno de esos egoístas, que endiosados por el poder del dinero se creen seres sobrenaturales, a quienes los mortales de inferior categoría han de rendir humilde vasallaje.

Un hombre sin corazón en suma.

—De modo que te aburres soberanamente— le preguntó Mario.

—Hombre, del todo no; procuro amenizar mi existencia con alguna que otra aventurilla... Precisamente acabo de librar una batalla en que he triunfado...

—¡Hola!... ¡Hola!... Has de referirme eso, pero observa que la noche no tiene nada de agradable y aquí en la Rambla se siente un fresquecillo algo molesto.

—Tienes razón. Vamos a cenar.

—Y ambos amigos, cogidos del brazo se dirigieron a la «Maison Doré», donde escogieron un succulento «menú».

VI

La Compra de un Angel

... ..
—Pues ya ves, querido Mario, cómo la roca más dura se ablanda por el dinero.

—En efecto, pero esos amores de la clase baja; la seducción de chicuelas de humilde cuna tiene sus inconvenientes. Muchas de estas infelices llegan a tomarlo en serio y se hacen del todo insoportables... Luego, resultan castas, tímidas, sin el desparpajo preciso a toda querida... Las hay que ¡hasta tienen vergüenza!

—Te participo que la mía—dijo Federico—es una perfecta señorita. Su educación nada tiene que envidiar a la de la más linajuda heredera... Luego, ¡es tan linda, tan seductora, tan espiritual!

—Déjate de cursilerías: no juzgues a la mujer más que como un objeto de placer, una fuente de goces sensuales y... ¡basta!

—Eres por demás materialista.

—Soy práctico. Y si no, esa distinguida paloma, ese dechado de educación, esa «espiritualidad... ¿Cuánto te ha costado?...

Federico quedó algo confuso ante tan terminante pregunta y poniéndose algo encendido contestó con alguna vacilación:

—¡Bah!... una friolera...

—Pero ¿cuánto?

—Diez mil pesetas...

—¿Antes o después?

—Pago adelantado.

—De donde resulta que tu angelical conquista tiene dotes que la acreditan de mejor comerciante que tú...

—Pero es tan hermosa... y si no, juzga— y al decir esto sacó un retrato postal que representaba a una mujer encantadora.

—En verdad que vale y que su tipo es de una distinción suprema. ¿Y este retrato?...

—Este retrato fué causa de que yo me dedicara a la caza del original.

—Si no te explicas más...

—Verás. Entre los varios corredores de mi casa, hay uno que por su estúpida honradez y modestas pretensiones, cuenta con toda la confianza de mi padre. Don Cosme, que así se llama nuestro hombre, profesa gran amistad al de esta chica, de quien se deshace en elogios y lamenta la adversidad que le persigue. Un día que fuí a su casa a encargarle una misión, empezó con su acostumbrada cantinela, en pro de sus amigos, y con el objeto de que yo pudiera juzgar de ellos me enseñó sus re-

tratos, uno de los cuales es éste que yo en otra ocasión cogí disimuladamente. La impresión que esta postal me produjo ni puedo ni sabría explicártela. Sólo sé que quedé perdidamente enamorado de la imagen y me hice el propósito de hacer mío el original. Adquirí mis informes y supe que Aurelia Torresanano y su padre estaban en la mayor miseria, y éste, a las puertas de la muerte. Me puse en campaña y me encontré con que la chica tenía tanto de orgullosa como de linda, y vi que si no apelaba a grandes extremos no lograría mi deseo. Pude veriguar que la torre en que habitaban la tenían hipotecada, y que carecían, no sólo de lo más preciso, sino hasta de alimentos y medicinas. Entonces, la escribí ofreciéndole mi apoyo que rehusó indignada; estreché el asedio, busqué al prestamista e hice que apremiara al deudor, y por último, tras yo seguir ofreciendo y ella rehusando, llegó el día en que con sus ojos de cielo bañados en lágrimas me dijo que si yo salvaba a su padre, ella sería mía.

Entramos en negociaciones, ni más ni menos que si se tratara de cualquier operación corriente, y previa entrega de diez mil pesetas en billetes de Banco, allí mismo, en mi despacho, logré las primicias del cuerpo más gentil que pueda tener mujer alguna.

—¡Bravo! ¡Bravísimo!... Resulta una aventura folletinesca... ¿Y eso fué?...

—Eso fué anoche...

—¿Y qué piensas?

—Esperar que el padre muera, pues está

gravísimo, y luego tenerla una temporada, hasta que me empache de ojos de cielo y cabellos de oro...

Los jóvenes terminaron su cena alegrementemente y después de acompañar Mario a su amigo, se despidieron hasta el siguiente día, en que Urquiza invitaría a comer a Federico con la sana intención de darle un avance a su dinero y poder conjurar los compromisos que de momento le agobiaban.

Cuando llegó al hotel, se desnudó tranquilamente y se metió en el lecho, con la confianza de que cuando la casualidad presenta un tonto en el camino de un listo, es porque aquel tiene alguna misión que cumplir, y la misión de Federico Torremunt no había de ser otra que la de proveerle de fondos mientras las cosas no cambiasen.

VII

Congreso de pecadoras

Vamos a penetrar en uno de los elegantes hoteles del aristocrático barrio de Argüelles, uno de los más populosos de la Villa del Oso y el Madroño.

Aún no hace muchos años, dicho lugar sólo era una inmensa extensión de terreno, con algunos edificios aislados, de antigua o destaralada construcción, y gran número de solares, muchos sin vallar, que más tarde habían de convertirse en lujosas viviendas de seres favorecidos por la fortuna.

Actualmente, Argüelles, como Pozas, constituyen uno de los mejores sitios del ensanche madrileño, no sólo por sus bellas y espaciosas vías y suntuosidad de sus casas y «chalets», sino por lo selecto de su vecindario.

Allí vemos la dorada mansión de elevadísima señora que abandonó una morada regia

por un lindo palacete, donde el arte y la riqueza se ven en lindo maridaje.

Viven también artistas de renombre, literatos de primera fila, hombres de negocios de sólidas fortunas, títulos de Castilla, que siguiendo las leyes progresistas que hacen preferir lo nuevo a lo ruinoso, mandáronse construir allí coquetonas viviendas, y abandonaron por éstas las señoriales y vetustas que les legaron sus mayores.

Pero al igual que allí habita buena parte de la aristocracia del dinero y de la sangre, tienen también su morada lo más saliente y dominador del mundo galanté y aventurero.

Por esto llevaremos a nuestros lectores a uno de aquellos hoteles de amplia escalinata y uniformado portero, donde cualquiera hubiera presumido hallar la residencia de un ministro o de cualquiera elevado personaje, siendo sólo en realidad, el nido de amores, más o menos cotizables de una mujer que supo tener en jaque por el prodigio de sus encantos, a todo mortal que se puso al alcance de las miradas de sus negros ojos.

La dueña de esta mansión se llamaba Raquel Loy y era judía.

Nuestros lectores la conocen.

La vieron en el paseo de la Castellana acompañada de aquella rubia de singular belleza, que al igual que su amiga tanto llamó la atención, y que abandonaron la batalla de serpentinatas y confetti con el joven Torrontegui.

Algo extraordinario debía ocurrir en la morada de la bella pecadora, pues en poco espa-

cio de tiempo llegaron a la verja del hotel varios carruajes, de los cuales descendieron elegantísimas mujeres, jóvenes y seductoras.

Penetremos nosotros tras ellas y averigüemos lo que pasa.

El interior de aquella elegante vivienda era un conjunto de arte y refinada coquetería, como tenía que ser la morada de una mujer galante que había conseguido que se le denominara la reina de la moda y de las bellas.

En el salón principal, tapizado de brocado celeste, tenuamente iluminado por la vacilante luz de un hermoso atardecer; saturado de diferentes perfumes, que producían flores y esencias, envolviendo el ambiente en suaves y halagadores efluvios, se hallaba la dueña soberana de aquel encantador lugar, lindamente ataviada con una lujosísima bata de vaporosos encajes, que dejaban adivinar las prodigiosas morbideces de aquel cuerpo de diosa pagana.

No estaba sola. La acompañaba la rubia que vimos con ella el Carnaval, y dos o tres mujeres más, todas jóvenes y hermosísimas.

Raquel dirigió la mirada hacia un artístico reloj de la chimenea, y exclamó:

—Son las seis y media y aún no han llegado Rosa ni Emerinda... No deben tardar.

Como si estas palabras hubiesen sido un conjuro, el ruido del trotar de dos caballos que avanzaban briosamente, hizo decir a la rubia:

—Seguramente son ellas.

En efecto, un momento después paraba un carruaje y de él descendían dos nuevas visitantes de la cortesana, que al igual de las que

antes habían llegado, eran dos acabados modelos de belleza femenil.

Raquel les salió al encuentro, y saludándolas efusivamente, las presentó a su nueva amiga, a aquella rubia tan esplendente, que las otras miraron no sin cierto recelo, previendo en ella una temible rival.

—Ahora, mis buenas amiguitas, a reponer un poco las fuerzas, y luego os explicaré el objeto que me ha inducido a citaros tan misteriosamente a todas a un mismo tiempo.

Y desparramándose por la casa aquella deliciosa banda de gentiles locuelas, pasaron revista a todos los rincones, haciendo toda clase de comentarios sobre lo qué habría de decirles la judía.

Descorchó el champagne, y entre risas argentinas y frases más o menos picarescas, aunque todas del mejor gusto, dieron aquellas lindas muchachas la mejor cuenta posible de buen número de delicados pastelillos y de exquisitos fiambres.

—Bueno, bien—dijo una de las congregadas.— Todo esto es muy rico y servido con la exquisita esplendidez a que Raquel nos tiene acostumbradas, pero yo, por lo menos, no vivo si no nos dices pronto para qué nos has llamado.

—Un poquito de paciencia, mi querida locuela—dijo la judía, que ejercía sobre todas sus amigas un dominio absoluto.

—Parece esto una conjura—dijo otra.

—O cuando menos un consejo de ministros en que Raquel ejerce de presidente—añadió

una linda morena, cuyo marcado acento andaluz la delataba como hija castiza de Málaga o Granada.

—¿Y tú qué cartera te asignas?

—Según de lo que se trate. Prefiero la de Hacienda, pues tengo mis aficiones economistas; pero si es para dar castigo a algún malvado, venga la de guerra, con suspensión de garantías y juicios sumarísimos.

Un conjunto de risas sonoras y cristalinas coronaron estas palabras, que fué cortado por Raquel con las siguientes palabras:

—Tiene razón Carmela; se trata de castigar, no a un malvado, sino a dos...

—¡Bravo, bravísimo!... ¡Guerra sin cuartel!... Con tal de que no sea mi pobrecito vizconde, que es el mejor de los mortales, puesto que me da cuanto le pido y el pobre no pide casi nada.

—Orden, queridas cotorras, y al asunto.

—Eso es; ¡al asunto, al asunto!...

—El asunto es el siguiente: Dos de nuestras amigas aquí presentes, han sido villanamente engañadas: cuando conservaban el alma pura, cuando veían el amor a través del encantado prisma de la fe, libre de cálculo, como fuente inagotable de venturas infinitas. Esos hombres, una vez satisfechos sus brutales deseos, uno abandonó a su amante, como se arroja al arroyo una cosa que se desecha, otro esperó la ocasión de que el padre de la infeliz estuviera agonizante y en la mayor miseria, para comprar el cuerpo de la hija, pisotear la honra de

una familia, y vanagloriarse luego de su repugnante hazaña.

—¡ Miserables !...

—¡ Canallas !...

—¡ Indignos !...

—¡ Malvados !...

—¡ Tíos !...

Este chaparrón de epítetos y otros muchos más despreciativos, que no reproducimos, coronaron la exposición del caso que acababa de relatar Raquel.

—¿ Y quiénes son esos caballeritos ?

—¿ Los conocemos nosotras ?

—Lo primero que queremos es saber quiénes son las víctimas.

—Las víctimas son : Rosa, seducida, deshonrada y abandonada luego sin pan ni abrigo por Mario de Urquiza, que acaba de llegar a Madrid arruinado ; y la otra, Aurelia de Torresano, que aquí os presento, víctima de su abnegación filial.

Como ocurre siempre entre mujeres, y máxime entre mujeres de determinada especie que por el ambiente que respiran, la vida a que se dedican, son de un sentimentalismo tan exagerado, cuando no tan ridículo, que olvidándose de lo que son, quieren dar pruebas de una pureza de sentimientos y una bondad de alma cual nadie las tuviera. Aquellas lindas muchachas que antes atronaban con sus risas, se deshicieron en lamentos y exclamaciones, y hasta no faltó alguna que dejó correr dos bien entendidas lágrimas, si bien inmediatamente pasó

al tocador a retocar un poco sus picarescos ojos de gatita joven.

—Os he llamado por si queréis secundarnos en nuestros planes, a las víctimas y a mí—dijo Raquel.

—Incondicionalmente.

—Con toda el alma.

—¡Guerra a los pícaros!

—Bien, muy bien. No esperaba menos de vosotras, si bien es verdad que todas me estáis obligadas por diferentes conceptos—dijo Raquel, demostrando así su firme carácter y lo acostumbrada que estaba a ser obedecida.

No olvidaréis—continuó—que Emerinda, aquí presente, debe a mis buenos oficios y a mis relaciones con esos señorones que manejan la cosa pública, el poder estar entre nosotras, ya más consolada por la muerte de su amante, a quien vengó, sin temor a que los tribunales de justicia pongan un paréntesis en su brillante carrera de sacerdotisa del amor.

—También te hice el favor—contestó la aludida—de dejar viudo a tu pobre marqués del Robledal; a tu enamorado marqués... (1)

Raquel hizo un significativo gesto de desdén.

—¡Mi marqués!... ¡Infeliz!... Sigamos nuestro asunto. Es necesario castigar a esos canallas. Uno está entre nosotras. Busca una mujer con quien vivir, pero no como amante que paga, sino como **macaroni** que cobra.

—¡Valiente joya!

(1) Léase «Las obreras del amor», de esta casa editorial.

—Por esto es sumamente fácil reducirlo; hacerle creer que triunfa en su propósito, e irlo encanallando más y más, hasta que llegue al último peldaño de la degradación, para que nadie le mire, y se vea solo, despreciado...

—¿Y entonces?...

—Entonces Rosa estará vengada.

—¿Y el otro?

—El otro no se halla en Madrid, pero vendrá pronto porque su padre ha muerto legándole una gran fortuna.

—Y con este ¿qué hay que hacer?

—Con este el trabajo se simplifica y resulta más agradable. A este no hay más que arruinarle.

—¡Bravo!

—¡Magnífico!

—¡De primera!—Gritaron todas batiendo palmas, y dando así su conformidad.

—¿Y una vez arruinado?...

—Dejarle en el mayor abandono a su solo esfuerzo. Como es una inutilidad que nunca supo otra cosa que gastar dinero, cuando se vea pobre aprenderá a respetar la desgracia, y Aurelia estará vengada. ¿Prometéis ayudarnos...?

—Lo juramos.

Y haciendo un cómico ademán con las manos extendidas, cual si fueran conjurados, dieron término a aquella reunión, y ocupando sus carruajes respectivos, abandonaron la casa de la judía, marchando en distintas direcciones.

VIII

En busca de la Venganza

Retrocedamos hasta el momento en que la desventurada Aurelia de Torresano vió exhalar el último suspiro a su padre, jurando ante el cadáver vengarse de aquel que la había obligado al sacrificio de su honra.

Como todos los espíritus fuertes, la altiva joven acató los hechos consumados y con una tranquilidad y sangre fría que nadie hubiera podido presumir en su delicada naturaleza, dispuso todo lo necesario para que a su padre se le hiciera un entierro en relación a su clase, y al amor que le había profesado.

Al acto sólo concurrieron algunos amigos de la vecindad y el fidelísimo don Cosme, que además de presidir el duelo no abandonó el cadáver de su mal aventurado amigo, hasta que le hubo dejado en un nicho, que previamente había adquirido a perpetuidad.

Cuando abandonó la mansión de los muertos, el último de todos, salió exclamando:

—Infeliz amigo: por fin cesaron todos tus padecimientos.—Pero ¡Aurelia... Aurelia...! ¡Pobrecita...! ¿Qué será de ella?

Cuando regresó a la casa de los Torresano, encontró a la joven al parecer tranquila, fría, impasible...

En su hermosísimo y demacrado semblante a causa de las privaciones y del insomnio, se notaba algo duro, algo terriblemente amenazador.

Tan pronto como vió al anciano amigo de su pobre padre, le tendió los brazos con muestras de gratitud.

—¡Gracias, gracias, mi bueno, mi único amigo! Lo que debo a usted por el interés que siempre nos demostró en medio de tanto infortunio como nos ha perseguido, nunca podré pagárselo...

—¡Quieres callarte, hijita mía...! Nada he hecho porque nada he podido hacer, y aunque hubiera querido hacerlo, compartiendo con vosotros mi pobreza, no me hubiera sido posible a causa de vuestra altivez de raza, que nada quiso aceptar.

—¡Pobre don Cosme...! ¡Cómo íbamos a aceptar nada de usted si casi no le basta para las necesidades de su pobre familia...! Pero en fin; no hablemos de esto y pasemos a otra cosa.

—Manda de mí cuanto quieras...

—¡Gracias, muchísimas gracias...

Y sin poder contener por más tiempo las lágrimas rompió en amargo llanto.

—Llora, llora, pobre hija mía. El llanto es

el consuelo de las almas buenas, y conforta el espíritu en su abatimiento.

—Don Cosme:—dijo Aurelia después que hubo conseguido tranquilizarse un poco.—Muerto mi padre, sin parientes ni amigos que se conduelan de mis desdichas, usted viene a ser para mí todo: mi familia y mis amigos; el confidente de mis penas y mi protector.

—Con alma y vida, hija mía; lo que siento es que la nieve de los años me reste el vigor necesario, para hacer un escarmiento con los que tuvieron la culpa de tus sufrimientos y de la muerte del mejor de los hombres; de tu padre.

—Es preciso que sepa usted toda la extensión de mi desgracia, todo lo horrible de mi situación.

Y haciendo un esfuerzo sobrehumano, le refirió con toda clase de detalles el asedio de que había sido objeto, por parte del miserable Federico Torremunt, la estrechez cada vez más angustiosa en que se vieron, hasta llegar al caso de no tener para dar medicamentos al infeliz anciano, y, por último, el momento terrible, en que loca de desesperación, tratando de arrancar de la muerte a su padre, hizo el sacrificio de su honra.

—¡Miserable...! ¡Canalla!—exclamó el bueno de don Cosme mesándose sus escasos cabellos.—¡Y yo que le juzgaba un hombre de honor...! ¡Yo que siempre que le veía le hablaba de vosotros...! ¡Infame...!

—La cosa ya no tiene remedio—dijo Aurelia filosóficamente.—Ante los hechos consumados

no cabe más que rendirse... Ahora escúcheme bien.

—Ordena, pobre hijita. Tu sacrificio te agiganta a mis ojos. Eres un mártir.

—Para el mundo seré una pérdida. Ese miserable no dejará de alabarse de su hazaña, y proclamará que Aurelia de Torresano se le vendió por un puñado de billetes, lo mismo que esas infelices que negocian con su cuerpo... ¡Oh, pero yo me vengaré...! ¡Me vengaré, y en mi venganza seré implacable!

—Cuenta en todo conmigo.

—Eso es sólo lo que deseo; su piedad y su concurso... Escúcheme, don Cosme: esta noche, sin que nadie pueda saber a dónde me he marchado saldré de Barcelona.

—Pero eso es una locura... ¿Y tus asuntos...?

—Mis asuntos usted se encargará de ellos. Como aún tengo dinero del producto de mi mancilla, saldré para Madrid. Nadie, excepto usted, sabrá mi paradero. Desde la corte le mandaré amplios poderes, para que pueda usted cobrar los restos de mi fortuna, y cuando lo haya hecho, si nada le retiene aquí se irá usted con su familia a mi lado. Necesito de usted para que me defienda y para que, conocedor de los negocios, haga producir ese pobre dinero que tan tarde llegó, y con ello viviremos todos.

—Bien, haré lo que quieras. Después de todo, los negocios aquí van cada vez de mal en peor, y trabajar aquí o trabajar allí...

—Y puesto que trabajará para mí, justo es que yo lo remunere...

—No hablemos de eso... ¿A qué hora saldrás?

—A las ocho, en el expreso.

—Estaré en la estación.

—Tomaré el tren en el apeadero para evitar que puedan reconocirme. Llevaré un tupido velo.

—Entonces a las siete vendré por ti en un coche. ¿Llevarás equipaje?

—Sólo una maleta. Cuanto aquí queda, excepción de las cosas que pertenecieron a mi pobre padre, véndalas o haga lo que mejor le parezca.

—Serás en todo servida. Entonces hasta luego.

—Un favor más.

—Pide.

—Mándeme en seguida un carruaje, que he de hacer algunas compras.

Don Cosme salió profundamente afectado por cuanto la joven le había revelado, y media hora después llegaba a la «torre» el coche.

Cubierta totalmente con un manto de luto, subió al vehículo, haciéndose conducir a los grandes Almacenes de «El Siglo», y subiendo a la sección de confecciones, en pocos momentos adquirió un decoroso traje de riguroso luto, sombrero de tupido velo, y otras cosas más indispensables, regresando a su domicilio cuando comenzaba a atardecer.

Después de penetrar en la alcoba donde expiró su padre y prosternarse ante la imagen

del Redentor, rezando fervorosamente, ordenó a su fiel criada que se vistiese para marchar fuera, lo que causó a la sumisa sirviente la mayor sorpresa.

En breves instantes hizo Aurelia su severa «toilette», y apareció tan sencillamente elegante, tan encantadora con todo y su dolor, que la criada se quedó estática contemplándola y exclamó:

—En el nombre de Dios, señorita, que no es posible encontrar una joven más preciosa que usted.

—No estamos en ocasión de lisonjas... Respeta mi dolor y acuérdate de aquel que nos abandonó para siempre.

Aún las siete no habían sonado en el convento vecino, cuando don Cosme descendió de un carruaje.

Aurelia penetró de nuevo en la estancia mortuoria, donde aún lucía una luz ante la imagen de Jesús, y con los ojos velados por el llanto y con voz sorda y concentrada exclamó:

—Adiós, adiós para siempre—y secando las lágrimas añadió:—¡Vamos!...

IX

Aclaraciones precisas

Desde que Aurelia de Torresano abandonó la modesta habitación que había sido testigo de todos sus infortunios hasta la fecha en que la presentamos en casa de la judía Raquel, había transcurrido poco más de un año.

Durante este tiempo se habían desarrollado algunos acontecimientos, que no podemos pasar por alto, con objeto de que se tenga perfecta idea de varios sucesos que habremos de referir.

Fiel a lo que había prometido a su joven amiga, el solícito don Cosme activó cuanto pudo los negocios de esta, con la que vino sosteniendo frecuente correspondencia, y cuando hubo hecho efectivo el capital de Aurelia se apresuró a liar sus hártulos y salió para la corte, con su anciana esposa y una hija que desde bastantes años estaba paralítica, dando esto más valor a su determinación de emprender

el viaje, si bien la enferma, fué, por encargo expreso de Aurelia, rodeada de cuantas comodidades pudieran proporcionársele.

Ya en Madrid tomó un decoroso piso en la calle del Barquillo y abrió un despacho inscribiéndose como agente de negocios.

Mario de Urquiza, sostenido por las liberalidades de su imbécil amigo Federico Torremunt, a quien engañaba con la promesa de pagarle al heredar a una anciana tía, millonaria, que sólo existía en su fantasía, desistió de ir a la corte y buscando más modesto hospedaje se consagró a vivir de su amigo y de algunas operaciones que combinó hábilmente para despojar en el casino a muchos incautos de los que acuden a verlas venir.

Así marchaban las cosas, cuando ocurrió el el fallecimiento del opulento señor Torremunt, padre de su compinche.

Pasados los días de rigor, en que Mario se mostró por demás solícito ante la desgracia que agobiaba a Federico, encargó este a Urquiza que marchara a Madrid, con amplias facultades para comprar un hotel y alhazarlo con el necesario confort, en el cual vivirían ambos, en amor y compañía, hasta que la tía de Mario, aquella tía que éste había inventado para sus fines particulares, cerrase el ojo.

Mientras todo esto había ocurrido veamos qué fué de la pobre Aurelia desde su llegada a Madrid.

Su primer cuidado fué tomar una habitación modesta, aunque decorosa, que hizo amueblar decentemente en relación a los medios de

que podría disponer, merced al capital que había de cobrar don Cosme.

Cuando se halló instalada, tomó las cosas tal como el destino se las había deparado, y comprendiendo que no se hallaba en situación de pretender que un hombre honrado la ofreciera su mano, transigiendo con todo, y sublevándose su orgullo ante la idea de apelar a un subterfugio para engañar a quien de ella se enamorase, se resignó a ser lo que la fatalidad había querido que fuese, si bien no pensó, ni por un momento en lanzarse en locas aventuras ni pueriles amoríos.

Así las cosas, tuvo ocasión de hacer un conocimiento que había de influir poderosamente en el destino de su vida.

Aunque procuraba salir lo menos posible y siempre vestida con encantadora sencillez, su alma juvenil y soñadora no podía sustraerse en muchas ocasiones de buscar el preciso esparcimiento, y de cuando en cuando, solía dar algunos paseos en tranvía o carruaje, sola algunas veces, acompañada otras por la anciana mujer de don Cosme, que con sus cabellos de plata, y su carácter sencillo, daba a la joven la debida respetabilidad, para que no se la juzgara en sentido desfavorable.

Había transcurrido el año de la muerte del padre de Aurelia.

Con tal motivo ésta dispuso se celebraran unos suntuosos funerales que tuvieron la particularidad de ser tan imponentes como escasos de concurrencia, puesto que las relaciones

de la huérfana se limitaban a don Cosme y su esposa.

La hija de estos había cesado de sufrir a poco de llegar de Barcelona, sucumbiendo de una pulmonía en complicación con la parálisis.

Los dos viejos quedaron inconsolables con esta desgracia y ante ella, todo el cariño, que habían tenido a su pobrecita enferma lo sumaron al profundo que ya profesaban a Aurelia, mirándola en todo como si en realidad fuera su verdadera hija.

El día que tuvo lugar la solemnidad religiosa que había costado la señorita Torresano y cuando acompañada de sus fieles amigos salía del templo, su mirada se cruzó con la de un joven caballero que quedó estático contemplándola, cautivo de su belleza.

Aunque la desgracia que había herido el alma de Aurelia había insensibilizado sus más puros sentimientos, no pudo sustraerse a una extraña emoción, tanto más intensa, porque nunca la había sentido, y porque, no obstante salir con el corazón acongojado ante lo imponente del acto que acababa de tener lugar, y el recuerdo de su desventurado padre, la hizo experimentar una dulce sensación que obligó a palpar su corazón violentamente.

Un vivo carmín cubrió sus lindas mejillas, y con no mentido pudor bajó los ojos, con intención de esquivar aquella mirada que tan tenazmente la seguía.

Subió con sus amigos a un carruaje que los aguardaba y antes de penetrar en él, sin

poder remediarlo, impulsada por una fuerza superior a su voluntad, volvió el rostro y de nuevo sus miradas se encontraron con las de aquel caballero en cuyos ojos se pintaba una repentina adoración.

El coche arrancó hacia la calle de Claudio Coello en que vivía la joven, y cuando descendió, a la puerta de su casa, se fijó en otro de alquiler que pasaba por frente y en cuyo interior iba el caballero que tanto había impresionado.

Subió apresuradamente las escaleras y cuando hubo dejado a sus amigos en el salón, corrió a su gabinete y miró tras los visillos.

Allá en la esquina estaba su perseguidor.

A su vista, sintió una mezcla extraña de irritabilidad y satisfacción.

Al principio sintió un verdadero incomodo, por la tenacidad con que aquel joven la había seguido, pero después, al volver a asomarse y mirar de nuevo aquel rostro en el que se revelaban la más perfecta caballerosidad y los sentimientos más nobles, sintió una dulce congoja y llevándose las manos al corazón lanzó un prolongado suspiro, mientras de sus ojos brotaron dos cristalinas lágrimas.

¡Y que ella no pudiera amar!

¡Oh, aquel miserable de Torremunt, nunca pagaría el mal que la había hecho...!

X

Entre el amor y el deber

Una tarde, tres o cuatro días después de los funerales del señor de Torresano, se hallaba la huérfana tras los visillos de su balcón esperando la llegada de su desconocido adorador, que no dejaba de pasar mañana y tarde, a caballo unas veces, otras rigiendo un automóvil o bien guiando un brioso tronco de alazanes.

Cuando Aurelia le divisaba desde lejos, sentía que el corazón quería romper su estrecha cárcel, y obligada por una sensación extraña, mezcla de miedo y vergüenza corría a ocultarse temblorosa, pero sin abandonar su punto de observación, de donde no se movía hasta que el chasqueado rondador se alejaba visiblemente malhumorado.

Aquella tarde ya la joven comenzaba a impacientarse, pues por la mañana no había visto al enamorado galán, y ya en aquel momento, la tarde comenzaba a declinar, sin que le viera tampoco.

Como si tuviera en realidad algún derecho adquirido, sintió verdadero enojo contra el joven caballero, sin tener en cuenta que otro menos paciente ya hubiera desistido de pasar por la calle, o hubiérase atrevido a cometer alguna incorrección, llegando a las mismas puertas de su casa.

En este estado de espíritu se hallaba Aurelia de Torresano, cuando presa de una molesta excitación nerviosa, abandonó su observatorio y con objeto de alejar de su mente las tristes ideas que la perturbaban, se sentó al piano y empezó a recorrer el teclado con aquella maestría que siempre había demostrado en los tiempos felices en que la miseria y la desgracia no habían aún llevado el desconcierto a su casa.

El timbre eléctrico del llamador del piso la hizo suspender su artística ocupación y quedó escuchando quién pudiera ser a aquellas horas.

Un momento más tarde, la doncella, una muchacha joven que había tomado a su servicio para que descansara su antigua y fiel criada, entró anunciándole la visita del propietario de la casa y de otro caballero.

Aurelia dió orden de que pasaran, y un momento después aparecieron éstos en el umbral de la puerta.

A la vista de ellos, Aurelia tuvo que hacer un sobrehumano esfuerzo para no lanzar una exclamación de sorpresa.

Buscando instintivamente un punto de apoyo, puso sus diminutas manos sobre el te-

clado, al que presentaba las espaldas, y el cual al sentirse tan bruscamente tratado, lanzó uos cuantos inarmónicos sonidos, que más que notas melodiosas semejaron un gemido de dolor.

—Señorita;—dijo uno de los recién llegados, que en realidad era el dueño de la finca. —Me entrego a su benevolencia, para que disculpe mi atrevimiento al venirla a molestar a estas horas, pero teniendo que marchar de Madrid mañana mismo, y habiendo vendido esta casa a este caballero, don Renato de Torrentegui, creo un deber mío presentarle al nuevo propietario, puesto que conmigo formalizó usted el contrato de arrendamiento. Espero que con el nuevo dueño estará usted tan complacida como yo siempre lo estuve con una inquilina tan gentil y buena pagadora.

Mil confusas ideas se agolparon en un instante en la imaginación de la joven.

¿Qué era aquéllo?... ¿Verdad en efecto?... ¿Algún lazo que se la tendía quizá?...

¡Estaba tan obligada a dudar de la lealtad de los hombres!...

No obstante, dándose cuenta exacta de lo violento que pudiera resultar aquella situación compuso cuanto pudo su semblante y con una encantadora sonrisa y haciendo gala de aquella suprema distinción que tanto la caracterizaba, indicó un asiento a sus visitantes y con gracia suya y perfecta naturalidad ocupó ella otro, mientras decía:

—Agradezco a usted infinito la molestia

que se ha tomado al venir a prevenirme, y no digo que siento deje usted de ser el dueño de la casa porque sería ofender al nuevo propietario a quien creo un perfecto caballero.

—Señorita—dijo entonces Torrentegui—. Aunque los caseros llevan en sí, la mayoría de las veces una antipatía abrumadora para sus inquilinos, yo me permito rogar a usted que me absuelva del pecado de serlo. Puede usted tener la seguridad de hallar siempre en mí el más solícito y el más humilde de sus servidores.

Aurelia no pudo menos de agradecer esta discreta galantería, y sonriendo deliciosamente agradeció la fineza con frases que revelaban dignidad e ingenio.

Como la visita no podía prolongarse más tiempo sin pecar de descortesés, los dos caballeros se despidieron de la joven.

Aurelia corrió al balcón y los vió ocupar el faetón de Torrentegui que partió al trote largo de sus caballos.

Al verse sola, sintió un enervamiento extraño, y se dejó caer en una marquesita, quedando sumida en profundas meditaciones.

XI

Luchas de un alma

A la mañana siguiente, cuando el constante tocar de las campanas de los tranvías, el variado voceo de vendedores, el rodar de los carruajes, ese conjunto, en fin, de heterogéneos ruidos que anuncia el movimiento y actividad febril de las grandes poblaciones, llegaban distintamente a la morada de la combatida Aurelia, ésta hallábase aún en el lecho, víctima de una molesta lasitud, de un extraño enervamiento que la retenía a su pesar, cual si estuviera aberrojada.

Aquella noche había sido terrible para la joven.

Despierta, y con los ojos muy abiertos, aquellos ojazos que parecían dos luminosos ventanales del Cielo, creyó ver, revoloteando alrededor de la elegante lámpara de noche de cristal esmerilado, varios alados geniecillos que con arpas de oro, entonaban delicadas endechas de amor, en tanto otros, con sonrisa pi-

caresca la miraban atrevidos y la disparaban las flechas de su «carcáj» nacarino.

Cerraba los ojos para huir de tan extraña, aunque dulce visión, y al apretarlos nerviosamente, sentía en su retina un tenue titilar, y a poco, entre un circuito de luz azulada aparecía la imagen de Torrontegui, que de rodillas ante ella, la imploraba suplicante tuviera piedad de él.

Nerviosa, temblando, sintiendo unas angustias devoradoras que la oprimían el corazón y la producían fiebre terrible, encendía la luz eléctrica, ante cuya presencia se desvanecían aquellas visiones.

Pero entonces, en su cerebro se agolpaban mil encontradas ideas.

Recordaba los tiempos venturosos de su juventud, cuando en el colegio, entre otras compañeras, como ella ricas y felices, soñaba con el rendido galán que había de conducirla al tálamo; pensaba en las causas que llevaron a su padre a la ruina; en la muerte de su madre, de su santa madre, que tantos proyectos de ambición hacía para el porvenir, cuando pensaba que su hija habría un día de casarse; luego, veía a su padre, agonizante, mirándola con aquellos ojos glaucos y mortecinos, dudando de ella, de aquel simulado premio de la lotería, recriminándola en silencio, acaso maldiciéndola; y, por último, se le representaba aquella escena, brutal y calculista, en que ella, desvanecida de horror y de vergüenza, se dejó caer sobre un mullido diván, donde un bárbaro, sin amor ni delicadeza,

prostituyó su cuerpo a cambio del dinero que previamente le había entregado...

Un sufrimiento tan profundo, unas emociones tan distintas, no podían por menos que acabar con las energías de la infeliz, y por fin, rendida de padecer, cerró los ojos y quedó más bien desmayada que dormida.

Y ni aún el sueño fué benévolo con ella.

Terribles pesadillas la asaltaron toda la noche, hasta el punto de obligar a la desdichada a lanzar dolorosos gemidos.

Por todo esto aquella mañana, Aurelia aún permanecía en el lecho y en su rostro angelical se notaban las huellas del fiero padecer a que había estado sometida.

Un tinte violáceo surcaba sus lindos ojos, y su pecho alabastrino de líneas ideales y turgencias provocadoras se levantaba constante y apresuradamente para dar paso a una respiración fatigosa...

La doncella entró sigilosamente procurando hacer el menor ruido posible, y se sorprendió al ver que aún lucía la luz eléctrica, que apagó sigilosamente.

En la mano llevaba una carta para su señorita.

Esta al sentir el leve ruido de los pasos de la muchacha abrió los ojos, y preguntó sorprendida:

—¿Qué hora es, Lucía...?

—Las diez, señorita.

—¡Jesús...! ¿Las diez y no me has llamado?

—Como la señorita dormía tan a gusto... se conoce que ha pasado una mala noche.

—¡Horrible...! ¡Espantosa...! ¡Qué de soñar; cuánta disparatada pesadilla...! Pero, en fin, ya pasó... ¿Qué es eso, carta?

—Sí.

—¿Del interior?

—No; la han traído en propia mano.

—A ver, a ver.

E incorporándose con abandono en el lecho, rasgó con nerviosa mano el sobre, sin cuidarse poco ni mucho de la completa desnudez de sus torneados hombros, ni de cubrir aquellos divinos globos que se presentaban erguidos y primorosos, cual si fueran hechos de alabastro y rosa.

La doncella se retiró discretamente y Aurelia comenzó a leer con ansia aquel escrito, en que esperaba encontrar algo que su corazón le anunciaba y que la producía un placer inefable y una desesperación sin límites.

XII

Dios lo cria y ellos se juntan

Decía así la carta:

«Señorita: si de antemano no supiera que tiene usted un alma generosa y que sabe disculpar cualquier atrevimiento, siempre que vaya precedido por los más elevados sentimientos de nobleza, no me tomara la libertad de dirigirle estas líneas.

»Usted habrá podido observar en mi actitud, en mi constancia en buscarla, y en mi profundo respeto, que ha sabido inspirarme una pasión, de la que no podré desprenderme, sino muriendo.

»Yo la adoro a usted, y mi amor tiene tanto más de intenso y meritorio, cuanto que yo suponía que mi corazón había muerto para siempre.

»Vivir sin amor no es vida; y puesto que usted llegó a mi corazón y le dijo: despierta y ama, a usted debo, no sólo la existencia, sino el consuelo de amar.

»Este consuelo sería un tormento mucho más horrible que el de arrastrar por el mundo un cuerpo sin alma, y como la mía lo es usted, me permito suplicarle humildemente, que no condene a este apasionado suyo, a vivir sin ella y al suplicio de amar sin ser amado.

»Solo, soltero, sin compromisos, millonario. Cuánto soy y cuánto valgo lo deposito a sus pies.

»No quiero que pueda dudar un momento de la lealtad de mis propósitos.

»Estos se encierran en esta pregunta: ¿Quiere usted ser mi esposa?

»Besa rendidamente sus pies

»Renato de Torrontegui.»

Estas cortas y expresivas líneas pasaron por los ojos de Aurelia como un sonoro mandrilal que cautivara su alma.

Era imposible pedir más intensidad de pasión, más exquisita delicadeza, más nobles intenciones, más sinceridad...

¡Pero ella no podía amarle!

Y, sin embargo, él era su vida; sin él no podría vivir; cuanto mayor veía el obstáculo que la separaba del lado de Renato, más y más se apasionaba de él y reconocía, que aun en contra de su deseo, su voluntad era suya, suyos sus pensamientos y toda ella en cuerpo y alma.

Llamó nerviosamente a Lucía y después de cubrirse con una ligera bata, se sentó ante el «secretair» y escribió con nerviosa mano algunas líneas.

Buscó en la carta de Torrontegui la dirección de éste y trasladándolas a un sobre, entregó éste a la doncella diciéndole:

—Vas a llevar esta carta a su destino, y sólo la entregarás a la persona a quien va dirigida, que es uno de los caballeros que estuvieron aquí anoche.

—Está muy bien, señorita.

Media hora después regresó Lucía y su señora la preguntó con ansiedad:

—¿Qué te ha contestado?

—¡Jesús, señorita! ¿Qué le decía usted?... Yo creí que aquel caballero se volvía loco.

—¡Vamos, habla!—dijo Aurelia impaciente.

—Verá usted: conforme llegué, pregunté por el señor, y me dijeron que estaba descansando. Yo dije que tenía que entregarle una carta. Me dijeron que ellos la entregarían. Me negué y ellos me propusieron entonces que volviera más tarde. Insistí en que el asunto era urgente y que tenía que entregar aquel escrito en propia mano, y como todavía se negasen, les aseguré que eran unos zoquetes y que su señorito les pondría de patitas en la calle en cuanto supiera que no le habían avisado...

Aurelia no pudo menos de sonreír ante los argumentos empleados por su avispada doncella.

—Prosigue...

—Esto debió hacerles alguna mella, porque uno, viejo y gruñón, me dijo:—«Como no sea verdad lo que dices, te vas a acordar de

mí.—En hora buena, «Fierabrás»—le contesté—y entró gruñendo. A poco volvió a salir y me condujo al despacho a donde poco después llegó el señorito envuelto en un batín y en zapatillas. Cogió la carta, la leyó de una ojeada y comiéndose a besos el papel no hacía más que decir: ¡Bendita sea...! Después...

—Después ¿qué...? ¡Vamos, habla!

—Abrió un cajón y me dió esto para mí.

Y enseñó un billete de cien pesetas.

—No debías haberlo aceptado de ningún modo—dijo Aurelia severamente.

—Ya me negué, señorita, pero usted no sabe lo enfadado que se puso ante mi negativa.

—Está bien, puedes marcharte.

—¡Ah...! se me olvidaba...

—¿Qué es ello?

—Cuando salí, vino el señorito hasta la puerta y llamando a los criados les dijo:—«Cuando venga esta muchacha, sea la hora que sea, que se me avise en el acto, aunque esté durmiendo...»—¡Si viera usted cuánto «rendibú» me hicieron luego aquellos bárbaros! ¡Yo me alegré por el viejo...!

Aurelia no pudo contener la risa y deponiendo su enojo, y sintiéndose feliz, como nunca lo había sido, sin que pudiera explicarse las causas, dijo a la locuaz Lucía:

—Aunque debiera estar enfadada contigo no sólo te perdono, sino que por lo bien que has hecho mi encargo, tan pronto como salga te compraré unos pendientes de oro.

—¡Ay, qué buena es la señorita!—gritó Lucía batiendo palmas; y haciendo una cómica transición:—¿No tengo mañana que llevar otra carta?—preguntó con malicia.

Aurelia se echó a reir de nuevo y con la mano le señaló la puerta.

Tan pronto se vió sola, corrió a su tocador y colocándose frente a la luna del espejo hizo un detenido estudio de su interesante persona, y al fijarse en las huellas que en su rostro habían dejado las terribles emociones de la pasada noche, hizo un delicioso mohín de desagrado empezando a hacerse un tocado por demás meticuloso, restaurando su rostro con todos esos elementos de perfumería, que tan bien saben emplear las mujeres y que en muchas ocasiones consiguen realizar verdaderos milagros.

Cualquiera hubiese dicho que Aurelia era feliz y que deseaba agradar al esperado visitante.

Y si bien esto último era rigurosamente cierto, pues no existe mujer que no quiera aparecer bonita ante los ojos del hombre que las cautiva, no lo era menos que la joven estaba librando en su alma una rudísima batalla.

Al escribir a Renato, no pensó ni por un instante en acceder a su amante demanda; al contrario: llevada de una altura de miras que sólo conciben los espíritus esforzados, le mandaba llamar para desengañarle, para rogarle que no volviera a pensar más en ella.

Y sin embargo, cuando pensaba en la re-

solución que había adoptado y que creía irrevocable, sentía una aprensión terrible, una angustia dolorosa, al igual que si le atenazasen el corazón.

Volvió a examinar su cabeza soñadora, y satisfecha del resultado del tocado, cubrió su cuerpo con una ligera bata de batista, con lazos negros, ligeramente descotada, que permitía se viera aquella linda garganta de nacarinas entonaciones, y cuando hubo terminado su «toilette», se dirigió al piano y se puso a tocar una preciosa melodía, rebosante de colorido y sentimiento.

Sonaron las doce y Aurelia cerró el piano, llevándose la mano al corazón.

Un minuto después, el característico «tafta», de un automóvil dió a entender a Aurelia que llegaba el objeto de sus ansias.

Pasados unos segundos sonó el timbre de la puerta.

La doncella anunció al señor de Torrontegui, y Aurelia, con aparente serenidad, le salió al encuentro tendiéndole su diminuta mano.

Renato estrechó ésta efusivamente y con el mayor comedimiento avanzó hasta una butaca que le señaló Aurelia.

Ambos jóvenes estaban emocionadísimos. Sus rostros nobles y juveniles estaban cubiertos de densa palidez.

Pasaron unos segundos sin que ni uno ni otro se atreviera a romper el silencio.

La turbación de ambos era tan embarazosa, que en otra ocasión hubiera resultado cómica.

Por fin, Aurelia, dando muestras de mayor decisión, dijo a su visitante:

—Indudablemente, señor de Torrontegui, que cuando usted haya visto que por toda contestación a su generosa carta, tan noble como halagadora para mí, le he rogado que viniera a verme, habrá formado un concepto muy poco favorable.

—Señorita, a quien como yo adora, cual yo la adoro, no le está permitido ni pensar siquiera, puesto que todos sus pensamientos quedan concentrados en el objeto de sus amores...

—Sin embargo, el paso dado por mí es una grave ligereza...

—Así lo fuera, si se hubiera dirigido a algunos de esos seres mezquinos y casquivanos que todo lo interpretan en el peor de los sentidos... Pero deja de serlo tratándose de mí, que me precio de ser un hombre de mundo y de honor.

—Así lo entiendo, y precisamente por esto, por haber hallado en usted un alma generosa, un hombre honrado y respetuoso, un modelo de caballeros, y un corazón grande que sabe dar al amor lo que el amor se merece, no he vacilado en llamarle, para atajar en su principio el mal que yo, inconscientemente, pudiera causarle y que jamás me perdonaría...

—No entiendo a usted, señorita...

—Procuraré explicarme. La honrosa demanda que en su carta me dirige, colmaría de felicidad, no digo a mí, pobre huérfana, sin amparo ni fortuna, sino a la más hermosa

y distinguida, a la más exigente de las mujeres...

—Ninguna tan digna y hermosa como usted—interrumpió Torrontegui.

Aurelia hizo una inclinación de cabeza y prosiguió:

—Pocos hombres hubieran procedido con la generosidad de usted, y sin embargo, a pesar de sentir en mi alma una dulce inclinación por usted; no obstante ser usted la única persona, entiéndalo bien, «la única», que ha hecho latir mi corazón con las dulces sensaciones del amor primero; a pesar de hallarme yo, por fortuna, completamente desligada de todo compromiso, me veo en el triste caso de rehusar sus proposiciones.

Renato, al oír esto, se levantó nerviosamente de su asiento y exclamó:

—¡Eso no es posible, señorita! Eso no es posible, porque si tal fuera, habría decretado mi muerte...

—Y, sin embargo, es verdad, aunque mi alma se destroza al proclamarlo.

—Pero... ¿por qué?

—¿Por qué...?—y Aurelia se pasó la mano por los ojos, y haciendo un esfuerzo, silbó más que dijo estas palabras:—¡Por qué no soy digna; por que soy una... desgraciada!—y bajó los ojos ruborosa, y presa de una terrible emoción, dejó caer el llanto libremente.

Renato cogió la mano de la joven y estrechándosela con pasión, dijo:

—¡Pero eso no es cierto...! ¡Eso no puede ser verdad...! Todos mis informes son de que

es usted una modelo de virtudes y de santidad; he averiguado su vida; quién fué su familia, sus elementos de vida y todo, todo, habla en favor de usted... ¡Oh, por piedad; dígame que me engaña, dígame que ha querido probarme, al rehusar mi demanda...! ¡Por Dios, Aurelia...!

—Renato, le juro a usted por la santa memoria de mis padres, que si usted sufre, yo, desde hoy, seré la mas desgraciada de las mujeres, puesto que, ¿a qué negarlo? yo le amo a usted, y nunca, ¡nunca había amado...!

—¿Entonces, bien mío?

—Es imposible, imposible...

—¿Por qué? repito.

—Porque soy una mujer indigna.

—¡Oh, calle, calle...! No blasfeme.

—Para terminar, Renato, para que comprenda toda la extensión de mi desgracia, y que se convenza y huya de mí como de un apestado, le ruego me preste atención en lo que voy a referirle.

Y haciendo un doloroso esfuerzo y tras de serenarse un poco, comenzó a relatar su vida con pausada voz y acento de profunda sinceridad.

Torrontegui se había colocado en el sofá junto a Aurelia, y teniendo entre las suyas ambas manos de la joven, se las oprimía con dulzura, en tanto su mirada no se apartaba de los ojos de la joven que, velados por el llanto, estaban encantadores.

Llegó el momento en que la señorita de Torresano hubo de relatar las desgracias de

su padre, la enfermedad de éste y el sacrificio que ella tuvo que realizar...

—¡Oh, miserable...!—exclamó en el paroxismo del furor—le conozco por referencias, y me consta lo canalla y lo perverso que es...!

—Ya ve usted, señor Torrontegui, cómo Aurelia de Torresano no puede ser la digna compañera de un hombre digno, y menos tan digno, tan noble, tan grande como Torrontegui—dijo la huérfana con pesar.

—¡Bien, bien!—repuso Renato visiblemente emocionado y tratando de ocultar una indiscreta lágrima.—Concedamos que es verdad cuanto me ha referido.

—Lo juro por lo más santo y grande.

—Bueno... ¡Pues yo lo arreglo todo «eso» perfectamente!—dijo Renato con ese acento rudo y simpático que caracteriza al pueblo vasco.

—¿Cómo?—preguntó Aurelia admirada.

—Sencillamente: busco a ese ladrón de honras, le insultó públicamente, le alojó una bala en el cráneo, y cuando haya pagado su crimen con la vida y lavado con su miserable sangre la afrenta a usted inferida, vendré de nuevo a sus pies y más rendido, si cabe, la diré:

—Aurelia de Torresano: ¿Quiere ser usted la esposa de Renato de Torrontegui...?

Aurelia estrechó frenéticamente las manos de aquel noble caballero y clavando en él sus ojos y besándole con la mirada, le dijo con exaltación:

—¡Oh, nunca, nunca...! Jamás consentiría en tan sublime abnegación...

—¡Aurelia!—suplicó Renato.

—Pero si Aurelia de Torresano,—dijo ésta con exaltación—no puede ser la digna esposa de Renato de Torrontegui, el noble, el grande entre los grandes, será desde este momento ¡su hembra, su manceba...! ¡¡su esclava!!

Y arrojándose en los brazos de Renato, rompió en amargo lloro, en tanto su feliz amante la devoraba a besos, y la colmaba de elogios y bendiciones...

XIII

Aurelia y Raquel

Los amores de Aurelia y Renato permanecieron durante algún tiempo encerrados en el secreto más profundo.

Cada tarde, cuando empezaba a oscurecer, la señorita de Torresano se vestía sencillamente y tomando un coche de alquiler se hacía conducir a la Castellana, junto al Hipódromo, donde ya Torrontegui la estaba aguardando con la misma impaciencia del estudiante que espera a su primer conquista.

Se apeaba la joven, despedía al cochero, y reuniéndose con su amante, del que cada día se hallaba más enamorada, se cogía a su brazo y comenzaban a andar sin rumbo fijo, embebidos en sus palabras de amor, estrechándose dulcemente, con la misma encantadora ilusión de dos colegiales que realizan su primera escapatoria.

Después de haber dado vueltas y más vueltas por los sitios más solitarios y oscuros,

libres de importunas miradas, acordaban desprenderse de sus románticos idealismos, y se dirigían a un lindo pisito que tenían en Chamberí, alhajado como si fuera la casa de unos modestos obreros, con sus sillas de rejilla, sus cortinas de blanca muselina, unos «magníficos» cuadros al cromo representando escenas del «Fausto» y cuatro artísticas chucherías de cerámica.

Así lo habían hecho con objeto de no infundir sospechas, siendo la inquilina de aquella habitación, la vieja sirvienta de Aurelia, que esclava de la voluntad de su señorita y no viendo más que por los ojos de ésta, creía de buen grado que lo que hacía era lo más natural y correcto del mundo.

Esta reserva, que en vez de molestar a Renato, le producía grande ilusión y le privaba de experimentar los celos que siente todo amante egoísta de dicha, era debida, más que a nada, al interés que Aurelia tenía de no desmerecer ante los ojos de su honrado y fiel amigo don Cosme.

Pero como en este mundo no hay nada que no sea mutable, una racha de ese Guadarrama traidor se encargó de quitar el obstáculo ocasionando una rápida pulmonía al anciano señor, que en tres días estuvo en disposición de que le trasladaran al cementerio del Este.

Su pobre y vieja esposa, viéndose sola, sin sus dos únicos amores, su marido y su hija, notició a Aurelia su decisión de marcharse a

un pueblo de Girona, donde su hermano era cura párroco.

La joven sintió sinceramente esta determinación de su anciana amiga, pero pensando que estando alejada de ella nadie tendría conocido ante quien se pudiera sonrojar de sus ilícitos amores, la colmó de caricias, la hizo varios regalos, y le prometió que cada mes le remitiría una modesta cantidad para que atendiera a sus gastos particulares, sin ser molesta a su hermano.

La acompañó a la estación, y cuando la locomotora lanzó su estridente silbido, y comenzó a andar el convoy perezosamente al principio, más rápido después, dejó salir un prolongado suspiro de satisfacción como si le hubiesen quitado un gran peso de encima.

Pocos días después, Aurelia de Torresano abandonaba su piso de la calle Claudio Coello, y se instalaba en un precioso «hotel» que formaba «pendant» con el de Raquel la judía, y cuyos jardines sólo separaban una verja de hierro, que en parte cubría tupidos manchones de hiedra.

En la cochera, tuvo buen cuidado Torrontegui, de colocar una elegantísima «victoria» y un lindo «milord», así como dos troncos que hacían honor a las castas de más pura sangre.

La servidumbre, además de Lucía, y de la vieja criada que ya conocemos, la componían, una cocinera, un portero, cochero y lacayo.

Aurelia, libre ya de toda clase de convencionalismos, se había acostumbrado poco a

poco a aquella vida de placer y de holgura, y sin pensar ni por un momento en faltar a la fidelidad debida a aquel hombre de quien tan enamorada estaba y que tan noblemente había procedido con ella, no rehusaba ya rendir tributo a la moda, ni lucirse en teatros y paseos, tomando la vida bajo el mejor de sus aspectos: como fuente de placeres y alegrías.

Una tarde, a poco de hallarse establecida en su nueva lujosa morada, paseaba por el jardín esperando la llegada de Renato, cuando con esa curiosidad ingénita en las mujeres, se aproximó a la verja y entreabriendo el tupido ramaje de hiedra, se dispuso a mirar el jardín vecino, pero retrocedió sorprendida al ver que unos ojos negros, hermosos y profundos la observaban fijamente.

Por no pecar de descortés, volvió a asomar el rostro y saludó con afabilidad a aquella hermosa señora de arrogante presencia, la cual, con una galantería exquisita, se mostró con ella por demás amable y comunicativa.

Por uno de esos fenómenos de las leyes de atracción, diez minutos después de haberse conocido aquellas dos mujeres, se separaron convertidas en íntimas amigas, llevando una de la otra una impresión de afecto y simpatía, tan profunda, como si se conocieran de largos años.

Pocos días después los secretos de la una estaban en posesión de la otra.

—Y bien, querida mía, ¿qué piensa usted hacer para vengarse del infame que la deshonró?—preguntó Raquel a Aurelia.

—No lo sé. Sólo tengo el deseo de vengarme, pero de una manera cruel y solapada. ¿Cómo? Lo ignoro; pero ya encontraré la fórmula.

—¿Quiere usted mi concurso?

—Con mil amores...! ¡Oh, gracias, gracias...! Usted puede hacer mucho por mí: la experiencia de usted del mundo y de los hombres es de un valor inapreciable para esta pobre inocente, que no conoce de la vida más que los dolores.

—Entonces cuente conmigo.

Cuando Renato fué a verla aquella tarde Aurelia le preguntó:

—Dime, Renato mío, ¿qué concepto tienes formado de Raquel, de nuestra vecina?

—Que es una mujer prodigiosa, más por su talento que por su hermosura.

—Hablas de ella con verdadero entusiasmo —dijo la joven sintiendo la comezón de los celos.

—Hago justicia a secas, mi adorada celosilla. Además, entre Raquel y yo (1) media un vínculo de desgracia que nos hace simpáticos el uno al otro y si bien la desgracia mía desapareció ante la dicha que tú me has hecho conocer, que compensa con creces mi pasada desventura y desdichas, la de ella subsiste y subsistirá mientras aliente, aunque ella lo disimule con la máscara de la indiferencia, y con su soberbia indomable.

—Cuéntame eso, amor mío; cuéntamelo;

(1) Léase «Las obreras del amor».

soy tan egoísta en todo cuanto contigo tiene alguna relación, que quiero poseer, no sólo tu cariño, sino tus penas, tus secretos...

Y Renato, con esa docilidad de todo esclavo del amor, que convierte en cordero a una fiera, le refirió la causa por que miraba con simpatía y afecto a Raquel.

—Hace algún tiempo—empezó diciendo—cuando aún vivía mi adorado padre; conocí a una joven encantadora, hija de un opulento amigo de mi casa, y una de las chicas que cautivaban a cuantos la conocían, no sólo por sus encantos personales, sino por sus virtudes infinitas, por la santidad de su alma generosa. Jóvenes y ricos los dos, únicos herederos de dos respetables fortunas, nuestros padres respectivos acariciaron la idea de unirnos en matrimonio, realizando así una de sus mayores ilusiones. Ante este proyecto, me fui interesando por Laura, que así se llama la joven, y ésta, buena con todo el mundo, me trataba con sincero afecto. Cuando ya llegué a estar locamente apasionado de ella, hablé a mi padre, exponiéndole el estado de mi corazón, y cuando mi padre se dirigió al de Laura, pidiéndole la mano de su hija, otro hombre más feliz que yo, y por todos conceptos digno, había hecho la conquista del corazón de aquella que se había apoderado de mi alma. No hubo, ni pudo haber rivalidad entre ambos, pues él, amigo mío de la infancia, noble y caballero, ignoraba el estado de mi corazón y por otra parte, por los lazos de parentesco que le unían a Laura, de quien

era primo hermano, llegó al matrimonio casi por sorpresa, sin más trabajo que trocar el fraternal cariño que profesaba a la joven por el amor de esposo, que hoy la tiene. Este suceso influyó en mi vida de un modo notable, y desde entonces, con objeto de desterrar de mi pecho aquel amor, que ya era imposible, y que tan hondas raíces había echado, me trasladé a Madrid y procuré ahogar en el placer el pesar que me devoraba.

Aurelia, al oír a Renato hablar de su amor por otra, cubrió su lindo rostro con un velo de tristeza que no pasó inadvertido para Torrontegui, el cual, cogiendo delicadamente la adorada cabeza de su amante y besando con pasión sus coralinos labios le dijo amorosamente:

—No sufras, bien mío; aquello pasó, o mejor dicho, no existe; fué sólo una ilusión pasajera; en cambio, tú constituyes la más hermosa de las realidades, pues eres para mí la vida, la felicidad, el amor...

Y volvió a besar a Aurelia con el mayor entusiasmo.

La joven dejó correr lágrimas de suprema dicha al verse tan delicadamente amada, y devolviendo con fruición las caricias que había recibido, dijo a Torrontegui:

—Tienes razón, amor mío; soy una tonta y conseguiré aburrirte con mis constantes majaderías, pero... ¡te amo tanto...! Sigue, sigue contando eso...

—Joven, libre y rico, no me faltaban elementos de distracción. Uno de mis amigos

me presentó a Raquel, la cual entonces, como hoy, hasta que a ti no te conozcan, era denominada la reina de la hermosura. Su clarísimo talento, la dignidad de su porte, y ese poderoso don de sugestión que posee, me inclinaron hacia ella, y si bien nunca pretendí ser su amante, llegué a ser uno de sus mejores amigos, por no decir el único, puesto que Raquel trata a todos y a ninguno estima. Obra con los hombres como estos se merecen. En una de nuestras conversaciones, llegamos al terreno de las confidencias, y deseando yo desahogar mi pena, en una persona de corazón y de inteligencia, la hice partícipe de mis cuitas... Entonces ella, con el semblante sombrío y con acento en que palpitaba la pasión, me declaró que el único hombre a quien ella había amado, a quien adoraba con todo el fiero ímpetu que saben imprimir las mujeres de su raza, era el vizconde de la Roca, y éste es el marido de Laura.

—En verdad, que es extraña coincidencia... Pero... óyeme y no te enfades. Cuando ves a esa linda señora ¿no siente tu corazón ninguna de las pasadas emociones...?

—¡Locuela...! En primer lugar, Laura y su marido se aman apasionadamente. Ella es una señora de noble estirpe, y él, el más leal y pundonoroso de los caballeros y de los amigos... No querrás juzgarme por esto como a un infame...

—¡Nada de eso!—se apresuró a decir Aurelia—no he querido ofenderte, Renato mío,

sino que, según dice el refrán «donde hubo fuego...»

—Tranquilízate. Aquí no han quedado cenizas. Además, cónstete para tu completa tranquilidad, se hallan lejos de aquí; viven en Londres.

Aurelia hizo un gesto de satisfacción, que obligó a Torrontegui a sonreír, visiblemente halagado en su amor propio y cogiendo a su amada por la cintura, se dirigió con ella a otra habitación, en la cual no seremos nosotros los que penetren, puesto que la puerta quedó defendida por una guardia de alados amorcillos.

XIV

Dos buenos amigos

Como dejamos indicado en otro lugar, el adinerado Federico Torremunt se vió por fin en absoluta posesión de los bienes de su padre, por fallecimiento de este buen señor, que había consagrado su larga existencia a labrar una considerable fortuna a fuerza de constantes trabajos, que no abandonó hasta que la Parca, al segar su existencia, le hizo dar fin a los negocios.

Fiel al propósito que ya había indicado a su amigo y compinche Mariano de Urquiza, cedió sus importantes fábricas, a cambio de algunos millones de pesetas, e invirtiendo su dinero en valores del Estado, y contando con la respetable renta que le producían buen número de hermosas fincas, se dispuso a domiciliarse en Madrid por una larga temporada, llevado de su necia fatuidad, con el solo objeto de brillar en el ambiente cortesano, sin tener en cuenta que su dinero trascendía a

«la legua» a panas y veludillos, y que esa rancia aristocracia de la sangre no dispensa la benévola acogida que se merece, al que se ha enriquecido merced al trabajo sino que le miran como a un plebeyo enriquecido.

Con el fin indicado comisionó a Urquiza para que fuera a la Corte a adquirir un hotel.

Su solícito amigo, con amplios poderes y letra abierta, no tardó en cumplir su misión, comprando por doscientas mil pesetas un hotel en la Castellana, que había hecho construir un americano, y que luego, cansado de Madrid, marchó a la capital de Francia, vendiendo el edificio, con mobiliario, cuadros y cocheras, por lo que Urquiza quiso ofrecerle.

Así fué, que el aprovechado Mario adquirió una verdadera ganga, ante lo cual se puso de acuerdo con el apoderado del indiferente vendedor, para que la compra apareciese hecha en mayor cantidad de la que en realidad había abonado, distribuyéndose bonitamente la diferencia de setenta y cinco mil pesetas, a razón de diez mil duros Urquiza y cinco mil el otro.

Lo primero que hizo el aprovechado Urquiza fué tomar la precisa servidumbre, abastecer la bodega y despensa e instalarse como verdadero señor de aquella casa, utilizando los coches y caballos que el americano le cedió, como representante de Federico Torremunt.

Por esta fecha, fué cuando le vimos pasear a caballo en unión de Miranda, un día de Carnaval, dando escolta al coche de Raquel y su

amiga, que no era otra que la huérfana que hemos conocido en Barcelona, Aurelia

La imagen de ésta se quedó tan profundamente grabada en la mente de Urquiza, que en vano pretendió desde entonces desecharlo su recuerdo.

El tenía la seguridad de no haber visto jamás a aquella mujer encantadora de ojos de querube y cuerpo de diosa, y, sin embargo, aquella dulce expresión de su semblante no le era desconocida.

Y esto le intrigaba más y más, hasta el punto de hacerle dedicarse a buscar a aquella mujer y tratar de su conquista, costase lo que costase.

Para ello contaba con la fortuna de su imbecil amigo, al que profesaba ese desdén con que los espíritus fuertes miran a los seres mezquinos.

Pensando de este modo, escribió a Federico Torremunt noticiándole la completa instalación del domicilio, y rogándole que se reuniera con él a la mayor brevedad posible.

Dos días después Urquiza tuvo el gusto de recibirle en la estación y de estrecharle «cariñosamente» entre sus brazos.

—Ya me tienes aquí,—dijo el burgués.—Ahora, libre de enojosos convencionalismos y molestos consejeros, ¡a gozar...! ¡El mundo nos pertenece...!

—Tienes razón, a gozar, que es lo único práctico que se saca de la vida—repuso filosóficamente el vividor Urquiza.

Y con la satisfacción que experimentan los

seres venturosos salieron del andén cogidos del brazo, pensando uno en engañar mujeres y otro en engañar al amigo.

Con razón dice el adagio, que el hombre es un lobo para el hombre.

Torremunt, si bien estaba acostumbrado a una vida de confort y comodidades, desconocía sin embargo esos sibaríticos refinamientos del verdadero aristócrata, puesto que su familia, de modesto origen, nunca pudo concebir esos mil y uno detalles tan refinados, que sólo conocen las personas de verdadero buen gusto.

Por esto cuando llegó a «su hotel», y fué recibido por un grave portero de lujosa librea; cuando vió «sus» carruajes, en los que Urquiza había hecho cambiar las iniciales, cuando recreó la vista ante aquel lucido y artístico mobiliario, de esbelta construcción, manjares que le servía un estirado servidor de largas patillas y origen inglés, sintió una especie de desvanecimiento y se juzgó capaz de eclipsar las mejores reputaciones del mundo del dinero.

Aquel día lo emplearon los jóvenes amigos en ultimar algunos detalles secundarios, y por la noche se dispusieron a asistir al teatro Real, donde se celebraba la «serata de onore» de una diva eminente, que había alcanzado durante la temporadaa uno de esos triunfos que ni se discuten ni se regatean.

Cenaron en Lardy, por no incurrir en la vulgaridad de comer dos veces seguidas en

casa, y acicalándose con esmero, marcharon a la hora conveniente hacia el regio coliseo.

Federico Torremunt parecía estallar dentro de la estirada pechera de su camisa.

Urquiza lo contemplaba con el rabillo del ojo y en sus labios se dibujaba una sarcástica sonrisa, que tenía tanto de burlona como de amenazadora.

Llegaron al teatro, y adquirieron a elevado precio dos buenas localidades.

El primer acto estaba para terminar y no obstante esto, nuestros dos «aristócratas» hicieron entrega de sus abrigos y ocuparon sus butacas respectivas, en ocasión de que el telón descendía en medio de una ovación delirante que recibía la triple festejada.

Torremunt, con esa molesta impertinencia que tanto caracteriza al hombre fatuo, comenzó a dirigir sus gemelos al sin fin de bellezas, que lucían sus primorosos encantos en palcos y plateas, y comentando a su manera el concepto que le iban mereciendo.

Si alguna dama, molestada por el insolente modo de mirar del advenedizo caballero, paraba en él sus ojos un momento, este tocaba con el codo a su amigo, y «sotto voce» le decía:

—Mira, aquella ya está intrigada.

Mario asentía con un movimiento de cabeza y envolvía a «su amigo» en una mirada de desprecio.

Cuando más distraídos se hallaban, se abrió el cortinaje de un palco que hasta entonces había permanecido desocupado y apareció la

figura de una mujer, que causó la admiración general e hizo que todos los gemelos de hombres y mujeres se dirigieran a ella.

Vestía una elegante toilette color heliotropo, con artístico y atrevido escote, que dejaba ver la nitidez de una preciosa garganta, la redondez de los sonrosados hombros y el nacimiento de un pecho divino.

Lucía una linda diadema de gruesos brillantes iguales a los del collar que rodeaban su cuello.

Sus ojos, de un azul purísimo, pasaron ligera revista a aquella brillante concurrencia, y ocupando su asiento, quedó expuesta a la admiración y a los comentarios de todos, que al mismo tiempo que alababan sin reserva la delicada y sin rival belleza de la joven desconocida, se preguntaban quién pudiera ser aquella dama de tan lindo porte.

Urquiza y Torremunt fueron de los primeros en verla y uno y otro lanzaron a un tiempo una exclamación de sorpresa, aunque inspiradas por diferentes causas.

—¡Ella!—exclamó Mario.

—¡Ella!—dijo Federico sin salir de su asombro.

Al ver Urquiza que su amigo coincidió con él, en la admiración que le produjo la vista de aquella mujer, y que parecía conocerla, miró a Torremunt profundamente, y, con los ojos fulgurantes y trémula la voz preguntóle:

—¿Cómo «ella...»? ¿Acaso la conoces...?

—¡Claro, hombre...! Y me extraña que me lo preguntes.

—No veo el motivo de esa extrañeza. ¿Acaso la conozco?

—Si y no. La conoces en imagen, aunque hasta hoy el original no se haya presentado a tu vista.

Mario creyó adivinar y preguntó de nuevo:

—Acaso es...

Aurelia de Torresano, mi linda conquista de Barcelona, que después de sacarme dos mil duros, desapareció misteriosamente.

Al oír esto Mario de Urquiza, dirigió a su amigo una mirada tan terrible, que si éste hubiera reparado en ella se hubiera estremecido.

En un momento se desencadenaron en el pecho de aquel aventurero todas las malas pasiones que era capaz su perverso corazón, y al ver que aquella criatura que tan hondamente habíale interesado, había sido la víctima de su opulento amigo, disfrutando de sus primicias, sintió nacer hacia Torremunt un odio tan profundo, que le hubiera obligado, a no dominarse, a estrangularle entre sus manos.

No obstante, disimuló cuanto pudo y le dijo sonriendo:

—Dichoso puedes llamarte.

XV

Astucia Odio y Tradición

Terminó el espectáculo y ambos amigos, como si se hubiesen puesto de acuerdo, concibieron la idea de aguardar la salida de Aurelia, con objeto de seguirla.

Poco tiempo llevaban de espera cuando en el amplio vestíbulo apareció la hermosa joven, con el semblante radiante de belleza y de satisfacción; pero no iba sola.

La acompañaba un joven y elegante caballero, que galantemente la ofreció el brazo y la condujo al carruaje que ocupó con ella.

—¿Conoces a ese tipo?—preguntó con petulancia Torremunt.

—Ese «tipo», como le llamas—contestó Mario, que no quiso perder la ocasión de mortificar a su amigo—es un ricacho que tiene veinte veces más que tú, y que goza de una envidiable reputación.

—¡Bah!: pero yo fui el favorecido, y las

mujeres no olvidan fácilmente a aquel a quien se entregaron por vez primera.

—Eso ocurre cuando se entregan por amor; no cuando tienen que venderse.

Torremunt hizo un gesto de desagrado.

Urquiza lo notó y quiso apurar la nota.

—Además, el galán de «tu» Aurelia, es duro de pelar. Tiene mal genio y tira las armas con un dominio absoluto.

Ante esta afirmación, sintió Torremunt un extraño estremecimiento, pues su valor personal estaba a la altura de la ruindad de sus sentimientos.

Tras una breve pausa, molesta para Torremunt y de expectación para Mario, dijo el primero:

—Después de todo, creo que sería una ligereza seguirla esta noche... Si por casualidad me viese y me reconociera...

—Tienes razón—dijo con mal disimulada ironía, Urquiza—sería una imprudencia que podría estropear futuros planes. Pero para eso estoy yo aquí, tu amigo, tu mejor amigo; para seguirla y averiguar su nido...

—No está mal pensado...

—Entonces, vete a Fornos y aguárdame. Yo iré tras ellos en «nuestro» carruaje.

Y diciendo esto se despidió de su amigo, pues Aurelia y Torrontegui ya habían partido, y dando las órdenes oportunas al cochero, se puso en su seguimiento.

Torremunt quedó un rato viendo salir a la distinguida concurrencia, y cuando ya casi habían marchado todos los asistentes al Real,

tomó un «simón» y se hizo conducir a Fornos, pensando mientras trotaba el pobre jamelgo de aquel alquilón, en si le convendría persistir en la conquista de Aurelia o emprender nuevos derroteros.

Aquella afirmación de que Torrontegui tenía pleno dominio de las armas, influyó poderosamente en su espíritu.

No obstante, Aurelia se le había presentado tan inesperadamente, rodeada de una aureola de gloria y hermosura tan sorprendentes, que había logrado cautivarle de un modo poderoso.

Pensando de esta manera, llegó al café de la calle de Alcalá, y entrando por la puerta de la de Peligros, se sentó en un lugar retirado, pidió un aperitivo y se dispuso, filosóficamente, a esperar el regreso de Mario.

Sigamos a éste, y sorprendamos lo que iba maquinando mientras los caballos arrastraban al trote largo el coche que seguía al de la enamorada pareja.

Mario de Urquiza era un hombre inteligente.

Con esa rapidez de las inteligencias claras, formaba en un momento cualquier plan de acción, por complicado que éste fuera.

Desde que conoció a aquella mujer que tan profundamente había impresionado, se hizo el propósito firme de poseerla, aunque para ello se viera obligado a tomar radicales determinaciones.

Por el pronto condenó en principio a su amigo Torremunt, a ser, de un modo u otro,

su editor responsable, más al saber que por una insignificante suma había tenido la dicha de conseguir a aquella deliciosa criatura con todos los encantos de la posesión primera, sintió hacia él tan profunda aversión, tan terrible encono, que se propuso aniquilarle y llevarle a la ruina, aunque pensando en el provecho propio.

De cuando en cuando sacaba la cabeza por la ventanilla, desafiando la inclemencia del tiempo, con el objeto de mirar al coche que le precedía.

Cuando éste hubo llegado a la puerta del hotel que ya conocen nuestros lectores, pararon en seco sus briosos caballos, y descendieron Aurelia y Renato.

Esta penetró en su morada, y Torrontegui, después de despedirse amorosamente de la joven, volvió a ocupar el coche y partió por el mismo camino que habían venido.

No dejó de llamar su atención otro carruaje que a pocos metros de distancia, y sin estar frente a ninguna puerta se hallaba estacionado.

Miró por la ventanilla trasera y observó que tan pronto hubo pasado, giró el carruaje, y arrancando en su misma dirección pasó largo cerca del suyo.

Entonces ordenó a su cochero que siguiera al misterioso coche, sin tener idea de por qué lo hacía, pero, intrigado, sin saber la causa.

Renato, atento siempre al carruaje que iba delante, vió que éste paraba en Fornos y que de él bajaba un hombre.

Descendió a su vez, y dando orden al cochero de que se retirara, se puso a observar desde la calle quién era aquel personaje y el lugar en que se situaba.

Momentos después entró en el café y ocupó una mesa no muy distante de la ocupada por Urquiza y Torremunt; no tardaron en reunírsele dos o tres amigos que le saludaron efusivamente con inequívocas muestras de amistad y respeto.

Urquiza, que estaba dando cuenta a su amigo del resultado de su excursión, no reparó en la llegada de Torrontegui, pero observó que su amigo palidecía de pronto y que miraba furtivamente hacia otra mesa del café por haber reconocido al acompañante de Aurelia cuando ésta salió del Real.

Buscó la causa de la zozobra de Torremunt y vió entonces a Torrontegui, que les miraba con singular fijeza.

No dió importancia a esto, y sonriendo con aire zumbón, dijo a su amigo:

—Ahí le tienes. Parece que su vista te ha impresionado.

—¿A mí...? ¿Por qué...?

—¡Oh, yo qué sé...! Pero te veo nervioso...

En esto, los ojos de Torremunt se fijaron en una espléndida mujer que, acompañada de una señora de edad, que parecía una de esas damas de compañía, de que suelen proveerse algunas mujeres galantes, ocupaba otra mesa en sentido opuesto a la de Renato.

Era una joven de gallarda presencia, de belleza extraordinaria, que, por su porte y

desenvoltura, daba a entender pertenecía al grupo de «pecadoras» de rumbo.

Con objeto de disimular ante Urquiza la impresión que la vista de Torrontegui le había causado, dijo Torremunt a su amigo:

—En efecto, estoy algo emocionado, pero no es por causa de ese caballero, sino por aquella hermosísima mujer que está en frente.

A su vez miró Mario hacia el lugar que le indicaban, y no bien hubo reparado en la persona aludida, una densa palidez cubrió su semblante.

—¡Eh...! ¿Qué es eso?... ¿Ahora eres tú el que palideces...?

—...¡Rosa...!—murmuró Mario sin prestar atención a las palabras de su amigo.

—¿La conoces?—volvió a preguntar Torremunt.

—Y a fondo—contestó Urquiza, que instantáneamente había recobrado su habitual predominio.

—¿Y de qué?

—De lo mismo que tu conoces a la señorita de Torresano.

—¡Caramba, caramba...! ¡Sabes que somos terribles...!

—No tanto, no tanto...

—¿Y has dejado de amarla?

—Completamente. Las mujeres no tienen más encantos que el de la novedad.

—Tienes razón—contestó Torremunt, que deseaba desistir de una manera decorosa de seguir pretendiendo a Aurelia—lo mismo me pasa a mí con la otra.

Hubo un corto silencio durante el cual Federico estuvo contemplando a Rosa, y Mario, de reojo, a Torrontegui.

—¿Te gusta la «interfecta»?—preguntó Urquiza a su amigo.

—Te soy franco, no me desagrada.

—Pues para que veas hasta qué extremo llega la profundidad de mi afecto hacia ti, te dejo libre el campo, completamente despojado de celos y envidias. Conquistala.

—Oh, eso no...

—No seas majadero. Esas utópicas consideraciones no deben subsistir entre personas inteligentes. La mujer debe traspasarse al igual que uno cede su caballo favorito. Una y otro son objetos de recreo, que acaban por cansar y desear su cambio.

—Eres terrible.

—Tengo mundo.

—En fin... si no te ofendes...

—Ofenderme... al contrario, prefiero que sea tu querida que la de un desconocido...

—Estás encantador.

—Soy tu amigo y basta.

—Conforme... ¿Cuándo me lanzaré?

—Ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—Sí. Verás: yo me marchó a casa; tan pronto yo salga, le pones dos letras en una tarjeta tuya, preguntándole si te hará el honor de aceptar tu carruaje para conducirla a su casa. Si te contesta que sí, tuya es la victoria, y si no, la sigues cuando se marche y emprenderemos otro plan de batalla.

Y sin esperar a que Federico le replicara, se despidió de él, dejándole confundido.

Al proceder del modo que lo hacía, no pensaba en otra cosa Mario, que en enredarlo en toda clase de aventuras, para lograr envenenarle por completo y conducirlo a la ruina, en tanto él procuraría sacarle cuanto pudiera y satisfacer los perversos instintos que su odio le dictaba, contra aquel infeliz sin criterio ni conciencia.

Y pensando así, se retiró al hotel, soñando en la prodigiosa hermosura de Aurelia de Torresano.

XVI

Un burgués y una Cocote

Tras meditarlo un buen rato, y no sin cierta timidez, se decidió Federico a poner en práctica lo que su amigo le había indicado, sin alterar el programa lo más mínimo.

Sacó una tarjeta y escribió rápidamente dos o tres líneas. Pidió un sobre y llamando al camarero le ordenó la llevase a su destino, quedando en observación de la joven y sintiendo un gran azoramiento.

Rosa recibió el escrito, fingiendo una sorpresa, que nadie hubiese sido capaz de poner en duda. Leyó la tarjeta y mirando fijamente a Torremunt, quedó vacilante como quien duda sobre lo que debe de hacer.

De pronto, como quien toma una determinación, sacó otra suya de su elegante bolsa de mano, y se la dió al camarero, quien la llevó a Federico, mientras la joven y la mujer que le acompañaba, abandonaban el café.

La tarjeta decía el nombre y domicilio de Rosa.

El admirado joven quedó ante esto sumamente complacido, puesto que aquello no podía ser más que una cita, y atusándose el bigote, sonrió satisfecho, con aires de conquistador y se hizo servir la cena.

Tan pronto llegó a su casa pasó a la habitación de Urquiza, que ya se hallaba acostado, y sentándose familiarmente en el lecho le dió cuenta del resultado de su conquista.

Aunque Mario nunca había amado a Rosa, pues sólo la sedujo por un capricho pasajero, al ver que había dado cita a su amigo, sintió una extraña irritación que hizo crecer la animosidad que ya contra él sentía.

—¡Bravo, querido «Don Juan»! a este paso conseguirás en la corte una fama envidiable...

—¡Qué hemos de hacer, chico...! La vida es para el amor... ¿Querrás creer una cosa...? Es tal la impresión que me ha hecho tu ex amante, que ya maldito si me acuerdo de Aurelia. Se me ocurre una idea.

—Luminosa, como tuya—dijo Mario sarcásticamente.

—Gracias por la lisonja.

—Justicia, querido amigo, justicia a secas. Veamos tu idea.

—¿Por qué no te lanzas tú a la conquista de Aurelia...?

Urquiza, que oía a su amigo con glacial indiferencia, al escuchar sus últimas palabras dió un salto que le obligó a incorporarse en el lecho.

—¿Qué dices?

—Lo más natural del mundo. ¿Tú no me has cedido a Rosa? Pues yo te cedo a la Torresano. ¿Qué te parece?

—No me parece mal, pero...

—Pero... ¿qué?

—Para meterse en semejante aventura es necesario ser rico, brillar, hacer ostentación y yo... si mi tía no muere pronto...

—No digas tonterías, mi querido Mario. ¿No tienes mis coches, mis caballos...? y cuando pronunciaba estos «mis», se le llenaba la boca.

—Eso no basta. Hace falta dinero, mucho dinero; a las mujeres se las conquista a fuerza de oro...

—Yo lo tengo para ti...

—Bien, gracias; pero mi dignidad...

—¡Qué dignidad ni qué ocho cuartos! Lo que yo hago es prestarte sin interés. Gasta cuanto necesites, y luego, cuando tu tía se vaya al infierno, que no tardará, si tan anciana y achacosa se encuentra, me devuelves lo que hayas tomado...

—Sin embargo, no me atrevo a abusar de tu amistad, que tengo en mucha más estima que al oro mismo...

—¡Quién habla de abusos...! Nada; quedamos perfectamente entendidos.

Y despidiéndose de Mario marchó a su alcoba, donde se durmió soñando con Rosa, con Torrontegui, con Aurelia, con sus caballos, con sus conquistas y con otro sin fin de cosas a cuál más diferentes y disparatadas.

Al siguiente día, después de haber comido en compañía de su «entrañable» Mario, se dispuso a visitar a Rosa, para lo cual se hizo conducir en su mejor carruaje, con objeto de que su futura conquista pudiera formarse idea de la importante significación del adorador que se le entraba por las puertas.

La joven cortesana habitaba un lindo piso principal, del paseo de la Habana, en donde se presentó Torremunt, haciendo pasar su tarjeta a Rosa.

Un momento después fué introducido por una doncellita, muy linda y avispada, en el «budoir» de la joven.

Esta, que aguardaba la visita de su nuevo adorador, se hallaba ataviada con una sencillísima «toilette», que realzaba de un modo asaz provocativo los naturales encantos con que la había dotado la Naturaleza, generosa con ella en sus más preciados dones.

Por el amplio descote del «matinée», dejaba ver todos los primores de una linda garganta y el nacimiento de un pecho, turgente y desarrollado, que, viéndose libre de la sujeción del corsé, se agitaba con tembloroso movimiento, haciendo comprender su morbilidad prodigiosa.

Rosa tendió su linda mano a Federico y señalándole un asiento, ocupó ella otro, con traviesa coquetería, con ese arte sin par que saben emplear las mujeres cuando tratan de seducir a algún incauto.

—Y bien, mi querido señor. Ya que me veo

honrada con su grata visita, espero de su amabilidad me diga el objeto de sus pretensiones.

Torremunt, aunque deseaba presentarse con ese natural desenfado de los hombres de mundo, se hallaba bastante cohibido, ante las fulgurantes y picarescas miradas de la gentil pecadora.

—¿Mis pretensiones? —dijo al fin—muy sencillas: poseer ese tesoro que tiene usted en vez de cuerpo, a cambio de todo cuanto usted quiera pedirme.

—Atrevido es lo que dice.

—¿Por qué?

—Porque suelo pecar de exigente.

—No importa. Soy rico y no sé regatear...

—Ante eso...

—Pida usted cuanto desee, y al satisfacer su capricho me creeré el más feliz de los mortales, puesto que verla y amarla fué todo cosa de un instante.

—¡Bah, bah, bah!... Dejemos eso del amor aparte, porque si no, vamos a incurrir en una imperdonable cursilería. Aquí no se trata de amores, sino de la satisfacción de deseos. El de usted es posesionarse de mi cuerpo, que juzga capaz, con sus encantos, de proporcionarle placer; el mío no es otro que el de brillar, disfrutar de la vida y eclipsar la gloria de mis compañeras. Para esto necesito dinero, mucho dinero...

—Yo lo tengo.....

—Enhorabuena; así trataremos esta cuestión cual si sencillamente se tratara de un negocio, de una operación comercial.....

—Convenido. Vengan condiciones,—dijo Federico acercándose a la joven y besándole una mano, lo que consintió Rosa con la mayor indiferencia.

—Necesito un hotel.

—Lo tendrá.

—Coche, caballos, servidumbre.

—Concedido.....

—Ser la dueña absoluta de mi casa.

—Conforme.

—Una asignación mensual que me permita humillar el orgullo de algunas compañeras que hacen alarde de gusto y riqueza en sus «toilettes».....

—Pueden desde ahora declararse vencidas.....

—Con esas condiciones, seré su querida, y le seré fiel, si no hay otro postor que suba la puja.....

Torremunt hizo un gesto de cómica sorpresa al ver la «sanfaçon» de la joven que le miraba con sus lindos y brillantes ojos, con ojos de pantera joven, seduciéndole, hipnotizándole por completo.

—¿Qué opina usted de cuanto acabo de decirle?

—Que estoy conforme con todo menos con lo último, porque quien cual yo ama...

—Hemos convenido en no hablar de amor,—le interrumpió Rosa.—El amor sólo es cosa de gente de poco fuste; de empleadillos, de menestrales. Las personas de rango no pierden el tiempo en amar. Compran el placer; y yo lo vendo.

—Es usted radical en grado sumo.

—Soy práctica y pienso a la moderna. ¿Estamos conforme?

—Conformes.

—Pues entonces, espero a usted a la mayor brevedad posible, para que me acompañe a mi nueva morada, y si esta es de mi agrado, en ella le haré entrega del pago convenido.

Y dando por terminada la conferencia, se levantó de su asiento y tendió su diminuta y rosada mano a aquel imbécil que se hallaba dispuesto a ser en sus manos el más ridículo juguete que puede imaginarse.

XVII

La tela de araña

Nuestros lectores habrán comprendido que al proceder Rosa en la forma que lo hizo con el opulento Torremunt, no perseguía otra finalidad que la de comenzar el plan de venganza que se había convenido en aquella secreta reunión de hermosas pecadoras que presidió la espléndida judía.

Tan pronto como Federico abandonó la casa de Rosa, ésta se vistió apresuradamente, y haciendo llamar un carruaje se trasladó en él al barrio de Argüelles, a la linda morada de Raquel.

Con ésta se hallaba Aurelia de Torresano, que había tomado por la judía tal afección, que podía casi asegurarse que hacían vida común, pues cuando no estaba a su lado Torron-tegui, se trasladaba al hotel vecino.

Al ver entrar a Rosa, con el semblante animado de satisfacción delatora de triunfo, Aurelia y Raquel le preguntaron a un tiempo:

—¿Y bien.....?

—La mosca ha llegado a la red; dentro de poco habrá caído en la tela por mí tejida y allí la tendré prisionera hasta que haya soltado todo su juego..... Pero ya puedes agradecerme, queridita mía—dijo dirigiéndose a Aurelia,—porque cuidado que es imbécil...

—Así estarás libre de enamorarte de verdad.

—Ay, hijitas, mis enamoramientos radican en los escaparates de Ansorena y en el «Crédito Lyonés».....

—¿Quieres decir que no te sientes ya capaz de amar, de entregar noblemente el corazón.....?

—Mi corazón se lo llevó ese miserable de Mario de Urquiza, y desde entonces soy un cuerpo sin alma..... ¡Amor.....! ¡Amor a los hombres.....! ¡Qué saben ellos, que no se saciar sus apetitos de macho!

—Sin embargo, hay hombres de corazón que merecen ser adorados—objetó Aurelia.

—En efecto—dijo Raquel,—y al hablar así un tinte sombrío cubrió su hermosísimo semblante y dejó escapar un profundo suspiro.—Pero vamos al asunto: cuenta, cuenta...

Rosa refirió lo ocurrido la noche anterior en Fornos, en donde ella entró, por haber visto en dicho lugar a su antiguo amante con un amigo que no podía ser otro que Torremunt, según las señas que Aurelia le había facilitado.

Les explicó el resultado de la visita que le había hecho el joven burgués y las condicio-

nes por ella impuestas para hacerle entrega de su cuerpo, y por último aseguró que estaba plenamente convencida de que llegaría a apoderarse de él en absoluto, para luego abandonarle cuando la ruina hubiese llegado a sus puertas.

—Ahora te toca a ti vengarme de ese miserable Urquiza, querida Aurelia.

—Te vengaremos cumplidamente, te lo juro—le contestó Raquel.

Y tras esta ligera visita, la encantadora Rosa se despidió de sus amigas, y se hizo conducir al Retiro, con la esperanza de ver a su nuevo adorador y futura víctima.

En efecto, momentos después, tras de haber dado un par de vueltas, vió avanzar a Torremunt, acompañado de Mario por cerca del «Ángel Caído».

Ambos iban a caballo.

Al ver a Rosa, Urquiza picó espuelas y volviendo riendas, se alejó al galope sostenido de su caballo.

Federico se colocó al estribo de la «vengadora» y después de saludarla le dijo:

—¿Sería de su agrado habitar un chalet de Madrid, moderno?

—Si es bonito.....

—Precioso.....

—Siendo así, no tengo inconveniente.

—Entonces, mañana al mediodía tendré el placer de ir a buscarla. Comeremos juntos e iremos a visitar su nueva morada.

—Convenido — dijo Rosa sonriente envolviéndole en una acariciadora mirada que pro-

metió al malaventurado Federico un mundo de placeres infinitos.....

Mario de Urquiza, con objeto de dejar el campo libre a su amigo, se dirigió por la calle de Alcalá hacia la Castellana.

Llevaba la íntima convicción de que allí vería a Aurelia, a aquella angelical mujer que tan hondamente había interesado haciéndole sentir una pasión tan intensa, tan avasalladora, que le obligaba a buscarla y decirle todos sus pensamientos, todos sus afanes.

En su loca impaciencia, puso el caballo al galope, con objeto de recorrer en el menor tiempo posible toda la línea de carruajes que no eran muy numerosos por ser temprano todavía.

Al no ver a la persona que tan ansiosamente buscaba, propinó un brusco espolazo a su cabalgadura, que se lanzó al galope en dirección al Hipódromo.

Urquiza dejaba correr su caballo sin preocuparse de la dirección que tomaba, en tanto en su cerebro bullían mil encontradas ideas, pero todas en relación con el objeto de sus ansias.

Cuando hubo llegado al límite del paseo, volvió riendas con la esperanza de encontrar ya a Aurelia de Torresano.

Llegó hasta cerca de la Cibeles, y cuando ya desesperaba de encontrar a la joven, divisó a lo lejos un brioso tronco de alazanes que arrastraban una elegante victoria, de cuyo fondo se destacaba el interesante busto de la señorita de Torresano.

Mario paró en seco su caballo y se dispuso a esperar el paso de la joven, como si fuese un soldado que hubiera de rendir el debido homenaje a la soberana.

Pasó Aurelia al fin por su lado, y él, con acento balbuciente de pasión, le dirigió una «flor» que fué recibida con una encantadora sonrisa, ante la cual, el enamorado galanteador creyó morir de felicidad.

Juzgando de buen augurio la acogida que mereció su piropo, se dispuso a emprender en el acto su plan de conquista y colocándose al estribo del coche de Aurelia, comenzó a atacar discretamente, primero con miradas rebosantes de pasión y algún que otro suspiro muy propio del caso, y luego con frases de elogio y admiración.

Al principio, la joven se contuvo en los límites de la mayor seriedad, pero ante la insistencia del galanteador hubo de ordenar a su cochero que abandonara el paseo.

Partió el carruaje por la calle del Almirante y suponiendo Urquiza que Aurelia se dirigía a su hotel, dirigió su caballo por el camino más corto hasta el barrio de Argüelles, y al pasar frente a la morada de la Torresano vió a Raquel, a quien conocía desde París, en el elegante mirador del hotel vecino.

La hermosa judía que indudablemente esperaba la llegada de Mario, acaso por un plan concertado con su joven amiga, dirigió al jinete un afectuoso saludo con la mano.

Mario llegó bajo el lugar en que la cortesana se hallaba, y deteniendo el caballo, co-

rrespondió al saludo con algunas de esas lisonjas que también saben decir los «profesionales» del galanteo.

Raquel le invitó a pasar, y Urquiza aceptó reconociendo la distinción que le hacían, apeándose y entregando las riendas al portero.

—Dichosos los ojos que le ven, amigo mío, —dijo la judía, tendiéndole la mano.—Supuse que había usted abandonado el mundo de los vivos. ¿Dónde diablos ha estado metido...?

—En Barcelona, querida Raquel; en la ciudad de los condes y de los tejidos de algodón.

—¿Acaso se ha hecho usted comerciante?

—Lo que me he hecho es una persona formal...

—¿Me autoriza usted a no creerle?

—No, querida amiga; no puedo autorizarla a dudar de lo que es cierto...

—Y eso... ¿a qué obedece?

—¡Ay, amiga Raquel, no sé explicármelo, pero mucho me temo que el amor haya tomado una parte activa en mi transformación.

—¿El amor...? Decididamente está usted hoy bromista en grado sumo... ¿Amar usted? ¡El mayor libertino que conocí en mi vida...

—Amar yo, en efecto: amar con pasión avasalladora, con delirio, con locura...

—¿Y el objeto de sus afanes...?

—Una divinidad.

—¿Fácil? ¿Honesto...?

—Lo ignoro aún, pero usted podrá sacarme de dudas...

—¿Yo.

—Sí, usted debe conocerla...

—Entonces no será ninguna dama linajuda.

—Si no lo es, merece serlo: su porte es de soberana, su distinción no tiene rival...

—Su admiración le obliga a ser poco galante,—dijo Raquel con cómico enojo.

—¡Oh, Raquel! ¡Usted hartó sabe que es hermosísima!

—Rebaje usted algo.

—Ni un ápice... Usted, la reina de las hermosas, que no halló rival en la vida, habrá de darme la razón.

—Veamos... ¿quién es ella?

—Su vecina. Esa joven seductora que habita en el inmediato hotel.

—¿Aurelia?

—Aurelia, sí; Aurelia de Torresano...

—¿Y cómo sabe usted su nombre?

—Eso es lo que importa menos. Ahora deme usted su opinión y dígame cuánto de ella sepa.

—En realidad, que es una belleza deslumbrante...

—¿Y su vida? Hábleme de su vida, de sus cualidades...

—No sé si debo...

—¡Oh! Dígame cuanto sepa y cuente con mi gratitud más profunda...

—Sé bastante, pero cuanto pueda decirle no ha de ser de su agrado.

—Sea lo que sea, sáqueme de esta duda cruel que me tortura.

—Aurelia tiene un amante...

—No me importa.

—...A quien ama locamente.

—Está dentro de lo posible que lo olvide.

—Es inmensamente rico.

Ante esto Mario de Urquiza se mordió los labios nerviosamente y murmuró:

—También yo tengo dinero.

—Enhorabuena... ¿Alguna herencia?— preguntó Raquel con maquiavélica intención.

—Sí, una herencia.

—Además, Aurelia de Torresano, a pesar de tener un amante, es de distinguido origen, puede decirse que es una chica «honrada»...

—Mayor incentivo para mi deseo...

—...Desconoce todas las facilidades y todos los convencionalismos de la vida galante...

—Todo eso me preocupa muy poco. Sólo deseo poder hablar con ella, verla, hablarla; dedicarme a la conquista de su corazón... ¡Oh, si usted quisiera ayudarme!...

—¿Yo...? Gracias mil, amigo mío, por el papel que quiere reservarme...

—Comprenda mi intención y sea indulgente...

Pero aún siéndolo, no me resigno a aceptar la misión de «celestina»...

—Es usted muy cruel,—exclamó Mario con entonación melodramática...

Raquel lanzó una sonora carcajada y haciéndose la compasiva dijo:

—¡Basta, mi amigo Urquiza! Su pasión me ha conmovido: cuente con mi protección...

—¡Oh! Gracias, gracias, mi buenísima Raquel. Es usted un ángel.

—Que quiere usted convertir en demonio

para sus fines particulares—repuso Raquel sonriendo.

—¿Cuándo podré verla?

—Mañana.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿A qué hora?

—Por la tarde; de tres a cuatro. Ella estará conmigo, y usted se presenta como si viniera a visitarme.....

—No faltaré.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana.

Mario se despidió efusivamente de la judía, y salió de la estancia, con el corazón palpitante y abrigando la esperanza de conseguir sus afanes.

Cuando hubo montado a caballo, dirigió un saludo a Raquel, que desde el mirador le despedía, en tanto que tras la judía aparecía la figura de Aurelia.

—¿Oíste?—preguntó la primera.

—Todo.

—¿Y qué opinas?

—Que por su ceguedad está condenado. Vengaremos a Rosa y él me vengará a mí, labrando la desgracia de su infame amigo.

—¿No te traerá algún disgusto con Renato?

—No temas. Laboraremos sin que se entere. Además, como mi fidelidad no habrá de faltarle...

—¿Y si alguna imprudencia de Urquiza llegara a llamar la atención de Renato?

—He pensado en esto y todo lo tengo pre visto...

—Entonces a la lucha

—A la lucha—dijo Aurelia abrazando a su amiga.

Desde quel momento quedaron sentenciados Mario Urquiza y Federico Torremunt.

XVIII

Sangre azul, pero no roja

Un ilustre filósofo, un pensador profundo, un poeta delicadísimo, conocedor del corazón humano dijo: «No injuriéis a esas desdichadas que galantean por las noches en las calles. Tened presente que la mayor parte se entregaron a la prostitución obligadas por el hambre, y se dejaron caer en el arroyo para no tener que echarse al río.»

Esto dijo el gran Víctor-Hugo, y bien mirado, el principio de cada desgraciada de esas que comercian con su cuerpo, es el fruto de la infamia de un hombre.

Por esto muchas de ellas a quienes Naturaleza dotó, aparte de grandes encantos físicos, de una inteligencia clara, consiguen separarse del montón de carne de alquiler, y «trabajan», no sólo por su medro personal, sino por la satisfacción de vengar en los hombres todos, la felonía cometida por uno.

Estas son terribles, espantosamente terri-

bles, de cuyas arteras acechanzas debemos precavernos.

Acaso pensando en esto, dijo también el mismo Víctor-Hugo que «cuando os hable una mujer, miréis lo que os dicen sus ojos...»

Pero los ojos femeniles son un enigma indescifrable, puesto que, cuando quieren, hipnotizan, sugestionan, avasallan, y cuando así ocurre, el más sesudo psicólogo se ve impotente para sondear el alma de una hermosa, puesto que su egoísmo le lleva sólo a querer descubrir y poseer los más reconditos encantos de su cuerpo.

Mujeres tan astutas como Raquel y tan dominadoras como Aurelia. constituyen el mayor peligro para el hombre.

Por esta causa, el amante de la judía, el marqués del Robledal, aristócrata de linaje originado, de claro sentido, de varonil aspecto, había llegado a ser en manos de la terrible cortesana, un juguete despreciable que solía utilizar en muchas de sus intrigas, después de obligarle a cometer todo género de bajezas y de infamias que lo condujeron al descrédito y a la ruina (1).

Hombre despreocupado y de groseros sentimientos, se daba por complacido con disfrutar del cuerpo de su amante, y con que ésta le sufragara sus gastos para poder concurrir al Círculo, a los teatros, a las carreras...

Venía a ser, en suma, un «maquereau» de guante blanco, un chulo de levita, pues se

(1) Léase «Las obreras del amor».

había encanallado hasta un extremo inconcebible.

Raquel le conservaba a su lado, porque ansiaba ya abandonar aquella vida en que brillaba como reina absoluta, pero llena de abyección, de miserias, de convencionalismos.

Quería no comerciar más con sus encantos, sino retirarse a un hogar apartado, y vivir tranquila dedicando sus pensamientos al único ser amado, al solo hombre que halló en su camino, honrado, noble y generoso, al vizconde de la Roca, de quien hicimos mención en uno de nuestros anteriores capítulos.

A este fin habíase propuesto ser marquesa, para que la gente la respetara y lavar con un título los horrores de su pasada vida.

Sólo por esto, de cuando en cuando entregaba su hermoso cuerpo a aquel rufián de sangre azul, que se saciaba en él con la brutal acometividad de los irracionales, en tanto, ella soportaba aquello como un suplicio, en razón a los fines que perseguía.

Su pensamiento, su alma entera, su voluntad, todas aquellas sublimes delicadezas que atesoraba como un avaro y que a nadie había concedido, eran sólo para aquél que no quiso ser su dueño...

Una de las tardes en que Raquel solía dar audiencia privada al marqués del Robledal, planteó ante él el dilema de casarse o romper para siempre.

—Querido Armando. Ha llegado el instante de que legalicemos nuestra situación...

—Explicate, amada mía—dijo el marqués.

—Recordarás perfectamente — continuó la judía—que en ocasiones distintas, puesto a mis pies, me has rogado insistentemente, que te aceptara por marido...

—En efecto, pero eso...

—Eso... ¿qué?

—Eso fué en otra época, en circunstancias distintas...

—Las circunstancias eran las mismas de hoy... sólo que entonces estabas loco por mí, porque no me habías poseído y además estabas arruinado...

—¿Me echas en cara tus favores...?

—Puntualizo las cosas...

—Sin embargo, entonces tu...

—Era lo mismo que hoy: una mujer galante, llena de aventuras...

—Que has ido multiplicando y que hoy son del dominio de todo Madrid.

—Como son del dominio de todos tu fuga conmigo y tu proceder con la infeliz Alicia, tu difunta esposa (1).

—No hablemos del pasado.

—En hora buena: ciñámonos al presente: ¿Me amas o no?

—Sabes que todo te lo he sacrificado.

—Eso fué en otro tiempo.

—Eso será siempre... Pero comprenderás la campanada que daríamos si nos casáramos ¡y como se ensañarían con nosotros!

—Más campanadas darás si yo te abandono: considera el estado de tu situación económi-

(1) «Las obreras del amor».

ca. Además; no llevo mi pretensión hasta el extremo de que me pasees como tu legítima esposa por la corte... Nos iremos al extranjero, nos casaremos secretamente y después me instalaré en cualquier punto de América; lejos, muy lejos; quiero vivir en completo aislamiento... olvidar mi vida, alejarme de cuantos hayan podido conocerme. ¿Qué decides?...

—Primero que me expliques algunas de tus palabras...

—¿Cuál?

—Dices que después «te instalarás» en cualquier punto de América... ¿Qué quieres dar a entender?

—Muy sencillo; que viviré sola.

—No te entiendo.

—Pues me expreso claramente.

—Pero yo no adivino a dónde quieres ir a parar...

—Seré más concluyente. Hace algún tiempo que eres mi amante, por tanto has tenido tiempo de saciar tus deseos materiales, y si bien no estás harto aún, te encuentras en condiciones de prescindir de la explotación de los placeres que mi cuerpo puede darte...

—Estás en un error, hermosa mía, cada día, en toda hora, encuentro en ti mayores incentivos que hacen acrecer mi amor.

—Pues todos esos incentivos puedes despreciarlos desde ahora.

—Decididamente estás hoy bajo la influencia de un malhumoramiento, del que yo resulto víctima.

—Estoy muy contenta, y además muy ra-

zonable... Verás: tan pronto nuestra unión esté legitimada, realizaré toda mi fortuna, y como mi objeto es vivir alejada del mundo y sus seducciones, no quiero ser tan egoísta, que por este acto de aburrimiento mío te prive a ti, que eres joven y distinguido, de acometer grandes empresas, que te engrandezcan y eleven, y he pensado en que partamos mi fortuna y dejarte en libertad para que puedas emprender la lucha...

Hubo una pequeña pausa durante la cual Raquel y Armando se miraron fijamente como tratando cada uno de compenetrar los pensamientos del otro.

La judía trataba de engañar a Armando y éste deseaba aparecer engañado.

Como Raquel había expuesto, el marqués se hallaba ya libre de esa fiebre que produce el anhelo de la posesión de la hembra nueva.

Deseaba a su amante, porque ésta era una mujer infernal, por sus encantos singularísimos, pero no dejaba de reconocer que si conseguía desligarse de ella, pudiera muy bien ir olvidando sus pasados desvaríos y hasta verse libre de aquel tiránico yugo, que le tenía convertido en un autómatas; en un esclavo de los caprichos de aquella temible mujer.

—Comprenderás, querido mío — continuó Raquel — que razono sesudamente, como una persona práctica...

—Eso es una locura...

—Esto es pensar cuerdamente...

—Yo no podría vivir sin ti...

—Los duelos con pan son menos... ¿A qué no sabes a cuánto asciende mi fortuna?

El marqués del Robledal sintió un extraño estremecimiento que le hizo comprender lo mísero de su condición.

Nunca hasta aquel día había oído hablar a Raquel de la importancia de sus bienes, y si bien los suponía considerables, jamás pudo saber la cifra exacta de su totalidad.

—¡Soy rica!... ¿Lo entiendes bien?—dijo la judía subrayando las palabras.—Tengo «dos millones quinientos mil francos» en valores y además, este hotel, mis coches, mis caballos, mis alhajas... En suma, que podré cederte, de momento, un millón... ¿Qué resuelves?...

—Tú eres la que has de resolver, pues te consta que mi voluntad es la tuya.

—No esperaba menos de ti—dijo Raquel con irónica intención.—¿De modo que?...

—Se hará lo que ordenes.

—Entonces, dentro de poco marcharemos a Inglaterra... Allí me convertiré al catolicismo y ante el altar de tu Dios te entregaré mi mano.

—Conforme, pero...

—No hay pero posible. Al entregarte mi mano, perderás el derecho a mi cuerpo...

—Eso nunca.

—Pues entonces, tenlo desde ahora por perdido y con ese derecho perderás un millón...

—¿Qué me importa el dinero?

—No declames y decídetete.

—Eres muy cruel... pero en fin...

—¿Qué....

—¡Cúmplase tu voluntad!...

Y levantándose con aire, al parecer, contristado salió de la estancia, sin atreverse a mirar los fulgurantes ojos de la judía, la que al verle marchar, dejó lucir una siniestra sonrisa, mientras con rabia y desprecio murmuró entre dientes esta frase:

—¡Miserable!

XIX

Un tunante haciendo el tonto

Mario de Urquiza no pudo conciliar el sueño pensando en que al siguiente día vería a Aurelia en casa de Raquel.

Cuando se despidió de la judía marchó al hotel de Torremunt, donde halló a éste rebo-sando satisfacción y con aires de conquistador.

—¡Victoria!... ¡Victoria en toda la línea!... Tu Rosa, o, mejor dicho, mi Rosa, es una criatura angelical... Me tiene encantado... ¡Qué diferencia de trato en relación a la otra!... Aurelia, todo gazmoñería, afectación, insipidez; Rosa todo sencillez, ingenuidad, apasionamiento... Barrunto que, si bien habrá de costarme un pico, llegaré a ser con ella completamente feliz... ¿Y tú? ¿Te decides a la conquista de la paloma torcaz?...

Mario de Urquiza, no pudiendo tolerar que Federico tratase tan despreciativamente al objeto de sus amores, contestó con alguna acritud a su amigo:

—Observo con verdadero sentimiento que el despecho te hace tratar con alguna desconsideración a una infeliz mujer, que no tuvo más pecado que la de ser tu víctima...

—¡Hola, hola!... Señor de Urquiza... Cuando tomas las cosas por donde queman, es señal evidente de que la interesante rubia te ha hecho impresión... Callo, pues, y te deseo un éxito feliz como el que yo he obtenido con Rosa... Ya sabes: adelante, y no vaciles en pedirme cuanto te sea necesario...

Y cogiendo a Mario del brazo se dirigió al comedor, donde cenaron alegremente, pensando cada uno en el resultado de sus conquistas respectivas.

Llegó por fin la hora del siguiente día en que Mario y Federico habían de acudir a sus respectivas citas.

Torremunt se vistió cuidadosamente y mandó enganchar el milord, haciéndose conducir a casa de Rosa, en tanto Urquiza, tomó el tranvía y se dirigió al barrio de Argüelles.

Llegó al hotel de la judía y entregó su tarjeta.

Momentos después se presentó una doncella rogándole que tuviera la bondad de aguardar unos instantes, y haciéndole pasar a un lujoso gabinete donde se entretuvo hojeando un álbum de bellezas internacionales editado en París.

En su loco entusiasmo por Aurelia, comparaba los encantos de ésta con los de todas aquellas que habían sido premiados en públicos concursos, y no halló ni una que pudiera

ni remotamente competir en hermosura y distinción con la señorita de Torresano.

Tan embebido se hallaba en sus estudios comparativos que no se percató de la llegada de dos personas que avanzando cautelosamente, llegaron a situarse a su espalda.

—Siempre los hombres galantes se dedican a la admiración de la belleza femenina—dijo Raquel.

Al oír esto Mario, se volvió repentinamente, viendo ante él a la arrogantísima judía y a su encantadora amiga Aurelia de Torresano.

Su sorpresa fué tan grande como su admiración ante aquellos dos espléndidos ejemplares de belleza.

Sintió una especie de vértigo que de momento le imposibilitó de pronunciar frase alguna, y con los ojos fijos en Aurelia, quedó en una actitud que por lo embarazosa resultó por demás cómica.

Raquel, compadecida de su azoramiento le dijo familiarmente:

—Vamos, mi querido Urquiza; me perdonará usted esta sorpresa en gracia a la intención que la ha precedido. Quiero presentar a usted a mi amiga muy querida, Aurelia de Torresano, la cual, como puede usted juzgar, en un tesoro de encantos.

—De encantos prodigiosos, sobrenaturales. Imposible parece que pueda existir una perfección tan suprema, en un ser mortal. Semejante belleza sólo es concebible en los delirios de la más loca fantasía—contestó, por fin, Urquiza libre ya de su sobrecogimiento.

Aurelia hizo una deliciosa inclinación de cabeza y dejando lucir sus diminutos dientes al dibujar una sonrisa replicó:

—Si no estuviera algo enojada con este caballero, le quedaría altamente reconocida por sus elogios, aunque éstos desde luego son injustificados...

—¿Enojada conmigo?... ¿Injustificados mis elogios?...

—Enojada, sí.

—¿La causa?

—La de haberme obligado ayer a abandonar el paseo...

—¡Oh, perdóneme usted!... No puede ni remotamente figurarse la impresión que llegó a producirme su hermosura... Me sentí arrasado hacia usted por una fuerza superior a mi voluntad, y, en verdad, acaso por esta causa llegaría a ser un poco incorrecto, pero usted, que debe tener un alma tan bella como su divino rostro, será indulgente conmigo...

—¡Perdonado!—dijo Aurelia tendiéndole su pequeña mano, que Mario estrechó con efusión.

—Hecha la paz—dijo Raquel—cúmpleme a mí declarar que a mi linda amiga le ha sido bien poco difícil conceder su perdón.

—¡Oh! ¿Qué dices, Raquel?—interrumpió Aurelia fingiendo admirablemente una turbación que estaba bien lejos de sentir.

—La verdad, queridita mía: nunca he sido partidaria de las situaciones equívocas... ¿Qué me dijiste ayer...?

—¿Vas a cometer un abuso de confianza?

—Voy a romper una barrera que no debe existir—repuso la judía.

—Raquel, te suplico que calles...

—Raquel, le ruego que hable—objetó Urquiza.

—Mi amiga Aurelia, aquí presente—dijo la cortesana—recibió ayer con suma complacencia los galanteos de un osado jinete que encontró en la Castellana...

—Eso no es exacto...

—Lo es; al menos así me lo declaraste...

—Si eso fuera cierto—exclamó Mario presa de la mayor alegría—mi suerte no tendría rival.

—A las mujeres—prosiguió Raquel—nos gustan los hombres decididos, los espíritus fuertes; y aunque otra cosa digamos, sentimos profunda inclinación hacia aquel que se nos dirige resueltamente, prescindiendo de fórmulas que, si son sociales, no son las más a propósito para demostrar la sinceridad de los sentimientos... ¿Es cierto o no, amiga mía...?

Aurelia, bajo sus lindos ojos, y siguiendo su propósito, hizo creer a Mario que el rubor y la emoción la impedían contestar.

—Además,—siguió diciendo la judía—mi amiga necesita un amigo sincero, un hombre de decisión, que sepa poner su brazo a su servicio para vengarla de un terrible agravio, y ese hombre...

—¿Tendría la fortuna de poder ser yo?—preguntó anhelante Urquiza.

—¡Quién sabe...!

—Señorita:—dijo Mario dirigiéndose a Au-

relia,—si el sacrificio de mi pobre vida, que nada vale ante el placer de servirla, si derramando mi sangre gota a gota, puedo darla algún consuelo, ordene cuanto guste, pues en mí verá su esclavo.

—¡Oh, gracias, gracias, mi buen amigo...! —y agregó.—En efecto, necesito un amigo, un espíritu decidido que me vengue, pero mi venganza ha de ser especialísima. Nada de cuestiones; nada de efusión de sangre... Mi proyecto es otro.

—Cuenta usted incondicionalmente con mi concurso.

—Vacilo en aceptarlo.

—He dicho a usted que soy su esclavo.

—¡Ah!, si yo me atreviera... Si usted, como me figuro, se interesara por mí, entonces vería cumplido mi más ferviente deseo, el de castigar a un miserable que labró mi infortunio.

—Ese miserable a quien usted se refiere se llama Federico Torremunt, es mi íntimo amigo, vivimos juntos, y, a pesar de esto le atravesaré el corazón de una estocada si así me lo ordena usted.

—¿Luego usted sabe...?

—Todo... Y por este motivo, hasta sin conocerla me interesaba usted: vi un retrato suyo y me quedé deslumbrado; conocí al original y fui cautivo de su belleza...

Aurelia hizo como si secase dos lágrimas.

—El llanto que han vertido sus lindos ojos lo pagará bien caro ese miserable, ¡se lo juro!

—Acepto, acepto su amparo; pero con la

condición que ha de ceñirse en un todo a mis instrucciones.

—Convenido.

—Pues bien; hoy más que nunca conviene que cultive usted la amistad de ese hombre, que se apodere de toda su confianza...

—Lo haré, pero... ¿con qué fin?

—Con el de que no tenga más voluntad que la voluntad de usted, de su entrañable amigo...

—Comprendo.

—Conseguido esto, comenzará mi venganza. El agravio que me infirió fué debido a la miseria de mi familia, cuya honra manchó por un puñado de dinero; pues bien; deseo aplicarle la pena de Talió: quiero verle en la miseria y deshonorado.

—¡Le verá!—dijo Urquiza con un acento de tan fiera convicción, que hubiera hecho estremecer a otros espíritus peor templados que el de aquellas dos mujeres.

—Si es así...

—¿Qué....

—Obtendrá el premio merecido...

—¿Pero hasta entonces...?

—Será mi amigo; nos veremos aquí, en casa de Raquel, y nuestras relaciones serán un secreto; ¿lo entiende usted bien? un secreto absoluto para todos, especialmente para don Renato de Torrentegui... ¿Me comprende usted...? Nada de indiscreciones; si me ve en paseos o teatros, hará como que no me conoce, como que le soy indiferente...

—¿Y si el corazón llega a venderme?

- En ese caso nuestra ruptura sería total.
- Tiránica está usted...
- Lo exigen las circunstancias.
- Pero es que yo la adoro...
- Paciencia, amigo mío, paciencia. Necesito la prueba de ese amor.
- ¡Oh!, la tendrá tan cumplida como desee.
- Hasta entonces... mi amistad.
- ¿Y luego?
- Mi corazón...

Y Aurelia, poco habituada a ese fingimiento que tan familiar les es a las mujeres galantes, tuvo que hacer un supremo esfuerzo para que su rostro no la delatara.

Mario de Urquiza se despidió de las hermosas mujeres, y cuando estas se vieron solas dejaron en libertad la alegría que retozaba en sus labios, riendo como locas, y comentando la ceguedad de aquel aventurero, que teniendo por un redomado tuno, había estado haciendo el tonto tan lastimosamente.

Ahora vamos a buscar a Federico Torremunt y a su futura querida, la encantadora Rosa.

XX

Lo que cuesta una querida

Federico Torremunt había conseguido ser el amante de Rosa.

Instaló a ésta en un lindo hotelito de Madrid moderno, que mandó alhajar con sumo gusto y riqueza, no faltando en él ninguno de esos pueriles detalles que delatan la existencia de una mujer galante y caprichosa.

La cuadra contaba con tres caballos: un tronco de alazanes de pura raza inglesa y un magnífico tordo jerezano que piafaba coquetamente cuando conducía a su dueña en un lindo «milord», que con una elegante victoria completaban los carruajes que para uso de la bella cortesana había adquirido Torremunt.

Había transcurrido un mes próximamente, desde aquella tarde que vimos a Mario de Urquiza en casa de Raquel, declarando su pasión a Aurelia y obligándose a ser el instrumento de venganza de la joven.

Conforme a lo convenido, Mario procuró

intimar de una manera más entrañable con su amigo, halagándole en todos sus gustos, aprobando cuantas locuras cometía y siendo en todo su mentor.

—Desengáñate, Federico — le decía, — esta vida es por demás fugaz y sujeta a múltiples y terribles contingencias. Cuando más felices nos consideramos, cuando la fortuna nos sonríe, y nos vemos rodeados de las mayores riquezas, una traidora ráfaga de aire penetra en nuestros pulmones y nos manda al quinto infierno en pocos días. Entonces, ¿para qué nos ha servido el oro...? Por esto yo me he arruinado dos veces y me arruinaría cien veces más si cien fortunas llegasen a mí. Se ha de disfrutar en la medida de lo que se tiene, y cuando el caudal se agota, ¡a buscar otro...! Y si no se halla, que «nos quiten lo bailado», como muy cuerdamente dice el adagio.

—Tienes razón, Mario; cada día admiro más tu claro modo de pensar y me felicito de haber encontrado en ti más que un amigo, un hermano, un otro, yo, dos cuerpos unidos por un mismo modo de pensar... Y, hablemos de otra cosa: ¿cómo marcha tu conquista?

—Ay, querido Federico, muy lentamente... Aurelia es ambiciosa y yo soy pobre...

—Conseguirás incomodarme. No eres pobre porque yo soy rico, bien lo sabes; y hemos convenido en la comunidad de bienes. Gastemos lo mío, y luego, cuando se agote, gastaremos lo de tu tía, y si no muere pronto, la mataremos a disgustos...

Cada vez que Federico hacía cálculos sobre

los bienes de «la tía» de Mario, costaba a éste gran trabajo no delatarse por la risa.

—Si así lo deseas, sea enhorabuena, yo siempre estaré a la recíproca...

—No hablemos más de ello.

—Bien está.

—Ya sé—dijo Torremunt—que el sostenimiento de una querida del rango de las nuestras, cuesta un sentido...

—Como no puede ser menos, si queremos llegar al «súmmum» del placer, con arreglo al refinamiento de nuestros gustos y a la categoría de nuestra clase...—repuso el aprovechado Urquiza.

—Y a propósito—dijo Torremunt—para que te formes una idea exacta de lo que cuesta una conquista, mira esta nota en que constan nada más que los gastos de instalación de Rosa.

Y le entregó a Mario un papel en el que éste leyó:

Hotel	135.000	pesetas
Coches.	10.000	»
Caballos	17.000	»
Muebles, objetos de arte, vajilla, etc. . .	50.000	»
Joyas	75.000	»
Modista	6.000	»
Total.	284.000	»

—No está mal, chico, ¿pero sabes que a ese paso, pronto vendrá la consumación de tu fortuna?—dijo Mario.

—Y has de contar, además, la asignación mensual y otros gastos imprevistos.

—Con tal de que pueda durar.

—No temas, que hay para tiempo. El inventario de mis bienes a la muerte de mi padre, arrojó diez millones setecientas mil pesetas...

—Bravo, no te hacía tan poderoso. Siendo así, podemos decir parodiando la frase del Cid: «se va ensanchando Castilla delante de mi caballo...»

—Con que ya ves si podemos acometer cualquier empresa por costosa que sea...

—En efecto...

—Así, pues, ánimo, ¡qué demonio...! Lánzate a la palestra y soplale la dama a Torrentegui.

—Oh, Torrentegui es muy rico, su fortuna duplica la tuya.

—Pero según mis noticias, es un hombre de orden, metido en negocios y no está dispuesto como nosotros a llegar a la ruina, por satisfacer sus caprichos...

—Sin embargo...

—No hay sin embargo posible. Y ahora, para que veas como me intereso por tu felicidad, voy a darte cuenta de dos cosas que te sorprenderán agradablemente.

—Veamos qué es ello.

—En primer lugar, he dedicado todos mis esfuerzos a sondear el estado de espíritu de Rosa respecto a ti.

Mario miró a su amigo con sorpresa.

—Mi linda amante, acaso inspirada en los

principios que tú sustentas, es una mujer práctica, convencida de que para disfrutar de la vida, es indispensable despojarse de molestos prejuicios, que sólo sirven para restar placer y tener que entregarse a necios sentimentalismos, que por lo rancios han caído en desuso, al hablarle de ti y decirle que eras mi mejor, mi único amigo, no se impresionó ni poco ni mucho, y me declaró, que aunque habías procedido con ella de un modo poco caballeroso, se veía obligada a guardarte perdurable gratitud, puesto que sin tu felonía, ella continuaría siendo una modistilla enamorada y miserable, sin dichas ni placeres, y en cambio, ahora triunfa debido a que tú le abriste la puerta para que tomara el camino de la felicidad y de la alegría.

—Eso la acredita—dijo Mario—de ser una chica de talento, pero, sin embargo, mucho me temo que no me mire con buenos ojos.

—Al contrario, amigo mío, al contrario. ¿Sabes lo que terminó por declararme?

—Tú dirás...

—Pues me manifestó de un modo concluyente, que el pasado había desaparecido por completo para ella, y que si bien, nunca en la vida, aunque estuvieras repleto de millones, volvería a ser tu querida, pues ya te conoce bajo esa fase, desea vehementemente que seas su amigo, y que cese esa tirantez que media entre vosotros...

—Bravísimo, no tengo inconveniente; pero un deber de delicadeza respecto a ti me impide...

—No seas chiquillo. En primer término, no soy celoso, y luego, ¿cómo iba a dudar de ti, de mi amigo del alma...?

—Respecto a eso—contestó Mario con entonación melodramática,—puedes estar seguro: aunque fuera la encarnación de Venus, y de ella me hallase apasionado, antes me saltaría el cráneo que traicionarte... Mi amistad hacia ti es profunda, es sincera...

—Gracias, gracias querido Mario. Me consta y te correspondo.

Y aquellos dos canallas se abrazaron efusivamente.

—Ahora vamos a la segunda cosa; pero para esta has de prepararte, pues una gran emoción...

—¿Tan sensacional es?

—Al menos para ti, sí.

—Veamos.

—Rosa, una vez acabada la instalación de nuestro nido de amores, y con objeto de dar libre curso a su vanidad de mujer triunfante, ha dispuesto para mañana al mediodía un festín, de carácter íntimo, al cual, concurrirán sus amigas predilectas, que por cierto son las estrellas más refulgentes del mundo del galanteo, y son consideradas como las reinas del amor y la hermosura. A esta fiesta sólo asistirán tres hombres: el marqués del Robledal, mi amigo ya íntimo, tú y yo; y de mujeres...

—¿Quiénes...?—preguntó anhelante Mario.

—Paciencia, amigo, paciencia: además de la dueña de la casa, asistirán Raquel, Eme-

rinda, Lucrecia, la graciosa Carmela, alguna otra y...

—¿Quién...

—Aurelia de Torresano, que siguiendo la teoría de Rosa, ya no me guarda rencor y aprovecha la libertad en que la ha dejado su celoso amante, por haber tenido que marchar a Bilbao, para asuntos de negocios... ¿Qué te parece...?

—¡Soberbio...! ¡Piramidal...! ¡Y que tú eres el mejor de los hombres y de los amigos...!

—No hablemos de eso. Ahora que ya sabes de lo que se trata, acompáñame a comer en casa de Rosa, la cual como yo, desea tu concurso, para ultimar los detalles de la fiesta que queremos resulte de la mayor esplendor y nada tenga que envidiar a los festines de los antiguos tiempos...

—Me tienes a tus órdenes.

—Vamos allá y te presentaré a Rosa la cortesana, que nada tiene que ver con la antigua modistilla...

Y ambos amigos, contentos y dichosos, aunque pensando de un modo diferente, se encaminaron hacia el lindo hotel de Madrid moderno.

XXI

Las hijas del champagne

En la preciosa morada de la querida de Torremunt se notaba un movimiento y una actividad desusados.

Todo se volvía ir y venir criados y camareros, de severo frac estos últimos, los cuales preparaban con arte exquisito la mesa en que se había de servir la delicada comida con que la cortesana obsequiaba a sus colegas y amigos.

En verdad que el más exigente nada hubiera tenido que reprochar en lo referente a riqueza y buen gusto.

La vajilla, legítima de Sevres, grandes centros de plata repujada, conteniendo flores delicadísimas de suave perfume, el cristal de Bohemia, el adorno y distribución de la mesa, todo en conjunto, contribuía a acreditar del más refinado buen gusto a la señora de la casa, si bien es cierto que la dirección corrió a cargo de Mario de Urquiza, quien en esto

de despilfarrar, sobre todo con dinero ajeno, era una especialidad sin rival posible.

Desde el mediodía comenzaron a llegar al hotel de Rosa carruajes conduciendo a sus lindas invitadas.

La dueña de la casa, Mario y Torremunt, las iban recibiendo galantemente, y en pocos momentos, el silencio que hasta entonces había reinado, se trocó en un alegre bullicio, que hacían acrecer las risas y las frases de aquellas lindas mujeres, verdaderas creaciones de arte inimitables en su modo de decir, en sus tocados y en ese aire de voluptuosa delicadeza que tanto realza a la mujer hermosa.

Las últimas en llegar fueron Raquel y Aurelia, que se presentaron juntas en el carruaje de la primera.

Al verlas, Mario las saludó afectuosamente, especialmente a la señorita de Torresano, a quien estrechó la mano con efusión, siendo por ésta correspondido en su demostración de afecto.

—Ya sabe usted lo convenido, amigo mío; ha de ser circunspecto, y mucho más delante de estas locuelas, cuya indiscreción sería sumamente peligrosa, — dijo Aurelia a Mario aprovechando un aparte.

—Será usted obedecida, Aurelia adorada, pero cuente con que estoy muriendo de amor...

—Pero no morirá del todo...

—¿Y si muriera?...

—Siendo en pro de mi causa, haría yo como Jesús con Lázaro y le diría... Levántate y... ama.

—¡Oh, vida mía...! ¿Cuándo llegará ese ansiado instante...?

—Cuando mi venganza esté consumada. De usted depende.

—Si no se tratara más que de pulverizarle ante sus ojos...

—Nada de eso: no quiero violencias: astucia y diplomacia nada más.

—¿Y el marqués, queridita mía?,—preguntó Rosa a Raquel.

—No tardará. Vendrá a caballo; así me lo ha asegurado hace muy poco.

Diciendo esto, el marqués del Robledal llegaba a la verja del hotel y se apeó, confiando el fogoso animal al portero, quien lo condujo a la cuadra.

—¡Ya estamos todos!—dijo Rosa saliendo al encuentro del recién llegado, a quien saludó con aires de gran señora, que hacía olvidar por completo a la humilde y apocada obrerita de otros tiempos.

—¡A la mesa!,—ordenó Torremunt.

—¡A la mesa!,—dijeron todos.

Y corriendo y alborotando con sus risas de locuela, las encantadoras muchachas, asaltaron el comedor, al que daban guardia dos estirados camareros que sólo esperaban las instrucciones del «maitre d'hotel» para comenzar a servir los delicados manjares.

La presidencia fué unánimemente ofrecida a la hermosa judía, que tenía al marqués a su derecha, ocupando su frente Rosa y Torremunt.

Urquiza ocupó un puesto entre Aurelia y Emerinda, sirviendo de caballero a ambas.

La comida fué espléndida y delicadísima, amenizada por el ingenio de Raquel y los chistes saladísimos de la llamada Carmela, una traviesa andaluza que hacía honor a su hermosa tierra y que al mirarla y oirla no había más remedio que pensar en esa poética región donde la belleza y el arte viven en íntimo consorcio, y donde siempre luce un sol que fecunda el suelo y enardece la sangre, haciendo que el amor se desarrolle con ímpetu y las pasiones sean tan ardientes como sus rayos abrasadores.

Llegó la hora del champagne y levantándose Federico, cuyos sentidos comenzaban a perturbarse a causa de repetidas libaciones, alzó su copa y dijo:

—Brindo por la hermosura de estas encantadoras mujeres, por la dicha de todas y por el amor.

El marqués del Robledal. brindó a su vez diciendo:

—Yo brindo por vosotras, encantadores modelos de belleza femenina; brindo por el encanto que encierran vuestros ojos seductores, de mirar ardiente; por el placer soberano que producís al feliz mortal que llega a poseeros; por vuestros hermosos cuerpos sin alma, por vuestrass satánicas intenciones, por los espantosos estragos que producís en nuestros corazones, por el imperio que sabéis ejercer sobre nosotros; brindo por vosotras, que dais el placer, por vosotras, que dais la ruina

y la muerte; brindo por las mujeres galantes, las diosas del amor, las hijas del champagne, como éste, alegre y bulliciosas y enemigas del dolor...

Una salva de aplausos estalló al finalizar estas palabras, pronunciadas por el amante de la judía, y cuando se disponían a felicitar al marqués, se presentó la doncella de Rosa anunciando en voz alta:

—El señor de Miranda.

—¡Miranda!

—¡Cómo había de faltar!

—¿Pero quién le ha dicho...?

—Yo,—dijo Lucrecia,—le dije que viniera a los postres, pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de que había de traernos una noticia sensacional, sin la cual no sería admitido a nuestro lado, y cuando viene...

—Es indudable que trae la noticia,—dijo Rosa.—Entonces que pase.

Un momento después, el entrometido Miranda se presentaba en el comedor, siendo cariñosamente recibido por todos, hombres y mujeres.

—¿Traes la noticia?—preguntó Lucrecia.

—La traigo.

—Venga al momento,—gritaron todos.

—¡Eh, poco a poco...! Yo traigo la noticia y es sumamente sensacional, pero primero he de beber.

—Eso es muy razonable,—dijo Urquiza presentándole una copa del espumante licor. Bebe.

—Bebe, pero habla,—dijo impaciente Carmela.

—Allá va la noticia.

—¿Es alegre?

—¿Es interesante?

—Callen las lindas cotorras.

—Pues que hable el loro,—dijo Carmela.

—Se trata de un antiguo conocido de muchos de los que aquí se hallan.

—¿Quién es él?

—¿Os acordáis del opulento vizconde de la Roca...?

Al oír este nombre, Raquel, que hasta entonces había mostrado un rostro sonriente, quedó súbitamente seria y una ligera palidez se presentó en su semblante.

—¿Qué le ha pasado al vizconde?,—preguntó el marqués del Robledal.

—A él nada, aunque pudiera haberle sucedido mucho.

—¿Entonces a quién?

—A su joven y linda esposa, que ha muerto trágicamente.

Ante estas palabras, el corazón de la judía sintió una impresión que fuera difícil definir: una mezcla de angustia y alegría que no podía explicarse.

—Veamos lo que sucedió,—dijeron Rosa, Emerinda y otros.

—Ya sabéis que el vizconde, una vez casado con su encantadora prima Laura, se estableció definitivamente en Londres, donde es sumamente considerado por su fortuna colosal, y por sus méritos personales.

—Adelante, y a lo ocurrido.

—Antes de ayer, precisamente, ocurrió la desgracia: el vizconde y su joven esposa habían salido en automóvil a visitar una de sus posesiones próximas, donde permanecieron hasta bien entrada la tarde. Se dispusieron a regresar, cuando ya comenzaba a oscurecer, y cerca ya de la ciudad, en una revuelta del camino, por una mala maniobra del «chauffeur», al tomar una vuelta, volcó el automóvil, que se precipitó por un terraplén, causando la muerte a la vizcondesa y al «chauffeur», resultando el vizconde ileso, por haber quedado enganchado en un arbusto en el momento de ser lanzado.

—¡Qué horror!

—¡Pobre vizcondesa!

—¡Pobre Raúl!—dijo Raquel.

—¿Qué os parece la noticia?

—Como sensacional lo es, pero no la más a propósito para sobremesa—objetó Rosa.

—Tiene su segunda parte.

—¿Cuál es ella?

—El cadáver de Laura de Arévalo, la infeliz vizcondesa, será traído a Madrid por disposición de su padre, que ha marchado a Londres a este fin, y se dice que el vizconde abandonará los negocios y se establecerá aquí definitivamente.

—Muy bien; ¿pero dónde has adquirido esas noticias tan detalladas y tan poco después de ocurrido el suceso?

—En el Senado. El secretario del vizconde dirigió ayer por la mañana un telegrama de

mucha extensión al Presidente de la Alta Cámara dándole detallada cuenta de lo ocurrido y rogándole preparase a don Alejandro, padre de la víctima, para recibir tan fatal noticia.

Hubo una pequeña pausa durante la cual todos los allí presentes quedaron un tanto entristecidos.

De pronto, el detonar de un tapón, llamó la atención de todos, y se fijaron en Federico Torremunt, que con el rostro congestionado y la palabra balbuciente, mostraba una botella, cuyo contenido se desbordaba sobre el mantel y decía:

—¡Qué demontre! ¡El muerto al hoyo, y el vivo al bollo! brindemos como hace poco decía mi noble y elocuente amigo el marqués, por estas lindas muchachas, por las hijas del champagne.

XXII

Un necio entre dos ladrones

Raquel Levy, rogó al marqués del Robledal que fuera a verla aquella noche.

Era muy avanzada la tarde cuando se despidieron la judía y Aurelia de Rosa, no pudiéndolo hacer de Federico porque éste había tenido que arrojarle sobre un diván con objeto de dormir la más indigna borrachera que puede suponerse.

Cuando arrancó el carruaje que conducía a la judía y a su amiga, exclamó aquélla:

—Gracias a Dios que estamos solas. Creí morir de angustia.

—¿Qué te pasa...?

—No oíste lo que refirió Miranda del vizconde de la Roca.

—Sí, ¿y qué...?

—Que el vizconde es el único hombre que reina en mi corazón. Cuando se casó, adorándole como le adoro, no pensé más que en su dicha, en que iba a ser feliz con aquella her-

mosa y buena criatura a quien unía su destino. Conseguí al cabo de algún tiempo si no olvidarle, pues esto es imposible, porque cada vez está más dentro de mi alma,irme acostumbrando a la idea de que nunca había de ser mío, de vivir para mí y no para otra alguna, puesto que su amor era de otra; de otra criatura más feliz que yo, y mucho más digna de ser amada por él, que es noble y caballero. Llegué hasta a acariciar la estúpida idea de ser marquesa, de unirme a esa canalla del Robledal, no por vanidad, sino por dignificarme y vivir retirada, conquistando la estimación de las personas honradas, pero ahora... ¡ahora no sé qué ideas bullen en mi cerebro, ni sé lo que he de hacer, y en fuerza de desear su amor, ni sé siquiera qué es lo que deseo...! ¡Oh, ahora Raúl es libre, es desgraciado...! ¡Necesita un alma que sepa identificarse con la suya, prodigarle los consuelos que precisa, desterrar de su corazón el pesar que le agobia. Esa persona quisiera ser yo; yo sabría mitigar su pena, y, quien sabe, acaso llegase a conseguir que comprendiera la inmensidad de la pasión que por él siento y su pecho generoso se apiadara de mi desventura, y me amase.

—¿Y por qué no había de ser así?—dijo Aurelia—siendo tú la más hermosa de las mujeres y teniendo tan noble corazón...

—Es muy difícil... pero ¡quién sabe...! ¡Quién sabe...!

—Tranquilízate, amiga mía.

—No es posible. Desde ahora mi vida será

un infierno, la tranquilidad huirá para siempre de mí...

Y sin poder contener la congoja que la oprimía, apoyó su soñadora cabeza en el hombro de su amiga y rompió en amargo lloro...

El coche se detuvo a la puerta del hotel, y la judía serenó el semblante y descendió con Aurelia, la que, después de prodigarle frases de afecto y consuelo, pasó a su domicilio y se puso a escribir una larga carta a Torrontegui rebotante de sinceras y apasionadas expresiones de amor.

Una hora después, el marqués de Robledal, se presentó ante Raquel, a quien dijo:

—Aquí me tienes a tus órdenes, encantadora tirana. ¿Para qué me deseas...?

—Para una obra de justicia...

—¿Que ha de ser ejecutada por mí...? Te advierto que lo justo me encocora...

—Se trata de una venganza; de castigar a un hombre.

—¿Te ha ofendido...?

—A mí no; a Aurelia, a quien sabes que amo sinceramente.

—Y esa persona. ¿A qué clase pertenece?

—Es millonario.

—Entonces le provocaré a un duelo...

—Es inútil, es tan cobarde como miserable... Además, no se trata de quitarle la vida, sino de arruinarle...

El marqués hizo un gesto de cómica sorpresa, y repuso:

—Comprende, querida mía, que para arruinar a un hombre, la más llamada es una mu-

jer, cómo te consta a ti, que tantas fortunas has hecho rodar... ¡En fin, veamos qué proyectos.

—La persona en cuestión, tú la conoces y hasta has conseguido ser de su especial predilección...

—¿Y es...?

—Federico Torremunt...

—¿Ese majadero...?

—Ese...

—¿Y qué quieres que haga?

—Como antes te he dicho, has logrado serle por demás agradable; ve en ti al hombre de mundo, y en tu título de marqués, el apoyo que necesita para codearse con la clase aristocrática. Pues bien, has de intimar lo necesario para tener sobre él el mayor ascendiente. Cuando esto suceda, le aconsejarás que no deje inactivo su dinero y lo comprometerás en arriesgadas jugadas de bolsa, hasta que llegue una que le deje en la miseria...

—Oh, eso es facilísimo...

—Y además de fácil, se presta a cualquier combinación para que las pérdidas de Torremunt se truequen en beneficios para ti...

El marqués sonrió maliciosamente.

—Tú siempre haciendo gala de tu claro ingenio, Raquel. ¿Y cómo supones que yo pueda arruinar a él aprovechándome yo?

—Jugando con dos barajas. Como tú has de ser quien maneje sus valores, no te será difícil ponerte de acuerdo con otra persona, para aprovechar una ocasión oportuna.

—Está bien; se hará lo que desees... Pero,

hablemos de otra cosa: supongo que no me negarás hospitalidad esta noche...

—Ay, amigo mío; me encuentro mal, muy mal: no sé qué tengo; el ajetreo de esta tarde... el champagne... ¡Perdóname que no acceda a tu demanda...!

—El caso es—dijo el marqués con estudiada turbación—que esta noche la voy a pasar en el mayor aburrimiento. Ayer jugué en el Casino de palabra y perdí...

Al oír esto Raquel, se levantó de su asiento y dirigiéndose a un artístico «secretaire», sacó diez billetes de mil pesetas y entregándolos al del Robledal le dijo con indiferencia:

—¿Tienes bastante...?

—Sí, hermosa mía, eres la más buena y encantadora de las mujeres.

Y guardando los billetes en su cartera abandonó a poco rato la casa de la judía.

Cuando ésta se vió libre de la presencia de aquel rufián de dorada alcurnia, hizo un gesto de repulsión y exclamó:

—¡Qué asco...! ¡Oh Raúl, Raúl, que pocos se parecen a ti!

Salió el marqués, y tomando un tranvía se dirigió a la Puerta del Sol, con intención de cenar en el «Inglés» y marchar luego al Casino.

Al llegar a la calle de Sevilla, encontró a Mario de Urquiza y a Federico Torremunt, este último aún no libre de los vapores del champagne, y uniéndose a ellos les invitó galantemente a cenar con él, siendo aceptado su ofrecimiento.

El marqués se colocó a la derecha de Federico, y Mario a la izquierda, marchando los tres de esta forma, hacia el «Inglés» donde se hicieron servir un delicado «menú».

Después de tomar café, fueron a la «última de «Apolo» y cuando salieron del teatro, el marqués propuso a sus amigos pasar un rato ante el tapete del «bacarrát».

Aceptada la proposición, marcharon al Casino, y cuando las tintas del nuevo día ponían en movimiento al pueblo trabajador, aquellos tres señoritos se retiraron a descansar medio borrachos, y con algunos miles de pesetas menos el infeliz Torremunt, en tanto que sus compañeros las llevaban de más.

XXIII

El alma en los labios

Toda la prensa madrileña se ocupó con extensión poco acostumbrada, de la llegada a la corte de los restos de la infortunada vizcondesa de la Roca, que fueron depositados en el suntuoso panteón de la familia de Arévalo.

Los periódicos ilustrados insertaron el último retrato de la malograda joven, y los cronistas de salones ensalzaron en artículos necrológicos, las infinitas virtudes de la finada, prodigando las frases de consuelo para el padre y el marido, quienes, al decir de sus amigos, se hallaban sumidos en el pesar más profundo.

El acto de la conducción del cadáver desde la estación a la última morada constituyó una severa e imponente manifestación de duelo, pues tanto don Alejandro como Raúl contaban con la estimación de todo el gran mundo, no sólo por lo respetable de sus fortunas, sino

por la honorabilidad de sus personas, de todas queridos y respetados.

Cuando todo hubo terminado, cuando la muerta fué encerrada para siempre en el fúnebre palacete que constituía el panteón de familia, los vivos se retiraron a sus casas con el alma contristada y procurando consolarse mutuamente; don Alejandro a Raúl y éste a su tío.

Aunque Raúl tenía casa en Madrid, fué a vivir de momento con el señor de Arévalo con objeto de no ver los muchos objetos que a cada instante le recordaban los días felices de su boda.

Pasados los de duelo, el vizconde sólo salía a dar unas vueltas en carruaje que guiaba él mismo, pero siempre por sitios separados; unas veces por la Moncloa, otras por la Casa de Campo.

Una vez a la semana se dirigía al cementerio, donde, con sincero dolor, contemplaba el reducido lugar donde yacían los restos de aquella linda e infeliz criatura que había llegado a hacerle conocer la felicidad verdadera, y tras de orar brevemente, volvía a casa de su tío con quien cenaba, y conversaba, siempre sobre el mismo asunto; sobre la desgracia que les hería por igual a ambos.

Dos meses después, mandó transformar su casa, despojándola del encanto que antes tenía y dándole un aspecto de seriedad que correspondía perfectamente al estado de su espíritu.

En ella recibía a sus amigos más íntimos,

teniendo siempre a su mesa a varios de ellos, con objeto de distraer el pesar que le atenazaba el corazón.

Su administrador tenía orden expresa de atender a cuantos desgraciados llegasen a demandar un socorro, viéndose por esta causa el pobre señor en un constante asedio por centenares de infelices que acudían a la casa ante la magnanimidad de su propietario.

Una mañana, acababa Raúl de abandonar el lecho, y su ayuda de cámara se presentó diciéndole que una señora enlutada deseaba hablarle.

—¿Te ha dicho quién es?

—No, señor.

—Pregúntaselo, y si comprendes que es para pedir alguna cosa, la acompañas al despacho del señor Administrador y le dices que la atienda...

—Perdone el señor vizconde; le he preguntado su nombre y se ha negado a dármelo. Entonces le he dicho que no podía pasar recado al señorito, ante lo cual, me ha manifestado muy nerviosamente que cumpliese con mi obligación, porque si no, entraría ella misma...

El vizconde quedó sorprendido, y una idea cruzó por su mente.

Tras alguna vacilación, ordenó al criado:

—Dile que no puedo recibirla...

—Es inútil—dijo una voz de mujer, apareciendo en la puerta la que acababa de pronunciar estas palabras.

Iba vestida de negro y un tupido velo encubría su semblante.

No obstante, Raúl la reconoció por la voz y tendiéndola ambas manos adelantando hacia ella, exclamó:

—¡Raquel!

—Raquel, sí; que viene a compartir tu dolor.

El vizconde hizo señas al criado para que se retirase y conduciendo a la hermosa visitante a un diván la preguntó:

—¿A qué has venido?

—A consolarte.

—En verdad que en mi dolor necesito de personas que me amen, y tú, pobre amiga mía, me tienes dadas repetidas pruebas de afecto, pero...

—¿Qué?—preguntó Raquel.

—Cuando nos vimos por última vez antes de marchar yo a Inglaterra, te dirigí un ruego, más que como amigo, como hermano.

La hermosa joven bajó el rostro con turbación.

—Te rogué con anhelo, con ansia, de que me complacieras, que dejases tu vida de locuras, que fueses buena, que te hicieras digna... (1).

—Pero ¿es que acaso ignoras tú el infierno que dejaste en mi alma? ¿Pudiste presumir que había de resignarme a perderte para siempre y a ser buena?... ¡Buena yo, que fui mala

(1) Léase «Las obreras del amor».

para todos, para todos menos para ti, yo que gustosa me hubiera sacrificado a vivir en el lugar que tú hubieses dispuesto, lejos del mundo y de los hombres con la sola condición de ser amada por ti, aunque nunca nuestros cuerpos se hubiesen puesto en contacto; buena yo cuando te vi alejarte en brazos de otra criatura que te me robaba para siempre!... ¡Oh, al contrario! ¡mala, peor que nunca, pecadora en verdad!...

—¡Oh, calla, calla. Me hace daño oírte así!...

—Hoy vengo a ti de nuevo, dispuesta a redimirme, a olvidar el pasado, a ser buena en suma, sin que a ello me estimule la esperanza de tu amor, me bastará con que no ames a otra...

—De eso está bien segura, mi corazón que tanto tiempo estuvo enfermo, está ya muerto del todo...

—Pues bien, con tal que no resucite... para otra, yo seré siempre tu esclava!... Yo sabré transformarme, convertirme en algo diferente de lo que he sido, abandonar todo...

—Sin embargo, tienes un amante...

—¿El marqués? ¿Ese canalla que hasta se presta a ser mi esposo?...

Raúl no pudo dominar su extrañeza.

—Sí; quería hacerme su mujer para ser dueño de mi fortuna.

—¿Y no has aceptado?

—Pensé aceptar, no por loca vanidad y ostentar un título que su poseedor deshonra,

sino porque como en esta vida de miserias todo es convencional, al ser casada y noble, hubiese alcanzado la consideración de las gentes sencillas, y me hubiera buscado un humilde retiro donde terminar mis días pidiendo a Dios perdón de mis culpas y purificando mi alma con el recuerdo tuyo, que hiciste que comprendiera lo grande y lo sublime que es sentir un amor puro y honrado.

—Pero ahora...

—Ahora y siempre es tiempo de emprender la senda del bien y del arrepentimiento:..

—¡Si Dios te escuchara, Raquel!...

—El me ha oído... Ahora, adiós, Raúl querido; acaso tardes algo en saber de mí, pero cuando lo sepas podré volver a verte con la frente levantada, pues estaré redimida de pasados extravíos.

—Adiós, pues—dijo el vizconde visiblemente emocionado—y ten en cuenta que siempre te quise, pero que si cumples tu promesa, mi cariño hacia ti será aún mayor y te lo demostraré sin reserva.

Raquel parecía transfigurada. Su rostro siempre hermoso y sugestivo se hallaba cubierto de vivo carmín y de sus ojos inmensos destellaba un fuego de pasión, que electrizaba al vizconde.

De pronto la judía avanzó hasta Raúl y cogiéndole con sus diminutas y enguantadas manos la varonil cabeza, depositó en sus labios un beso casto... inmenso, que fué correspondido con otro del vizconde.

Ante esta inesperada caricia del objeto de su amor, Raquel creyó morir de júbilo, y mirándole con arrobo indescriptible le dijo:

—¡Me has besado!... ¡Que Dios te lo pague, Raúl de mi alma!

Y sin esperar respuesta alguna salió del despacho del vizconde dejando a éste en un estado de aturdimiento tal, que le impidió formarse exacta idea de lo que le pasaba.

Había besado a Raquel; y al besarla, sintió cómo el pecho se le dilataba, como una dulce sensación corría todo su ser, y al propio tiempo, una especie de rubor, de apocamiento, que le impidió contestar las últimas palabras de Raquel.

¿Sería acaso que empezase a amarla?... ¡Y en tan críticos instantes, reciente la muerte de Laura!...

Raúl desechó esta idea, por absurda, y con objeto de distraer su imaginación, se vistió y salió a dar un paseo a caballo.

Después de dar varias vueltas por calles y paseos, se encontró inconscientemente frente al hotel de la judía, y por extraña coincidencia, en el preciso instante, ésta se asomaba al mirador.

Al ver frente a ella a Raúl sintióse morir de dicha y le dirigió un saludo, en tanto que el vizconde picaba espuela y se alejaba al galope de su caballo, sumamente contrariado porque la hermosa le hubiera visto pasar frente a su casa.

Por la tarde fué al Casino y aunque pro-

curó distraerse conversando y jugando, la imagen de Raquel estaba fija en su mente sin poderla desterrar un momento.

Al siguiente día marchó a París, con gran sorpresa de su tío y de todos sus servidores. Aquello parecía una fuga.

XXIV

Dos buenas alhajas

En los círculos bursátiles se hablaba con apasionamiento de la inesperada baja que habían experimentado ciertos valores, achacándolo a una atrevida combinación de algunos agiotistas, que habían simulado una agitación política en varias poblaciones del Norte.

Esta baja fué tan considerable, que llevó a la ruina a muchos negociantes de buena fe, en tanto otros que estaban reputados como prácticos en estos manejos y que siempre jugaban sobre seguro, hicieron un buen negocio, robusteciendo esto la creencia de que se debía a un plan hábilmente concebido y realizado.

Se hablaba de un joven catalán, heredero de un opulento fabricante, recientemente fallecido, que había arriesgado la mayor parte

de su fortuna, sufriendo una pérdida de seis millones de pesetas.

En efecto, la víctima de esa gran ruleta nacional, había sido Federico Toremunt, quien además de este quebranto, que le privó de más de la mitad de su fortuna, tenía casi agotada la otra parte a causa de las cantidades que había ido entregando a Mario de Urquiza, y a los derroches que hacía Rosa, su querida, la cual se presentaba con un tren fastuoso, en todos los lugares donde se hace ostentación y se brilla.

Nuestros lectores recordarán que el marqués del Robledal había invitado a Mario y Federico a cenar con él, y luego a jugar al «baccarat» en el Casino donde el incauto Federico «perdió», además del poco sentido que le quedaba, a causa del abuso del «cognac», unos cuantos miles de pesetas que los otros ganaron.

Al siguiente día, se presentó el marqués del Robledal en casa de Torremunt, que le había invitado a comer con él y con Mario.

Sólo halló a Mario, pues Federico Torremunt había pasado muy mala noche, o muy mala mañana, mejor dicho, pues se acostó de día, y aquella era la hora en que aún no había dado cuenta de su persona, a pesar de habersele llamado repetidas veces.

Urquiza trató de disculpar a su amigo, pero el marqués del Robledal le interrumpió diciéndole:

—Me alegro infinito de que duerma por

que tú y yo tenemos que hablar reservadamente.

—Me tienes a tus órdenes.

—Pues pasemos al despacho y procura que nuestras palabras no lleguen a ser oídas de nadie.

Así lo hicieron, y cuando el marqués estuvo persuadido de que podía hablar con entera libertad se arrellanó en una butaca frente a la mesa, ocupando Mario el sillón de la misma.

Sacó de la petaca dos exquisitos vegueros y encendiendo pausadamente el suyo, y después de dejar vagar la mirada por las azuladas espirales que producía el humo, como quien está meditando lo que debe decir, comenzó del siguiente modo:

—Querido Mario; sabes que nos conocemos de tiempo; desde la niñez, cuando estudiábamos juntos. Ya en clase, éramos los más traviesos y avispados costándonos en algunas ocasiones, nuestros rasgos de ingenio, varios días de calabozo...

Mario le escuchaba sonriendo, pero se notaba en su rostro las muestras inequívocas de una creciente inquietud.

Conocía al marqués bien a fondo y le constaba que era un hombre de gran osadía y sumamente enérgico, y por esto quería saber a qué se encaminaba aquel exordio de su amigo.

Anoche, en el Casino—siguió el del Robledal,—después de haber apurado varias copas de coñac, recordarás lo que me dijiste de

tu «entrañable» amigo Torremunt... ¡Qué era un idiota! ¿Verdad...? A continuación agregaste, debido a la confianza que conmigo tienes, y al conocimiento común de todas nuestras ligerezas y extravíos, que lo soportabas porque era tu editor responsable y porque tenías «una misión que cumplir»... No me dijiste qué misión era, pero yo la sé: la de arruinarle...

Urquiza hizo un signo de sorpresa, pero recapacitando exclamó:

—Ya sé de dónde parte el tiro... Raquel...

—Raquel, sí; no ignoras que es mi amante, y por tanto me ha iniciado en el secreto.

—¿Y bien?—dijo Mario impaciente.

—Y bien: tu labor es muy lenta y conviene precipitarla, y más siendo tú en esto el mayor interesado, dado el amor que por Aurelia demuestras.

—En efecto.

—Para este fin, y con objeto de terminar lo más pronto posible, vengo a asociarme contigo, debiendo tú para ello cederme la dirección del «negocio».

—No tengo inconveniente, siempre que la cosa quede entre los dos.

—Eso desde luego.

—Pues dispón lo conveniente. Confío en tu energía y en tu ingenio.

—Cualidades que por igual a ti te adornan, Urquiza, y por tanto somos dos preciosos elementos para la consecución de los fines deseados.

—Entonces manos a la obra.

—Esta tarde, durante la comida, yo le haré ver la conveniencia de multiplicar su fortuna; para ello le prepondré grandes jugadas de bolsa.

—Comprendido.

—Lo demás corre de mi cuenta. Tú, como su consejero, apruebas mi proposición y le haces mil elogios de mis conocimientos financieros, proponiéndole que delegue en mí para verificar las operaciones...

—Se hará así—repuso Mario Urquiza.

—Cuando se me dirija con esta pretensión, yo rehusaré resueltamente, alegando la responsabilidad que asumo, el remordimiento que torturaría mi alma, si le ocurriese algún quebranto, etc., etc... pero tú le obligarás a que insista y por fin «me dejaré convencer»... aunque a regañadientes...

—No puedes negar tus brillantes condiciones para la diplomacia, marqués.

—¿Estamos conformes? —preguntó el del Robledal sin hacer caso del elogio de su amigo.

—Conformes.

—Entonces, procura sacarle por tu cuenta cuanto puedas, puesto que antes de quince días tendrá que buscar una plaza de hortera para poder vivir...

—¿Tan limpio quedará?...

—Así lo exigen. Además, adonde yo no llegue, llegaréis Rosa y tú...

—Mario de Urquiza soltó una carcajada, y

levantándose del sillón invitó al marqués a pasar al comedor, donde poco después se presentó Federico, libre ya de la indisposición que le aquejaba.

Recibió al marqués con efusivas muestras de afecto, viendo en él al ilustre prócer que había de abrirle las puertas de los más aristocráticos salones, y no cesando un instante durante la comida, de celebrar sus chistes y su cultura, aprobando todo cuanto se le ocurría decir, con esa pasividad de todo pobre de espíritu y de ingenio.

Llegó el momento preparado, y el marqués, con tono de protector, empezó a reprenderle la vida de disipación a que se entregaba, sin pensar para nada en que el dinero se agota, si no se le hace producir.

—Yo tengo una buena renta en fincas y valores públicos y por tanto nada temo—repuso Torremunt.

—Pero gasta usted tres veces más de lo que le produce su dinero.

—¿Y ese mal, tiene remedio?

—Claro que hay remedio.

—Veamos cuál.

—No resignarse a cobrar un módico interés, sino lanzarse en grandes operaciones, en las que las ganancias se sumen por millones... En bolsa, por ejemplo... Yo he rehecho tres veces mi agotada fortuna en jugadas temerarias, pero que siempre fueron coronadas por el éxito...

—Para eso se necesitan condiciones especiales.

—Para eso basta con tener corazón... y querer ser rico.

Así siguió un rato la conversación hasta que el marqués se despidió de sus amigos.

Mario, con arreglo a lo pactado, desarrolló todo el plan propuesto, y dejó a Torremunt, completamente decidido a comisionar al marqués, para que le hiciera producir su fortuna.

—Ahora me marchó a ver a Rosa—dijo Federico.

—En hora buena; pero antes me habrás de dispensar un favor.

—Dí lo que quieras.

—Repetidas veces has puesto a mi disposición tu fortuna.

—Y la vuelvo a poner en este instante.

—Gracias mil, querido amigo. No preciso tu fortuna, pero sí un poco... algo *desarrollado*.

—Pide.

—Me he convencido de que si no empleo el oro como elemento auxiliar para persuadir a Aurelia, nunca llegaré al límite de mis aspiraciones.

—Eso es cosa sabida.

—Pues bien; quiero mandarle joyas de valor, hacer alarde de riqueza, convencerla, en suma, de que soy rico, y una vez conseguido mi objeto, no me importa que se desengañe.

—Y bien; ¿cuánto necesitas por el pronto?

—Yo creo que con ciento cincuenta mil pesetas...

—Esta tarde las tendrás, veré a mi banquero.

—Oh, gracias, gracias, Federico, te deberé más que la vida: te deberé la felicidad.

—¿Somos o no somos amigos?—dijo Torremunt en tono petulante.

—¡Amigos hasta la muerte!

Y aquel Judas moderno abrazó a Torremunt con entusiasmo, pensando en que, por mal que fueran las cosas, él contaba ya con elementos para poder resistir, sin pensar en que aquel infeliz, aunque necio y sin conciencia, no era merecedor de que lo traicionara tan villanamente.

XXV

MATERIA Y ALMA

El vizconde de la Roca, desde su llegada a París, procuró, por todos los medios posibles, desterrar el recuerdo de Raquel, de aquella mujer extraordinaria, que tantas y tan repetidas pruebas le tenía dadas de afecto inquebrantable, de aquella hembra de hermosura arrolladora que tantas pasiones había encendido y de la que él, hasta entonces, había sabido precaverse.

Tal impresión había causado en su alma aquella visita que la judía le hizo en su casa de Madrid para reiterarle sus protestas de cariño, que paulatinamente se había ido borrando de su mente el recuerdo de su querida Laura, de la dulce compañera que le arrebató la muerte.

Cuando consideraba esto, su conciencia se revolvía airada, y se conceptuaba un mónstruo de ingratitud, pero inmediatamente la imagen de Raquel se le aparecía, palpitante de amor, ofreciéndole tesoros de placer carnal y ternuras

infinitas, y entonces cerraba los ojos y se sentía desfallecer ante un sin fin de encontradas sensaciones.

En vano trataba de aturdirse entre el bullicio y los placeres.

Lo que no había hecho desde el principio de su juventud, lo puso entonces de nuevo en práctica para saciar la materia y apagar los sentimientos.

Las más hermosas mujeres del mundo del amor no fueron suficientes a hacerle olvidar la avasalladora hermosura de la judía; el ajeno y el *champagne*, en vez de llevar a su espíritu la alegría de que tanto precisaba, le sumían en un estado de melancolía terrible que hasta le hacían concebir la idea del suicidio.

Tras largas vacilaciones, después de resistirse tenazmente a aceptar el convencimiento, de que lo que sentía por Raquel era una pasión avasalladora, tuvo que rendirse y reconocer que la adoraba, que ella sola era quien podía devolverle la calma y hacerle conocer la felicidad que tanto se alejaba de él y que consideraba perdida para siempre.

¡Oh, si Raquel hubiera sido una mujer honrada!

Pero si no lo había sido, ¿quién había tenido la culpa?... ¿La fatalidad o sus instintos?

Esto no; porque la judía tenía un alma grande y generosa, dispuesta a llevar a cabo los mayores sacrificios, las mayores abnegaciones...

Pensando así, se iba decidiendo a llamarla a su lado, a entregarse a ella, a rendirse a su

destino, como único medio de salir de aquel infierno en que vivía sin placeres y sin dichas, y cuando ya se disponía a llevar a la práctica, para él salvadora, esta resolución, una noticia inesperada le hizo desistir de ello, al propio tiempo que le dejaba en un estado aún más angustioso y lleno de terrible desesperación.

Los corresponsales que la prensa parisiense tiene en Madrid, remitieron a sus respectivos periódicos una amplia información, sobre un dramático suceso ocurrido en la corte, en el cual habían intervenido aristocráticas personalidades, tan conocidas en Francia como en España.

Un diario de los de más circulación, refería lo sucedido en la siguiente forma:

«Se ha registrado en Madrid un dramático suceso que ha tenido por desenlace la muerte de un título, muy conocido en París, donde residió algunas temporadas».

«Según lo que hasta ahora ha podido ponerse en claro, parece ser que el interfecto tenía por amante a una hermosísima mujer, cuya fama ha corrido el mundo entero, no sólo por sus encantos, sino por haber sido causa de varias ruinas, de algunos desafíos, y del suicidio de un lord inglés, que al verse abandonado por ella, se levantó la tapa de los sesos».

«Los encantos de la hermosa harían nacer los celos en el alma de su nueva víctima, el que olvidándose de su elevada alcurnia, había descendido por ella a realizar actos censura-

bles, recordándose todavía en los círculos aristocráticos el escándalo que dió en vida de su esposa la opulenta americana Alicia de Peterson».

«Al obscurecer, en pleno Recoletós, cuando aun muchas personas paseaban por los jardines, se oyó una fuerte detonación, que causó la alarma, carreras y sustos consiguientes».

«Los más valerosos partieron en dirección al lugar donde había sonado el tiro, y encontraron, con la sorpresa consiguiente, el cadáver de un caballero elegantemente vestido que yacía en tierra sobre un extenso charco de sangre».

«El muerto resultó ser el marqués de Robledal, ignorándose hasta la hora presente quién pudo ser su matador, el cual, al decir de algunos testigos, se puso en fuga sin que llegara a ser reconocido».

«El juzgado ha tomado declaración a la amante del marqués, y según se nos dice, debido a las indicaciones de aquélla, parece ser que no tardará mucho en caer en poder de la justicia el asesino, el cual acaso resulte un aristocrático joven también muy conocido en París».

El vizconde quedó pensativo después de leer lo transcrito y una duda cruel se apoderó de su alma.

¿Sería Raquel tan miserable que hubiera pagado a un asesino para desembarazarse del marqués?...

¡ Eso era imposible !... Era demasiado altiva,

demasiado noble para descender a tan ruín extremo...

¿Tendría otro amante?... Esto revestía más caracteres de verosimilitud.

En estas dudas se hallaba, cuando su mayordomo, un antiguo servidor de la casa, que le había visto nacer, entró con una carta y dijo:

—Señorito...

Raúl procuró disimular la turbación de su rostro, y con acento casi jovial preguntó:

—¿Qué hay, abuelo?...

—Una cosa un poco extraña.

—Tú dirás.

—He recibido una carta dirigida a mí, y dentro de ella esta otra para el señor vizconde.

—A ver...

—A mí, en esta esquila, se me ruega la entregue en propia mano y con urgencia, pues se trata de un asunto trascendental para el señor.

—No sé lo que pueda ser...

El vizconde recorrió con los ojos las pocas líneas que contenía aquel escrito y leyó:

«Se ruega al señor vizconde de la Roca que esta tarde vaya al bosque, donde una persona le aguardará, ocupando ésta un cuarto reservado en el restaurant de Madrid».

«Se trata de una cuestión importantísima, y se confía en la caballerosidad del señor vizconde para que no deje de concurrir a la cita».

La carta no contenía firma alguna y la letra, trazada con mano firme, no era conocida para Raúl.

—¿Se refiere a algo desagradable?—preguntó el mayordomo, temeroso de su indiscreción.

—No, mi querido Pablo; al contrario. Esto es alguna aventurilla...

—¡Enhorabuena!... ¡Eso conviene al señorito; distraerse, olvidar las penas, ahogarse en placer!...

—Tienes razón, mi viejo amigo, las penas dan un tormento horrible... ¡Ahoguémoslas en placer!

El criado salió y el vizconde se dispuso a acudir a la misteriosa cita.

XXVI

Lo que está escrito

El Bosque de Bolougne, presentaba el animado aspecto de costumbre.

Infinidad de lujosos trenes conducían a las bellezas de más fama, lo mismo del gran mundo que del mundo aventurero.

Por las proximidades del lago paseaba el vizconde de la Roca, pensando en dirigirse al restâurant «Madrid», donde había de encontrar a la desconocida persona que tan misteriosamente le citaba.

Cuando pensaba dirigir los caballos que distraidamente guiaba hacia el lugar indicado, oyó un voz conocida que le llamaba por su nombre.

Volvió el rostro, sorprendido y vió a Renato de Torrontegui que descendiendo de un ligero *charret* se disponía a ocupar un puesto a su lado, lo que causó alguna contrariedad al joven aristócrata, temiendo que la compañía

de su amigo le retardara el conocer a la anónima que le citaba.

Con todo, refrenó los caballos y tendiendo cariñosamente la mano a Torrontegui le dijo:

—También tú abandonas los brazos de tu encantadora Aurelia para lanzarte en el torbellino parisién.

—Estás en un error, querido amigo: vengo a París huyendo de las habladurías y por arrancar a Aurelia de la curiosidad que ha despertado, a causa de la persecución de que la hacía objeto un miserable, que ha acabado por ser un asesino.

—¿Qué quieres decir?...

—Muchas cosas que supongo escucharás con interés. Vamos al restaurant Madrid y charlaremos.

—No, a *Madrid* no; hablemos paseando.

—Como quieras—dijo Torrontegui ordenando al *groom* que siguiera con el *charret*, tras el vizconde y añadió:

—Supongo que estarás enterado por los relatos que han hecho los periódicos, del desastroso fin que ha tenido el marqués del Robledal...

—Acabo de leerlo por casualidad en un periódico atrasado...

—Entonces no conocerás las últimas noticias...

—En efecto, las ignoro...

—Pues yo te las daré completas, puesto que sé al detalle lo que para todos es y seguirá siendo un misterio... No ignoras que adoro a Aurelia, porque aparte de sus encantos, es un

ángel de bondad y merece no sólo mi cariño, sino mi mayor respeto y el respeto de todas las personas honradas... Aurelia fué víctima de un canalla que, aprovechándose de la agonia de su pobre padre, deshonoró su cuerpo a cambio de lo que la infeliz necesitaba para salvar la existencia del autor de sus días.

—Ignoraba eso.

—Es una historia larga y luctuosa, que conocerás en otra ocasión con todos sus detalles... Te diré lo más esencial: el sacrificio de la virgen resultó inútil, puesto que el infeliz anciano expiró, llevándose a la tumba el terrible convencimiento de la deshonra de su nombre, digno e inmaculado hasta entonces. Para mayor escarnio de la desgracia de la atribulada hija, al mismo tiempo que se vió huérfana e impura, se halló casi rica a causa de la terminación de un largo pleito que habían venido sosteniendo y que los condujo a la miseria más extrema. Ante esto, la joven juró vengarse del autor de su desgracia y se trasladó a Madrid con su pequeña fortuna, haciendo una vida ejemplar. Por este tiempo fué cuando la conocí y me enamoré locamente de ella, proponiéndole que aceptara mi mano, que ella rehusó resueltamente, pues no pudo olvidar los honrados impulsos de su noble origen. Me confesó cuanto le había ocurrido y agradecida a mi amor y a mis buenos fines, y amándome como yo la amaba, se arrojó en mis brazos y aceptó ser mi amante. Durante nuestras relaciones, casi idílicas, el amor no ha cesado de batir sus alas sobre nosotros,

y ni el menor motivo de queja he llegado a tener de ella, que sólo ha vivido consagrada a hacerme todo lo feliz que ha podido...

—Dichoso tú—dijo el vizconde lanzando un profundo suspiro...

—Y ahora entra lo interesante — prosiguió Torrontegui.—Aurelia en medio de su espiritualidad, de su carácter dulce y bondadoso, tiene un corazón de acero y una altivez, que la acredita. Debido a esto, la idea de la venganza no desapareció de su mente hasta que al fin la vió lograda.

Su seductor, llamémosle así, tuvo la desgracia de heredar los millones que su padre reunió a fuerza de afanes, trabajos y economías, y viéndose libre y poderoso, tuvo la mala ocurrencia de presentarse en la corte, con ánimo de conquistar un puesto en el gran mundo. Para esto tomó como asesor, como director de todos los actos de su vida, a ese canalla de Mario de Urquiza, a quien yo habría tras-pasado el pecho de una estocada si la justicia no me hubiese ahorrado ese trabajo.

—¡Cómo! ¿Está preso?

—Y convicto y confeso de haber matado al marqués por cuestión de intereses, cuando en realidad fué porque éste no se dejaba robar... pero no anticipemos los acontecimientos.

—Tiene razón; prosigue que es bastante interesante...

Entre Aurelia y Raquel formaron un plan de venganza.

Al oír el nombre de la judía el vizconde sintió un estremecimiento en el corazón.

—¿También ha intervenido Raquel?—preguntó intrigado.

—Sí. Raquel con esa sutileza que tanto la caracteriza y ese talento tan extraordinario, ha sido la directora de todo.

—Continúa, continúa...

—Las dos mujeres, con plena ignorancia mía, aprovecharon la ocasión de estar Mario apasionado de Aurelia y le hicieron el ejecutor de sus vengativos planes. Urquiza en poco tiempo, llevó casi a la ruina a su necio amigo, y el marqués del Robledal, instruido por Raquel, le arruinó del todo, en provecho suyo. Conseguido esto, el miserable traidor recabó de Aurelia que correspondiese a sus afanes, pero ésta, sabiendo que no tenía fortuna, tomó esto por pretexto y lo desahució diciéndole que ella necesitaba mucho oro, y que por tanto no podía aceptarle. Entonces Mario, viéndose sin el filón que hasta entonces había tenido en Torremunt, y contando sólo con algunos miles de duros, buscó al de Robledal y le exigió que partiera con él lo que había ganado a causa de la ruina del otro, y como éste se negara a ello, y le despreciara cuando le propuso un lance, sintió un vértigo de locura y le partió el corazón de un balazo como hubiera hecho el más vulgar de los matones de oficio.

—Pero a Raquel y a Aurelia ¿no las han molestado?...

—A Raquel un poco; la han tomado declaración por fórmula: en cuanto a Aurelia, como nadie conoce la verdad, nadie se ha dirigido a ella. Por este motivo me la he traído aquí, por

si ese miserable intentara sacar su nombre a relucir, aunque como no hay prueba alguna, no puede hacérsele el menor cargo.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—Ya conoces mi modo de pensar; soy demócrata como lo fué mi padre; veo las cosas bajo el prisma que deben mirarse y abomino de todo lo convencional y todo lo fingido. El mundo, ese que han dado en llamar gran mundo, siendo tan pequeño, me tiene completamente sin cuidado: el mismo caso hago de sus elogios que de sus anatemas...

—Pero... ¿a dónde vas a parar?

—A esto sencillamente: dado el amor que siento por mi adorada Aurelia, comprendiendo que sin ella la vida me sería imposible, he resuelto hacerla mi legítima mujer...

—Pero ¿hablas en serio?...

—Con toda la sinceridad de mi alma... ¿acaso censuras mi proceder?...

—Yo no puedo censurar ningún impulso honrado y eso te agranda a mis ojos...

—Gracias, querido mío.

—Te deseo una eterna felicidad y que el amor siempre anide en tu pecho... ¡qué hermoso es amar!

—Y tú... ¿por qué no amas?

—¿Yo?... ¿A quién?...

—Raquel te adora...

—Sí, pero su vida...

—Chico, para ser feliz, hay que ser un poco filósofo. Figúrate que te casas con una viuda; entonces aceptas a una mujer que cedió a otro las primicias de su cuerpo y de su alma. Si

eso es cierto, ¿por qué pones reparo en tener por amante a una hermosa, que cedió su cuerpo, pero que su alma toda, las ternuras de su cariño, no fueron para nadie y sólo a ti las consagra?...

El vizconde se hallaba visiblemente emocionado y queriendo cortar aquella conversación, contestó:

—En fin, no hablemos de esto; y ahora te ruego que me permitas retirarme, pues tengo que acudir a una cita.

—Queda con Dios y hasta mañana.

—Vente a comer.

—Me arañarían...

—Entonces, como quieras.

Tras estas palabras, Torrontegui ocupó su charret, y el vizconde fustigó sus caballos que arrancaron a un vigoroso trote en tanto su dueño se decía:

—Tiene razón Renato; la vida sin amor es un tormento y yo amo a Raquel. ¡No hay remedio! se ha de cumplir el destino, puesto que así estaría escrito.

XXVII

REDIMIDA

El vizconde de la Roca llegó a *Madrid* y confiando las riendas a su caballo entró resueltamente en el célebre restaurant.

Inmediatamente se le acercó un camarero, y con la respetuosidad que saben tener a los poderosos, dijo al joven aristócrata:

—Si no me equivoco, el señor debe ser un caballero a quien aguardan...

—Pudiera ser—dijo el vizconde.

—¿El nombre del señor?...

—El vizconde de la Roca.

—Entonces tenga la bondad de permitir que le acompañe...

—Ve delante.

Llegaron a la puerta de un gabinete reservado y señalando con el dedo, dijo el mozo:

—Aquí es.

—Está bien; puedes retirarte.

—A las órdenes del señor...

El vizconde empujó la puerta y no bien hubo

entrado, sintió que unos brazos femeniles rodeaban su cuello y unos labios temblorosos y perfumados se posaban en su boca.

—¡Raqué!... ¡Me lo presumía!

—Raquel que viene a ti, que eres su vida; Raquel, que se arrancará la existencia si de nuevo la rechaza... ¿Por qué huyes de mí?... ¿Tan odiosa he llegado a serte?...

—¡Oh, no digas semejante desatino!... ¿Tú serme odiosa?

—Entonces, ¿por qué procuras alejarte de mi lado?

—¿Lo sé yo acaso?... Hay algo en mi pecho que no sé explicarlo... Yo te amo, Raquel; te amo acaso más de lo que pudieras imaginarte; pero a pesar de esto me infundes no sé qué vago temor, algo así como si presintiera que tú habías de ser quien labrara mi desdicha.

—Injusto eres conmigo. ¡Labrar yo tu desdicha, cuando por ahorrarte el más leve pesar derramaría gustosa hasta la última gota de mi sangre; yo que sería tu esclava más rendida sin más voluntad que tu deseo ni más alegría que las alegrías tuyas!... ¡Yo que aún vivo... porque no he perdido la esperanza de que te compadezcas de mí y me concedas un poco de cariño, con el cual me creería redimida de todos mis pasados extravíos!...

Había tal acento de sinceridad en las palabras de aquella hermosa, tan sublime manifestación de verdad en sus ojos, que el vizconde la estrechó apasionado entre su pecho y besando sus ojos, aquellos ojazos negros y brillantes, que humedecían la emoción y hacían

fulgurar los anhelos de amor, le dijo vacilante y como si temiera soltar aquellas palabras que había de constituir un eterno compromiso:

—Raquel adorada; eres una mujer admirable... Sí, tienes razón; basta de luchar. Me he convencido de que te amo, acaso como no amé en la vida, pues en mí, tú despiertas, aparte del deseo de amar, los más ardientes anhelos de goces sin fin, que nunca había yo sentido... Tu hermosura esplendente, que siempre admiré rendido, me ha hecho comprender que en ti se encierra la dicha... ¡Quiero ser pues dichoso! Raquel mía, ¿me amarás eternamente...?

—Hasta el instante de exhalar el postrer suspiro...

Y cayendo a los pies del vizconde se los cubrió de besos y lágrimas.

—¡Oh, gracias, gracias; amor mío!...—exclamaba entre sollozos.

—Levanta: ese no es tu sitio, tu lugar está aquí, contra mi pecho, en mi corazón—y estrechándose ambos jóvenes, quedaron unidos largo tiempo por el más dulce lazo, por el lazo del amor.

El vizconde condujo a la judía hacia un diván y sentándose a su lado y conservando entre las suyas las manos de su amante, la dijo:

—Hace unos momentos me conceptuaba el más infortunado de los mortales; estaba plenamente convencido de que la dicha nunca endulzaría mi existencia, y pensando en mis torturas, y abrumado por tu recuerdo, cada vez más constante, más tenaz en presentarte ante

mis ojos como la mujer galante, como pecadora de oficio, acaricié la idea del suicidio, como solución única a mi fiero padecer. La Providencia, sin duda, puso en mi camino a un hombre de bien, a una persona de corazón, que despreciando rancios convencionalismos de este mundo de hipócritas y farsantes, me enseñó la conducta que se debe seguir para llegar a ser dichoso... Y tiene razón: ¡la vida es el amor!... pues vivamos para él, Raquel de mi vida...

La judía miraba a su ya seguro amante con ternura infinita, con arrobos nunca experimentados y aquellas palabras llegaban a sus oídos como una música celestial que dilataba su pecho y embriagaba sus sentidos.

—Mi amada, mi vida—prosiguió el vizconde—tú serás desde hoy mi compañera; el mundo te creará mi amante, pero el mundo vivirá en un eterno engaño; serás mi amante, sí, porque te amaré con loca idolatría, pero serás algo más, serás la mitad de mi vida, el complemento de mi alma, el solo objeto a quien dedique mis afanes. Raquel la cortesana murió; hoy surge la vizcondesa de la Roca.

—¿Qué dices?,—exclamó la judía con una mezcla de espanto y alegría infinitas.

—Que serás mi mujer... Nos iremos lejos de España, de Europa; a cualquier rincón del mundo en que exista un sacerdote y acoja tu conversión y nos una en santo lazo. De este modo solamente creeré que eres una mujer honrada y que has purificado tu cuerpo.

—¡Oh, yo no puedo, no quiero aceptar el

sacrificio que intentas ; para ser feliz me basta con que me ames ; yo seré tu esclava ; tendrás en mí la fidelidad del perro y la gratitud de quien siendo *una* desdichada como yo he sido, será, gracias a ti, feliz, con el alma rebosante de júbilo, y sintiéndome la más venturosa de las criaturas... Además, tu noble origen, tu posición en el mundo...

—No temas ; todo lo tengo previsto. El mundo no sabrá nada ; nuestra unión será secreta y sólo servirá para que el lazo que nos una sea indisoluble y llegue a purificar nuestro amor...

Días después salieron para Marsella, donde embarcaron con rumbo a América.

XXVIII

TRAS EL AMOR O LA MUERTE

Volvamos a encontrar a otros personajes de esta novela, especialmente al infeliz Torremunt, el cual, completamente arruinado por las malas artes del marqués del Robledal y de su traidor amigo Mario de Urquina, creyó hallar un refugio en los brazos de Rosa, de aquella encantadora muchacha de quien tan apasionado estaba y a la que había entregado buena parte de su evaporada fortuna.

Acaecida la muerte del marqués en la forma que ya saben nuestros lectores, las autoridades se pusieron en persecución del presunto asesino, el cual, una vez cometido el delito, trató de fugarse, siendo detenido en Santander cuando intentaba tomar pasaje en un trasatlántico.

Comprendiendo la inutilidad de la resistencia, se dejó prender y rogando a las autoridades que le guardasen alguna consideración, pudo conseguir que le trasladasen a Madrid en

un reservado de primera, acompañado de un inspector de policía y una pareja de la guardia civil.

Ante el juzgado expuso que había muerto al marqués porque este se negó a batirse después de inferirle un agravio que afectaba a su honra, y que se obstinó en no declarar.

Fué conducido a la cárcel modelo, donde le sometieron al régimen establecido, y después de quedar registrada su entrada en la sección antropométrica ocupó una celda de preferencia, donde esperaría el momento de la vista por el tribunal de jurados.

Al verse entre aquellas cuatro paredes, su desesperación no tuvo límites, pensando en que para siempre había perdido a Aurelia, a aquella mujer encantadora a quien únicamente había amado en el mundo.

El miserable, en su loca obsesión por ella, no llegó a sospechar que aquella criatura de rostro de ángel y carácter bondadoso, fuera quien le hubiera conducido al estado en que se veía.

La última vez que habló con ella, para darle cuenta de que su venganza estaba cumplida puesto que Torremunt estaba en la ruina y en breve no le quedaría una sola peseta, reclamó el premio que la joven le había ofrecido, pero ésta, viendo que no podía negarse en absoluto a lo que prometiera formalmente, apeló al recurso de presentarse como mujer calculista y le habló en la siguiente forma:

—Enhorabuena; ya que usted me ha ser-

vido justo es que yo cumpla mi palabra, si las de usted resultan ciertas...

—¿Qué quiere usted decir, Aurelia?

—Usted no ignora que yo tengo un amante, que, a cambio de mi fidelidad me colmó de riquezas y felicidades...

—En efecto...

—Pues bien, para renunciar yo a él, por usted, es indispensable que pueda seguir con el mismo género de vida...

Mario de Urquiza, sintió que el corazón se le oprimía, y una ligera palidez cubrió su rostro.

—¡Oh! todo cuanto tengo será suyo—dijo con trémula voz.

—No basta que diga que me dará cuanto tenga, sino que sea bastante lo que tiene... Usted repetidas veces me ha asegurado que es rico...

—Cierto...

—En ese caso, antes de romper yo con el señor Torrontegui, necesito que usted me asegure un capital de quinientas mil pesetas por lo menos...

Urquiza sintió una impresión como si le martillearan el cráneo...

—Y cónstele a usted, amigo mío—prosiguió Aurelia,—que con la renta de esta modesta suma, no podré sostener el mismo tren que ahora llevo... ¿Qué me responde usted?...

—Que haré lo que usted desea, pero... hasta tanto...

—Hasta tanto no volveremos a vernos.

—¡Oh! es usted muy cruel...

—Soy práctica. Una mujer como yo, que vive en la opulencia, no debe llegar a la miseria por un capricho, acaso pasajero, que usted tenga...

—¡No hable usted así! Yo la adoro como nunca adoré a nadie.

—Me complazco que así sea...

—Además—dijo Urquiza en tono de reproche—usted me prometió su amor a cambio de mis servicios...

—Exacto: pero partiendo de la base, según sus afirmaciones de que usted sería tan rico, que pudiera sostenerme...

—¿Quedamos, pues?...

—En que tan pronto como me haga usted entrega de la mencionada suma en valores del Estado, o como mejor estime, me dejaré «amar» por usted y seré su rendida amante.

A Aurelia le constaba que a Mario de Urquiza le era imposible cumplir esta condición, no obstante, pensó en la imprudencia que había cometido alentando la pasión de aquel canalla que no vacilaría en acudir a los medios más extremos para llegar al logro de su deseo.

Tan pronto como Urquiza salió de su casa redactó la joven un telegrama urgente, rogando a su amante, que regresara a Madrid en el primer tren que saliera.

Al siguiente día, el joven banquero estaba al lado de su adorada Aurelia, que puesta de hinojos y con los ojos bañados en llanto le refirió lo que pasaba con Urquiza y le pidió perdón para su disculpable falta.

Aunque Torrontegui quedó desagradable-

mente impresionado por aquello, que él conceptuaba una locura de su amante, pudo más en él el amor, que su justa indignación, y estrechándola contra su pecho y cubriéndola de apasionados besos, la anunció que saldrían para París tan pronto como él se hubiera avisado con Urquiza y le hubiera atravesado el pecho de una estocada.

Aurelia creyó morir de horror ante la idea de que Renato, aquel hombre tan noble y generoso a quien ella adoraba con verdadera pasión, pudiera arriesgar la vida, por su culpa.

—No, eso no, Renato mío: despréciale, puesto que nada ha conseguido, y es además un miserable indigno de batirse con un caballero...

Y con toda clase de ruegos y caricias, procuró disuadir de su propósito a Torrontegui, el cual visiblemente emocionado procuró por todos los medios posibles tranquilizar a la atribulada joven.

Esta no le dejó salir aquella tarde reteniéndole entre sus encantadores brazos, y haciéndole olvidar con el tesoro de sus encantos hasta que existiera aquel miserable que pretendía arrebatárle su dicha.

En amoroso coloquio pasaron la amante pareja gran parte de la velada, hasta que el sueño les obligó a retirarse a sus respectivos dormitorios.

Bien entrada la mañana, presentóse sin ser llamada por Aurelia, la doncella de ésta, llevando un periódico en la mano.

—¿Qué es eso?—preguntó la joven.

—Señorita ; perdone usted, pero no he querido retardar un momento el que sepa lo que pasa...

—¿ Qué ocurre... ?

—¿ No oye usted cómo vocean los vendedores de periódicos ?...

—Sí: ¿ qué es ello ?

—Léalo en «El Imparcial».

Y entregó el diario a su joven ama.

Apenas hubo recorrido las primeras líneas, despidió a la criada, y vistiéndose rápidamente se dirigió al dormitorio de Renato, que sin duda soñaba con una turba de alados amorcillos, y despertándole le mostró el periódico mientras decía :

—¡ Ves ! ves como era un miserable ! ; sí, ha sido él !...

—Pero... ¿ quién ?...

—Urquiza : lee «El Imparcial».

Y restregándose los ojos, se puso a leer lo que le indicaba Aurelia y cuando hubo terminado, dijo solamente :

—Después de todo, eran tal para cual : dos perfectos canallas...

—¿ Por qué no sería el muerto el matador !...

—No te apures : la justicia se encargará de ponerlo a buen recaudo...

—Dice el periódico que el asesino huyó, pero que la amante del marqués ha acusado a Urquiza.

—Como que no puede ser otro.

—Oh, corro, corro a ver a Raquel y ella me informará...

—Y vete preparando de paso, para salir esta

misma noche o mañana temprano con dirección a París.

Y Renato, dicho esto, se volvió hacia la pared y se dispuso a proseguir su interrumpido sueño, en tanto que Aurelia, cubriéndose con un chal, se trasladaba a casa de la judía, por una pequeña puerta que ponía en comunicación los jardines de una y otra.

Raquel se hallaba levantada y disponiéndolo todo como para un viaje.

—¿Qué sabes de esto, amiga mía?—dijo Aurelia mostrándole el diario.

—Más de lo que la justicia sabe. El marqués me dijo ayer al mediodía, que le había ido a buscar Urquiza, exigiéndole quinientas mil pesetas, de las ganancias que le había reportado la ruina de Torremunt, y como se negara, le propuso un lance. El marqués no le hizo caso, y en vista de ello, Urquiza le aseguró que si a las cinco de la tarde no le entregaba la cantidad pedida, le pegaba un tiro donde quiera que le encontrara... y así habrá sido...

—Oh, eso es horrible.

—Pero a nosotras nos favorece; por eso he denunciado a Urquiza, para librarte de él.

—Oh, no sabes el horror que llegó a infundirme...

—A mí también me atormentaba un poco el marqués: ayer mismo, después de referirme lo que pasaba con Mario, le manifesté que nuestras relaciones habían terminado en absoluto, y que puesto que ya era rico que me olvidara, y buscase otra amante y otros placeres...

—¿Y qué dijo?

—Se negó en absoluto sin duda, llevado por su perversión de instintos, y adivinando mi intención.

—¿Y qué intención es la tuya?

—La de correr en busca del único ser a quien adoro.

—¿El vizconde?

—Sí: el vizconde ahora es libre, está viudo y no tiene a nadie que le ame... Marcho en su busca y si esta vez me rechaza me arrancaré la vida.

—¿Qué dices, Raquel?... ¿Estás en tu juicio?

—¿Para qué quiero vivir sin él, si él es mi vida y se aleja?...

—¿Tanto le amas?

—Como a la cosa más santa que se pueda venerar. El es mi Dios, es mi vida; si me dijera: abjura de tu ley, hazte católica y enciérrate en un convento, le obedecería con la mayor sumisión y hasta tendría fe en la religión vuestra; si mi presencia le fuera enojosa, con tal de no molestarle, me arrancaría el corazón... pero no; algo me dice aquí dentro, que me ama, que al fin le veré rendido a mis plantas, que llegaré a despertar en él una pasión tan profunda, tan sincera como la que atesora mi alma.

—¿Y cuándo piensas marchar?

—Mañana en el expreso...

—Entonces iremos juntas...

—¡Cómo!...

—Renato así lo ha dispuesto: quiere que

marchemos a París, huyendo de las molestias que pudiera causarme ese miserable...

—No temas: conozco el corazón humano, y te aseguro que Urquiza no te haría el menor mal. En su ceguedad por ti, el desdichado no ha llegado a percatarse que ha sido un juguete en nuestras manos.

—De todos modos, quien quita la ocasión, quita el peligro.

—Eso es muy razonable... Después de todo me alegro infinito, Aurelia querida, pues así como el vizconde es el solo hombre a quien he amado, eres tu la sola amiga que he tenido, no te querría más si fueses mi hermana...

—Gracias, Raquel; así me lo has demostrado siempre, y yo solo deseo corresponder a tu cariño...

Las dos hermosas mujeres se confundieron en un estrecho abrazo y se cubrieron de besos.

—Torrontegui—dijo la judía—es un hombre que vale; tiene corazón y sabe ser noble. A mí me estima; lo sé y se lo agradezco. Por esto no dudo en marchar con vosotros, pues confío en la discreción tanto de ti como de él.

—De eso está bien segura.

—Pues entonces, hasta mañana.

—Adiós, mi querida amiga.

Al siguiente día, Torrontegui, Aurelia y la judía, salieron para Francia en un reservado, y procurando que nadie se enterara del viaje.

Busquemos ahora a Federico Torremunt.

XXIX

El cordero se hace fiero

Federico Torremunt, una vez consumada su ruina, se vió obligado a recoger los restos, que no pudieron arrebatarle sus *buenos* amigos, el marqués y Urquiza.

Al efecto, puso en venta el hotel, los coches y los caballos, así como algunos terrenos que aún poseía en el campo de Tarragona.

Al tratar de desprenderse de la finca que había adquirido por mediación de Mario, pudo comprender que también en esto aquel miserable había hecho abuso de su confianza, puesto que no logró sacar por ella ni las tres cuartas partes de lo que le habían cargado en cuenta.

Rindiéndose ante los hechos consumados, se revistió de cuanta filosofía estuvo a su alcance, y después de haber realizado todo cuanto le dejaran, se encontró aún poseedor de unas doscientas mil pesetas; capital que, aunque pequeño, en otras manos y en otra inteligencia, acaso hubiera bastado para emprender un

negocio que hubiera permitido vivir con holgura y decorosamente.

Pero para Federico no había salvación posible: se había dejado arrastrar por el torbellino de las pasiones, y no concebía que se pudiera vivir del fruto del trabajo, sino por derecho propio, creyéndose un ser superior y privilegiado.

Además de esto, su pasión por Rosa, en vez de decrecer, había arraigado profundamente en su pecho, y juzgaba el infeliz, que teniéndola a ella, tenía todo en el mundo.

Ya sabemos con qué intención había aceptado la hermosa muchacha la protección de Torremunt; con la de arruinarle y vengar a Aurelia de Torresano.

Esta misión había hecho nacer en Rosa una aversión tan profunda hacia Federico, que le costaba un sacrificio inmenso tener que soportar, no sólo sus caricias, sino su presencia.

Cada prueba de amor constituía para la joven un nuevo motivo de desprecio hacia su amante. Mientras más espléndido y más apasionado se mostraba, se le aparecía más bajo, más rastrero, más miserable.

Es positivo que la mujer para interesarse por un hombre, precisa que éste sea un espíritu viril; que sea inteligente, valeroso y fuerte; que la venza, en suma.

Los espíritus débiles empiezan por inspirar piedad y terminan por causarlas asco.

Por esto, cuando Rosa vió con la pasividad que se había dejado Torremunt llevar a la ruina, sin presentir siquiera la burla que de él se

hacía, ni pretender vengar con sangre la felonía que con él habían hecho, tomó la irrevocable resolución de abandonarle por completo; pero pensando como mujer práctica, juzgó convenientes antes de desahuciarle en absoluto, despojarle de aquellos miles de duros que acaba de recoger de las migajas de su opulencia.

A este fin, se volvió más exigente, más caprichosa, más despilfarradora con todo y serlo bastante, y en menos de tres meses, entre viajes de veraneo, adquisición de joyas y otras superfluidades, puso a Federico en el caso de declararla que había ya agotado hasta la última peseta.

Esto ocurrió en San Sebastián al finalizar el mes de agosto.

Dos días después, cuando Torremunt, después de estar en el Casino, se presentó en el *Hotel Palais*, donde con Rosa se hospedaba, pasando por matrimonio, se le manifestó que la señora había marchado a Madrid, dejándole una carta y la cuenta del mes que corría, que se elevaba a una respetable suma.

El desdichado joven creyó que el mundo se desplomaba sobre su cabeza.

Abrió tembloroso aquel escrito y con ojos de espanto y rechinando los dientes con desesperación devoró su contenido.

Decía así:

«Amigo mío: si no fueras tan inocente y conocieras mejor el mundo, comprenderías que las mujeres de mi clase no buscan en el hombre más que la fortuna. El amor es un dictado convencional que sólo sirve para adornar y hacer

menos realista, lo que en efecto, viene a ser sólo, un contrato de placer. Este lo halla el hombre en la posesión de nuestro cuerpo; nosotras en el goce de su fortuna.

»Si nuestros encantos se marchitan o desaparecen, vosotros nos abandonáis y buscáis en otras el placer que ya no podemos daros. Justo es pues que cuando vuestra fortuna se agota busquemos otra que pueda llenar nuestras aspiraciones.

»Por esto, confío en que, pensando serenamente, no dejarás de reconocer, que durante la temporada que me *contrataste*, procuré serte todo lo agradable que pude sin que nadie más que tú disfrutaras de mis favores.

»Ahora ya varía la cosa: tu no puedes cumplir tus compromisos de *empresario*, y yo por fuerza tengo que quedar en libertad de buscar nueva contrata.

»Esto es lógica pura, y abrigo el convencimiento de que, entendiéndolo así, sólo verás en mí a una antigua conocida, a quien no conservarás el rencor más leve.—*Rosa.*»

Federico rugió como un tigre y encerrándose en su habitación, apeló el recurso que sólo emplean los niños y las mujeres: al de llorar con desconsuelo la adversidad de su suerte.

Cuando pudo tranquilizarse un poco, pidió la cuenta del hotel.

Debía los últimos veinticinco días de estancia, pues aún el mes no había expirado.

La factura ascendía a tres mil y pico de pesetas. Registró su cartera y halló la suma precisa, sobrándole aún algunos duros.

Pagó la cuenta y ordenó le dispusieran el equipaje para marchar a Madrid.

Con el dinero que le había quedado no tenía siquiera lo necesario para el viaje, y apeló al recurso de vender a uno de esos joyeros que de distintos puntos de España acuden durante el verano a la capital donostiarra, todas sus joyas: reloj, sortijas, alfileres de corbata, reuniendo en junto unas seis mil pesetas.

Con esta mermada fortuna llegó a Madrid, hospedándose en un hotel de segundo orden.

Tan pronto hubo cambiado de ropa, sin descansar un momento y sin tener otra idea que la de buscar a Rosa, tomó un coche de punto y se hizo conducir al hotel de la cortesana a aquel hotel que él le había regalado y en el que probablemente no sería recibido...

En efecto: la doncella de Rosa dijo a Torremunt, que la señora había dado orden de que le dijese que no se obstinase en visitarla, pues no le recibiría.

Federico tuvo un arranque de cólera y empujando brutalmente a la criada, se precipitó dentro, recorriendo varias estancias hasta llegar al dormitorio de la joven; a aquella alcoba en que tan feliz había sido y que él había procurado alhajar de la manera más primorosa y sugestiva, convirtiéndola en un precioso nido de amor.

Rosa acababa de abandonar el lecho y se hallaba en casi completa desnudez.

Una finísima camisa de batista, guarnecida de vaporosos entredoses y finísimos encajes de-

jaban ver al trasluz los primores de su cuerpo gentil y perfumado.

A la vista de aquellos encantos que él había poseído, que eran suyos, pues que los hubo comprado, todos los intintos de la bestia se despertaron en el alma de Torremunt, y olvidó por un momento el objeto que allí le llevaba para pasear su vista lujuriosa sobre aquellos contornos de carne tibia y sonrosada que palpitaba con plétora de juventud y vida.

Rosa lanzó una exclamación de sorpresa, pero reponiéndose al momento, ante la seguridad del dominio que ejercía sobre Federico, le dijo en tono altivo:

—¡Qué atrevimiento es este!

—Perdóname Rosa—dijo el cuitado con la sumisión del perro.

—Salga usted, caballero, si no quiere que le arrojen los criados.

—Oyeme, Rosa, por Dios.

La joven que al ver a Torremunt había cogido una ligera bata, se vistió apresuradamente y poniéndose frente a su ex amante, en actitud agresiva le dijo:

—Si otros motivos no tuviera, me bastaría esta miserable acción para despreciarle a usted.

—¡Rosa!--rugió desesperado Federico.

—¿Qué...?—¿Acaso trata usted de amenazarme...?

—Escúchame con calma por última vez.

—Si es por la última vez accedo; pero le recomiendo que sea breve...

—¿Qué motivos tienes para proceder conmigo así?...

—Que no tiene usted una peseta, ¿le parece poco?...

—¡Ingrata!... ¿Y de quién es cuanto te rodea?... Este hotel, los coches, las joyas, los trajes.

—¡Mío!...

—Tuyo, porque en mi loca ceguedad todo te lo di; escrituras y facturas las puse a tu nombre...

—No hizo usted otra cosa que pagar lo estipulado a cambio de mi amor.

—Eres una...

—Ya lo sé... ¿quién trata de negarlo?... Por eso, porque soy..., lo que acaba usted de insinuar procedo de este modo. Si fuese una mujer honrada, si los hombres no hubiesen hecho de mí una perdida, acaso estaría hoy en un modesto hogar teniendo hijos y marido que me quisiera y me respetase, y podría experimentar la dicha de amar; de amar a un hombre honrado que me diera honor y no me escarneciera...

—¡Rosa... por última vez!

—¿Qué desea usted?

—Que sigas siendo mía y yo haré los mayores sacrificios para crearme una fortuna...

—¡Imposible!...

—¿Imposible?...

—De todo punto.

—Piensa que te debo la ruina.

—La ruina la debe usted a haber sido un idiota y un cobarde.

—¡Rosa!—gritó avanzando hacia la joven

con aspecto amenazador, pero ella en vez de amedrantarse y al ver la fiera actitud de aquel desesperado, levantó la diminuta mano y le cruzó el rostro de un terrible bofetón.

Ante afrenta semejante, sintió Torremunt que una ola de sangre invadía su cerebro, y dejándose llevar de su furor, sacó del bolsillo un pequeño «Smith» y disparó sobre la joven tres veces consecutivas, hasta que la infeliz cayó cubierta por la sangre que le manaba del pecho y la cabeza.

Al ruido de las detonaciones, acudieron la doncella, el cochero y algunas otras personas que desarmaron a Torremunt, y le colmaron de golpes y denuestos.

El desesperado Federico quedó ante la magnitud de lo que acababa de realizar en un estado de semi-idiotéz.

Al presentarse la pareja de guardías, que fué avisada al momento, se hicieron cargo de él sin que opusiera la menor resistencia y dejándose conducir como un autómeta.

En el mismo coche que le llevó al hotel, fué conducido a la delegación del distrito y de allí pasó al juzgado.

Cuando al siguiente día ingresaba en la Cárcel Modelo, en los umbrales de ésta se cruzó con Mario de Urquiza, a quien llevaban a la Audiencia.

Al ver a su antiguo amigo, al causante de todas sus desgracias, lanzó un rugido, que nada tenía de humano, y separando a las personas que le rodeaban, se abalanzó hacia él y aga-

rotándole el cuello con sus crispadas manos exclamó con furia:

—¡¡ Canalla!!... ¡¡ Canalla!!...

Trabajo costó separarle de Mario, el cual, efecto de la terrible presión, sufrió un desvanecimiento.

Torremunt pasó a una celda y Urquiza a la enfermería, donde quedó en mal estado.

XXX

Del placer a la fosa

La infortunada Rosa había resultado de la agresión de que fué objeto, con tres heridas de suma gravedad.

Uno de los proyectiles se había alojado en el cráneo y el otro había interesado el pulmón.

Los médicos diagnosticaron un próximo fin a menos de que se realizara un verdadero milagro.

Después de curada con cuidado y convenientemente asistida por los criados de la joven, se dispuso que dos hermanas de la caridad estuviesen constantemente a su lado con objeto de que fuese mejor atendida en el delicadísimo estado en que se hallaba.

En efecto, durante toda la noche dos de esas santas mujeres estuvieron velándola, comprobando los grados de fiebre, que anotaban, con mención de hora, y prestándola un amoroso cuidado.

Al siguiente día, estas hermanas fueron rele-

vadas por otras que, después de recibir instrucciones de sus compañeras, penetraron en la alcoba de la enferma, donde sólo se percibía el fatigoso rumor de una respiración difícil, que apenaba el ánimo de cuantos la oían.

La habitación se hallaba envuelta en una media obscuridad, que impedía distinguir bien los objetos y el rostro de la paciente, casi cubierto éste por el vendaje que rodeaba su cabeza.

Una de las religiosas se aproximó solícita y después de pulsarla, con esa seguridad que da una larga práctica, en luchar con el dolor, lanzó un profundo suspiro y enjugó una lágrima que se deslizaba de sus ojos negros, hermosos y de mirar profundo.

El rostro de aquella mujer, enmarcado por las blancas tocas, se apartaba del de la mayoría de esas desventuradas que abandonan todo lo mundano para consagrarse a mitigar el dolor del desgraciado, y a encastrar el alma, después de purificada por el sufrimiento y la resignación, a las sidéreas regiones donde moran eternamente los justos.

Su cutis fresco y sonrosado tenía un aspecto de vida y juventud, que en vano procuraba amortiguar la mística expresión que ostentaba.

Diríase que más que una sierva del señor, era una linda y feliz muchacha llena de vida e ilusiones, que por capricho había cubierto su cuerpo con la burda estameña.

Y, no obstante, se observaba en la infeliz una verdadera vocación, una resignación suprema, una especie de gozo espiritual, que ha-

cía recordar los sacrificios de las vírgenes cristianas de los antiguos tiempos.

La enferma suspiró dolorosamente, y la otra religiosa acudió también solícita a prestarle consuelo.

La infortunada Rosa se hallaba en un estado de inconciencia que la impedía darse cuenta de lo que pasaba.

Llegaron los médicos, dos hábiles operadores de justo renombre que se obstinaban en arrebatarse a la muerte aquel hermoso cuerpo, horas antes lleno de salud y vida.

Abrieron los balcones y comenzaron por sondear la herida del pecho.

Ante lo doloroso de la operación la enferma lanzó un gemido y dos lágrimas cristalinas rodaron de sus entreabiertos ojos.

Verificado el examen, los médicos se miraron y las religiosas vieron en aquella mirada que no había salvación para la herida.

Comenzaron a quitar el vendaje de la cabeza, y a medida que la larga cinta se iba desenrollando, el rostro de la paciente se presentaba más visible hasta quedar del todo descubierto.

En este instante la enferma entreabrió los hermosos ojos y dirigiendo una mirada a su alrededor, se dió cuenta de lo que pasaba.

—¡Dios mío!—murmuró.

Una exclamación de terror y desconsuelo respondió a la frase de la paciente.

—¡Rosa!... ¡¡Hermana mía! !...

La desgraciada joven abrió desmesuradamente los ojos y contempló con una mezcla de

alegría y sorpresa a una de las religiosas, que le estrechaba una mano y la cubría de lágrimas y besos.

Los médicos y la otra hermana se miraron en silencio con la sorpresa consiguiente y quedaron contemplando el cuadro tan conmovedor que presentaban aquella pecadora y aquel ángel de caridad.

—¡ Oh, gracias !... ¡ Gracias, Dios mío !... Ya puedo morir tranquila... arrepentida de mis pecados y al lado del único ser que me quedaba en el mundo.

Y cogiendo la pequeña mano de Sor María, que esta era la religiosa, puso en ella sus calenturientos labios e imprimió un amoroso y dilatado beso...

Todos los asistentes a esta escena lloraban conmovidos.

—¡ Vamos, vamos !— ¡ Tranquilidad, pobre niña, que una emoción profunda pudiera serle fatal !—objetó uno de los médicos.

—Es inútil...—dijo la enferma con apagado acento—me siento morir... No tardaré mucho en verme en la otra vida, dando cuenta de mis pasado errores... Y tú te quedas, pobre hermana mía, para con tu virtud, reparar mis extravíos... Doctor, la muerte se acerca... Que venga un sacerdote...

—Sí, vendrá, hermana mía; vendrá el ministro del Señor, no porque vayas a morir sino para que purifiques el alma y te lleve al arrepentimiento...

—Mi fin es justo castigo de Dios... ¡ Oye

hermana mía: mi fortuna, que es algo respetable, la dejaré para que se dedique a desviar de la perdición a jóvenes infelices e inexpertas; tu procurarás que se constituyan importantes dotes, que se darán a aquellas desventuradas que vivan con un hombre, sin que su unión esté santificada, con la condición de que la legitimen ante el altar...

—Se cumplirá tu deseo... pero como no morirás, porque estos señores salvarán tu vida, podrás ser tú la que realice tan hermosa acción.

Sor María miró a los galenos y estos bajaron la vista turbados, demostrando así que era inútil alimentar esperanza...

El esfuerzo realizado por la enferma agotó sus débiles fuerzas, y cayó de nuevo en un estado de postración extraordinaria.

Sor María se dirigió al médico de cabecera y le preguntó anhelante:

—¡Doctor!... ¡La verdad!...

—No hay esperanza; sólo vivirá dos o tres horas.

La hermana de la pecadora se llevó la mano al corazón, y elevando la mirada al Altísimo exclamó con santa unción y resignación cristiana:

—¡Señor: acógela con piedad..., sé indulgente con sus culpas.

.....

Aquella misma tarde exhaló Rosa el postrer suspiro, después de recibir los auxilios espirituales y de dictar sus últimas disposiciones.

Así terminó aquella desventurada para quien todo en el mundo había sido triunfos y alegrías,

sin que ni por un instante se hubiera detenido en considerar la mutabilidad de las cosas humanas.

Su belleza desapareció como una flor que arranca el torbellino, y su cuerpo, de diosa pagana, aquella carne que tanto placer produjera, convirtiéndose en repugnante conjunto de gusanos, trocando su perfume de juventud y vida, en infecta pestilencia de carne descompuesta...

Epílogo

La novela termina y justo es que atendamos a la curiosidad de nuestros benévolos lectores, que querrán saber el paradero y fin de los personajes que en esta narración han tomado parte más activa.

Han transcurrido algunos meses: la vista de la causa seguida contra Mario de Urquiza por asesinato del marqués del Robledal, llevó a las Salesas un público tan numeroso como distinguido, que estaba ávido de presenciar aquellas sesiones en que había de ocupar el banquillo un aristócrata que tanto había figurado en el gran mundo y había terminado por colocarse al nivel del más vulgar asesino.

La defensa estaba encargada a un joven letrado que gozaba de envidiable reputación como criminalista, pero a pesar de todos sus esfuerzos, y de su habilidad para presentar el delito bajo el aspecto más atenuado, el jurado falló como debía fallar en justicia: condenando al asesino a catorce años de presidio.

Cuando el presidente se dirigió a Mario de Urquiza, preguntándole si tenía algo que alegar, se levantó éste con aire altivo y dijo:

—En primer lugar, que quedo muy reconocido a los inútiles esfuerzos hechos por mi defensor para salvarme... Después, como en esta sala veo caras de personas conocidas, que ayer fueron mis amigos y hoy me miran con desdén, quiero hacer constar que maté al marqués porque era un miserable y se negó a batirse, y, por último, que el fallo del Tribunal, cuya justicia soy el primero en reconocer, no me preocupa poco ni mucho, puesto que los presidios no se han hecho para personas como yo.

—¿Qué quiere decir con eso el procesado?— preguntó el presidente en tono severo.

—Que no daré a mis antiguos amigos la grata satisfacción de verme arrastrar la cadena.

—¿Qué hará para ello?

—Pronto se sabrá...

Y volviéndose altanero paseó su mirada por la sala, sonriendo desdeñosamente.

Con las mayores precauciones, y con la recomendación de que se ejerciera sobre él mucha vigilancia, volvió de nuevo a su celda, a esperar el día en que le trasladaran a un penal.

Al siguiente, los vigilantes notificaron a su jefe que el preso había pasado la noche durmiendo con la mayor tranquilidad.

En efecto: ni un momento se movió en el pobre lecho en que reposaba, y aun cuando llegó la hora en que de costumbre solía levantarse, aun continuó en el camastro, con la misma tranquilidad que habían observado los vigilantes.

Este detalle puso en conmoción a todo el personal del establecimiento penitenciario que temió un imprevisto accidente.

Acudieron a despertar a Urquiza, y con la sorpresa y el espanto consiguientes le hallaron cadáver dentro del lecho y sobre una gran porción de sangre coagulada...

Se había abierto una vena, utilizando para ello un botón de nácar de la camisa que partió por la mitad para hacerle punzante.

Cumplió con su palabra.

El presidio no llegó a recibirle.

Poco tiempo después, tuvo lugar asimismo,

el juicio oral de la causa de Torremunt, por la muerte causada a Rosa.

En este caso las circunstancias variaron.

El abogado defensor hizo una relación minuciosa de todas las asechanzas y traiciones de que el infortunado joven había sido víctima.

Se pusieron de manifiesto los justificantes de las sumas que había entregado incondicionalmente a Urquiza, creyéndole su mejor amigo;; los recibos librados por el marqués del Robledal, los gastos ocasionados por Rosa y por último, la carta de ésta, en que se despedía de Federico en forma tan cínica y descarada.

El fiscal hubo de reconocer las circunstancias de ofuscación y arrebato, además de la obsesión que el procesado sufría por el amor de la interfecta.

El jurado compasivo y justo dió veredicto de inculpabilidad y Torremunt fué declarado libre, pero el infeliz ante la impresión que le causara aquella absolución tan imprevista, abrió desmesuradamente los ojos, y llevándose ambas manos al pecho como si temiera que el corazón se le escapase, lanzó una carcajada inmensa, terrible, indescriptible...

El infeliz había perdido la razón.

En este caso, la justicia de los hombres fué

magnánime con aquel desdichado, más ignorante que perverso, pero la justicia divina castigó sus culpas, con severo fallo.

Le condenó a que su cuerpo viviera con un cerebro muerto...

Torremunt tuvo que ser recluído en un manicomio, pues su locura se reveló furiosa, y en sus ataques le daba por acometer a todos los hombres creyéndolos Urquiza, en tanto que con las mujeres se mostraba sumiso y bondadoso y las preguntaba si ya le habían perdonado y le volvían a amar...

Sin duda, pensaba en Rosa.

* * *

Por distintos lugares del globo pasean dos parejas, jóvenes y venturosas, la suprema di-

cha que les proporciona el amarse profundamente.

En Wáshington el vizconde de la Roca, después de haber recorrido el mundo entero, ha decidido establecerse para siempre en unión de Raquel, que se ha convertido en cristiana, y en la más honrada y amante de las esposas.

Ni remotamente piensa en volver a España, donde tantas desventuras le persiguieron siempre y donde ya no tiene ningún afecto, puesto que su tío, el bueno de don Alejandro, murió de una apoplejía.

Federico Torrontegui y su gentil esposa Aurelia de Torresano, viven felices en Bilbao, atento él a los negocios establecidos por su difunto padre y ella al cuidado de una criatura de un año, rubia y angelical, como su encantadora madre.

Esta es completamente feliz.

Sólo un pesar se apodera de su alma de cuando en cuando, causado por el recuerdo de Torremunt.

Fué muy cruel con él...

La venganza es la más terrible de las pasiones, pero en ciertos casos ¡es tan dulce...!

Y pensando en esto, se acoge a los brazos de su esposo y a las infantiles caricias de su hijo

que con una sonrisa de ángel, parece absolverla de toda culpa...

Y entonces olvida por completo el pasado y compadece a esas *hijas del champagne* que pasan la existencia en eterna orgía para terminar como Rosa, en una mesa de disección...

¡ Es tan bella la honradez... !

FIN

PONSON DU TERRAIL

París misterioso

Los Espadachines de la Ópera

Los Compañeros del Amor

La Dama del Guante Negro

La Condesa de Asti

La Leyenda de Fulmen

Cada tomo 2 pesetas

25 FEB. 1993

Biblioteca Tragi - Romántica

- IBO ALFARO.—El paraíso de las mujeres
I. Á. El infierno de los hombres
» El purgatorio de las solteras
» Su Majestad el Amor
» Por qué se casan los hombres
» Por qué se casan las mujeres
» Por qué reinciden las viudas
» Por qué pecan las mujeres
» Por qué murmuran las viejas
» Las hijas del champagne
» ¡Viva mi novia!!
» Amor y martirio
» Pasionarias de Amor
» Arte de buscar marido
» El novio prestado
» La corte del amor
» Las Evas modernas
» La princesa del dollar
» Malditos sean los celos
» El alma en un beso
» Calvario de amor
» La hiel en los labios

CONCESIONARIO DE VENTA:

FILMS SELECTOS Y PROYECTOR

Vergara, 3.—BARCELONA

I. A.

Las Hijas de
Cristina

2' 50 Ptas.
